DOC SAVAGE

KENNETH ROBESON



El otro mundo

Kenneth Robeson
Doc Savage/80

CAPÍTULO I

LA PIEL MISTERIOSA

CUANDO el aeroplano aterrizó en la rastrojera del campo de avena de un granero, cerca de San Luis, eran alrededor de las diez de la mañana. El granjero había llevado allí su ganado para que pastase, y entre los animales que componían su manada había un toro feroz que acometía furiosamente a todos los desconocidos.

El toro acometió al aviador y éste lo mató con una azagaya.

Naturalmente, el granjero se sorprendió. Había presenciado el incidente desde su principio, y su sorpresa no fue originada por el hecho de que el aviador matase al toro; si el matador hubiera utilizado una pistola para matar al animal, la cosa no habría sido extraordinaria. Lo extraño fue que lo hiciese con una azagaya.

El arma era pequeña; apenas tendría unos siete pies de longitud, y no era muy pesada. Cuando arrojó el venablo, el matador utilizó un recurso especial: un palo de la misma longitud que su brazo provisto en uno de sus extremos de dos correas en forma de gancho en las que introdujo los dedos primeros de la mano para poder sujetarlo con firmeza, mientras que el otro extremo del palo tenía una forma de horquilla destinada a agarrar la azagaya. Había un algo primitivo en todo ello.

—¡Diablos! —exclamó el granjero mientras corría hacia el campo de rastrojos—. ¿No ha sufrido ningún daño?

—Lo siento mucho —dijo el aviador.

—¿Por el toro? No tiene importancia —el granjero se secó el sudor—. Siempre he tenido miedo a que ese toro pudiera lastimar a alguien.

—Yo le pagaré lo que valga el animal, naturalmente —dijo el aviador.

Los ojos del granjero comenzaron a abrirse con asombro al mirar al aviador.

—¡Diablos! —volvió a exclamar.

Había estado un poco distraído observando el incidente de la muerte del toro, y no se había dado cuenta de la ropa que vestía el aviador.

—¡Rayos y centellas! —volvió a murmurar.

El traje de aquel hombre —unos pantalones muy ceñidos y una especie de ancha blusa— parecía de piel de ante o de cuero curtido o algo similar. Además, estaba calzado con una clase de material que al granjero le pareció en los primeros momentos que debía de ser acero; pero después llegó a la conclusión de que en realidad debía de ser algo más parecido al aluminio.

—Le pagaré —repitió el aviador—, lo que valga el animal.

El granjero no se hallaba tan sorprendido por el aspecto del recién llegado como para despreciar el dinero.

—Era un toro muy bueno, por cierto —dijo—; muy bueno. Era de pura raza. Puedo enseñarle los papeles que lo demuestran.

—Sólo que —continuó el aviador—, tendrá usted que esperar unos días para que le entregue el dinero.

—¿Eh?

—Dejaré aquí mi aeroplano —afirmó el piloto—, y volveré dentro de dos o tres días. Y cuando vuelva, le pagaré.

El granjero había observado ya que el otro hombre hablaba el inglés con ciertas dificultades, como si no lo hubiera hablado desde hacía mucho tiempo, o como si lo hubiera aprendido recientemente. Como quiera que un aeroplano vale más que un toro, al granjero le pareció que la garantía que se le ofrecía era más que suficiente. Y dijo:

—Bueno; me parece bien.

El aviador sacó un lío grande del aeroplano: un paquete cuadrado de unos tres pies de tamaño en cuadro, envuelto en piel de la misma clase que la de sus ropas y provisto de agarraderas para poder transportarlo.

—Como le he dicho —advirtió el aviador—, volveré más adelante…

Y comenzó a caminar a través de la rastrojera, desapareciendo en el bosque.

La importancia de San Luis como centro de comercio de pieles, aun cuando no sea generalmente conocida por el público, es un factor ampliamente apreciado por los tratantes en esta mercancía, muchos de los cuales se reúnen en la ciudad durante la temporada para hacer sus tratos y cambalaches: visón, coatí y mofeta del Oeste medio; rata almizclera de Louisiana; zorro de la bahía de Hudson; lobo de las montañas Rocosas; chinchilla de América del Sur...

El aviador provocó más de una carcajada cuando entró en las salas del mercado. Y también una o dos miradas de disgusto, o de desprecio. Muchos creyeron que se trataba de un loco.

Las botas de metal del aviador produjeron un ruido muy fuerte sobre el piso enlosado cuando se aproximó a la mesa en que se exhibían las mercancías, sobre la que descargó su fardo. Antes de abrir el lío pronunció algunas palabras. Muy pocas.

—Señores —dijo:—pueden ustedes comprar estas pieles a cinco mil cada una.

Alguien rió al oírlo, pero el regocijo terminó cuando el hombre hubo abierto su fardo y extendido el contenido, lo que hizo de una manera lenta y orgullosa, manejando las pieles como si cada una de ellas fuese una piedra preciosa tan frágil como una tela de araña.

—¡Pieles de gato! —dijo una voz.

No eran pieles de gato, sino algo muy diferente, algo increíble. Unas pieles tan lujosas, de un colorido tan sutil y de una calidad tan perfecta, que los compradores se quedaron boquiabiertos. Uno de los hombres se adelantó un paso, levantó una de las pieles y pasó la mano suavemente sobre ella, con el ademán de quien viera efectivamente una joya fabulosa. Los mercaderes se acercaron al lugar, como hechizados por aquellas pieles que jamás habrían creído que pudieran existir.

Un comerciante dijo:

—¿Quién es el poseedor de la patente de ese procedimiento de teñir pieles? Mi empresa pagará por ella todo lo que se le pida.

El hombre que mantenía la piel en alto la inspeccionó detenidamente.

—No es teñida —dijo.

—¿Es usted tonto? No existe ningún animal que posea una piel tan maravillosa.

Todos se habían reunido alrededor de la mesa. No se pasaban,

como acostumbraban, las pieles de uno a otro, sino que las tocaban reverentemente.

—¿Cuánto dijo usted? —preguntó uno de ellos al aviador.

—A cinco mil cada piel.

—¿Dólares?

—Sí.

El otro se echó a reír.

—¡Tenga formalidad, joven! La piel de chinchilla es la más cara del mundo, y no se paga a un precio tan elevado.

—Y ¿qué es lo que hace que la chinchilla se pague cara? — preguntó el aviador sin inmutarse.

—La escasez. Esos animales comienzan a escasear...

—No tanto como éstos —el aviador levantó una mano, y todos quedaron en silencio para oírle hablar de aquella forma dificultosa y extraña—. Aquí ven ustedes —siguió diciendo—, una colección completa de pieles. Y al decir completa quiero decir que este montón que está sobre la mesa representa todas las pieles de este animal que es posible hallar en el mundo, y que representa todas las pieles de un animal que es imposible hallar en el mundo, y que jamás volverá a haber pieles de éstas. Nunca. Aquí hay veintisiete pieles, y jamás volverá a haber ni una sola más.

—¿Quiere usted decir —preguntó una nueva voz—, que nunca volverá a venir al mercado ni una sola piel más como esas que tiene usted aquí?

—Exactamente —afirmó el aviador.

—¿Por qué no?

El aviador pareció, a juzgar por su vacilación, hallarse mal dispuesto a responder a esta pregunta.

—Porque —dijo al fin—, no existen más animales de esta especie. Yo mismo he matado y desollado a todos los que existían. Y aquí están sus pieles.

—Pero, ¿quién es usted?

—Me llamo —respondió el aviador—, Tercio.

—¿Tercio?

—Sí: Décima Tercio.

—¿Y es usted de...?

—Eso —le interrumpió el aviador—, no le importa a usted.

El hombre que había comenzado a interrogar a Décimo Tercio

retrocedió unos pasos y sonrió mostrando los dientes de una manera amenazadora. Era un tratante especializado en pieles de foca, y tenía parecido con estos animales, principalmente en lo que se refería a su expresión. Su rostro estaba adornado por una pareja de ojos oscuros, grandes y saltones.

—No le ha costado mucho tiempo a ese Décimo Tercio, o cómo se llame, conocer a fondo a Two Wink —dijo un hombre al que se hallaba a su lado.

—¿Es Two Wink un fullero?

—No lo han sorprendido todavía haciendo trampas, pero...

No hubo más discusión. Two Wink se limitó a gruñir y refunfuñar.

—Le he hecho una pregunta cortés, nada más —dijo a Décimo Tercio. Y se alejó. Sin pérdida de tiempo, se dirigió rectamente a su despacho.

Gerald Evan Two Wink Danton no disfrutaba de simpatías entre el gremio de peleteros, aun cuando no había verdaderas razones que justificasen esta falta de aprecio. Tenía un fino olfato para oler el escándalo ajeno, y su principal actividad parecía dirigirse hacia el olisqueamiento de las murmuraciones, como si quisiera convertirse en una enciclopedia de hablillas y chismorreos. Sin embargo, era también, como una especie de papel secante que lo absorbía todo, pero no dejaba escapar nada. Y esto hacía que su afición no fuese tan desagradable para los demás.

El apodo de Two Wink provenía de su gesto habitual para hacer ofertas en las subastas. Cuando éstas se celebraban, cada uno de los habituales concurrentes a ellas tenía costumbre de hacer una señal característica al citar el subastador la cifra que les parecía conveniente. Unos elevaban un dedo, otros movían el cigarrillo, otros se llevaban la mano hacia una oreja. Danton, invariablemente, hacia dos guiños consecutivos. Y si en su gesto había la intención de mantener secreta su oferta, resaltaba completamente inútil su precaución, porque el guiñar de ambos ojos era perfectamente visible. Con el mismo resultado podría haber dado un salto y agitar los brazos al mismo tiempo.

Two Wink entró precipitadamente en su despacho y lanzó un gruñido a su mecanógrafa.

—¿Dónde están esas muestras de pieles? —profirió con energía.

—¿Qué muestras? —preguntó nerviosamente la muchacha.

—Las dos muestras que me entregaron hace tres años. Las de los hombres que querían que los avisase cuando encontrase unas pieles similares. Me ofrecieron una recompensa de cinco mil dólares si encontraba algo parecido en el mercado y los avisaba.

—¡Ah, sí! —exclamó la joven; y entró en una habitación inmediata, de la que salió un momento más tarde con dos sobres.

En cada uno de los sobres estaban escritos un nombre y una dirección, y cada uno de ellos contenía un trozo de piel. Uno de aquellos trocitos estaba un poco más raído que el otro, pero no podía dudarse de que eran de una clase idéntica.

Two Wink volvió a la sala de exposiciones con los dos trozos, y, sin hacer nada que pudiera atraer sobre él la atención, los comparó y cotejó con las pieles que Décimo Tercio estaba intentando vender al precio de cinco mil dólares cada una.

Parecía muy probable que Décimo Tercio consiguiese que le pagasen cinco mil dólares por cada una de las pieles. Alguien le había ofrecido ya dos mil quinientos, a condición de que, por medio de un examen detenido, se llegase a la conclusión de que las pieles eran legítimas y que no se trataba de una astuta falsificación.

Two Wink escuchó las ofertas, y regresó muy pensativo a su despacho. Tenía varias cosas presentes en la imaginación. Aquel Décimo Tercio era un desconocido, un hombre extraño, y su ropa era todavía más extraña que él. Tenía los pantalones tan ajustados como los de un acróbata. Y lo más destacado de su vestimenta eran aquellas botas de metal.

—Oiga —murmuró Two Wink:—creo que hay algo raro en todo esto.

—¿Qué ha dicho usted? —le preguntó la mecanógrafa.

—A usted no le importa.

Two Wink entró en su habitación particular y discutió silenciosamente consigo mismo. Por una parte, tuvo presente su convencimiento, vago en los primeros momentos, pero que comenzó a adquirir fuerza y vigor, de que podría ganarse muchísimo dinero si un hombre recto y capaz de jugar sus cartas con toda lealtad, como Two Wink suponía que solía hacer él, pudiera adquirir una pareja de crías de los animales que habían producido aquellas pieles tan maravillosas. Por otra parte, estaba obligado a tener en cuenta

que podían ganarse fácilmente mil dólares, quinientos de cada uno de los hombres que le habían entregado las muestras, solamente con tomarse la molestia de avisar a ambos que en el mercado habían sido presentadas unas pieles como las que les interesaban.

La filosófica consecuencia de que un pájaro en la mano vale más que dos en el bosque venció, al fin, en la contienda que se había entablado en la imaginación de Two Wink. Se levantó y telegrafió a los dos hombres que le habían ofrecido las recompensas.

El destinatario de uno de los telegramas se llamaba Arnold Columbus. El otro se llamaba Wilmer Fancife.

Ambos residan en Nueva York, pero en diferentes direcciones.

CAPÍTULO II

LOS HOMBRES PENDENCIEROS

LA reyerta que aquella tarde se desarrolló en el aeródromo, fue una cosa digna de ver. La camarera vio cómo comenzó. Eran dos pasajeros, ninguno de los cuales había abandonado su asiento desde que comenzó el vuelo directo en Nueva York. Hablan subido a la aeronave separadamente en Newark, por lo que resultaba evidente que ninguno de ellos había visto anteriormente al otro. Se levantaron para salir cuando el enorme pájaro de hierro hubo aterrizado en San Luis. En el mismo instante en que se vieron, comenzó la batalla.

Uno de los hombres era muy joven; parecía hallarse muy poco más allá de esa edad en que se sale de la Universidad; tenía un cuerpo como el de un herrero joven, el cabello tan amarillo como una panoja y una expresión ceñuda y arisca.

El otro era un hombre grueso y vigoroso. Tenía una boca que parecía haber sido hecha descuidadamente con una hachuela. La Naturaleza no le había dotado con una nariz muy visible, y esta donación había sido martilleada después hasta quedar convertida en algo no mayor que una verruga. Era bizco. Su piel parecía haberle sido arrebatada a un rinoceronte.

El hombre gordo fue el primer en ver al otro. Tenía en la mano una maleta, que levantó inmediatamente y dejó caer sobre la cabeza del joven.

Este cayó sobre las rodillas, pero se puso en pie y giró para enfrentar a su agresor.

—¡Fancife! —aulló.

Se tiró a fondo, y dio un puñetazo al hombre grueso en las costillas. Lo mismo podría haber golpeado a un caballo. El joven no

era precisamente una azucena. Produjo un sonido que era un rugido furioso, y continuó peleando. Golpeó y fue golpeado. Los dos hombres cayeron y se revolcaron en el suelo del avión.

La batalla comenzaba a adquirir caracteres de violencia. Fancife pudo coger una navaja de afeitar e intentó producir un corte a su contrincante en el cuello. No pudo conseguirlo. Su adversario asió una correa y comenzó a golpear con ella al gordo, hasta que la navaja cayó de sus manos.

El ayudante del piloto —la mujer había estado gritando a los dos hombres para que se separasen— entró apresuradamente en el avión e intentó poner paz entre los combatientes. En los primeros momentos, no consiguió resultado alguno; después, logró que un golpe le arrancara los dientes de la boca. Se inclinó, tosió para arrojar los dientes y, tan enloquecido y furioso como los otros combatientes, se inclinó hacia adelante para coger una llave inglesa.

El hombre grueso, Fancife, había comentado la pelea confiadamente. Al llegar a aquellas alturas, su optimismo había desaparecido. El joven luchaba con una violencia verdaderamente demoníaca.

Fancife se apoderó de una botella de alcohol alcanforado y dio un golpe al joven en la frente. La botella se rompió; aunque no lastimó mucho a la víctima. Pero el alcohol corrió por su rostro y se le introdujo en los ojos.

Fancife aprovechó la ceguera momentánea de su contrincante para salir del aeroplano y echar a correr.

Fancife atravesó la sala de espera del aeródromo, traspuso una cerca de alambre baja y llegó hasta un taxi. No perdió el tiempo. Entró en el carruaje, agarró al estupefacto conductor por el cuello, le dio un golpe en la mandíbula que lo dejó sin conocimiento, lo sacó del coche y lo abandonó sobre la tierra. El coche arrancó a todo correr, despidiendo piedras y gravas a su alrededor, con Fancife como conductor.

Camino de la ciudad, Fancife demostró que el taxi podía volar a ochenta por hora. Más tarde, lo abandonó, se estiró las arrugadas ropas y tomó un coche de caballos de manera menos violenta. Después de esto, cambió nuevamente dos veces de coche.

Una de las ocasiones en que cambió de vehículo, Fancife consultó la dirección que tenía anotada, y que correspondía a

Gerald Evan Two Wink Danton.

Two Wink Danton era un hombre de avinagrado carácter y de una naturaleza egoísta, por lo que siempre había vivido solo. Por aquellos días ocupaba un espacio que podría llamarse una ratonera —era, también, tan tacaño como el que más— en una de las zonas bajas más sucias de la ciudad. Tenía el salón inadecuadamente alumbrado por una lámpara de veinte vatios que colgaba del techo por medio de una cuerda, y ésta fue la luz que le sirvió para observar a su visitante. En los primeros momentos, no lo reconoció.

—¿Quién… qué? —y entonces comprendió—. ¡Oh, es el Señor Wilmer Fancife!

—¡El mismo, Two Wink! —dijo Fancife.

—Supongo que vendrá porque ha recibido mi telegrama… pero no le esperaba tan pronto.

Fancife empezó a toser y a llevarse la mano al pecho como si estuviera dolorido. Cuando separó de él la mano, tenía en ella una pistola azul.

—Tampoco esperaría usted esto, probablemente —dijo Fancife moviendo el arma—. Espero que podrá comprender lo que sucede cuando estas cosas se disparan contra un hombre.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tenemos que marchar de aquí enseguida. Lo que sucede, es que no tengo tiempo que perder en explicaciones. Y por eso he sacado la pistola.

Two Wink no era un tonto, y por esta causa no opuso resistencia, sino que comenzó a bajar a la calle sumisamente. Y hasta dijo:

—Tengo mi coche dispuesto para correr. Si le parece conveniente, podemos utilizarlo.

—Vamos.

Two Wink condujo el automóvil hacia el Forest Park, que era uno de los lugares preferidos por él para sus vagabundeos, a causa de su soledad. Fancife se hundió en el silencio y mantuvo la culata de la pistola apoyada contra el vientre y apuntando a Two Wink.

—No puedo comprender nada de esto —dijo al fin Two Wink.

—¿Se refiere a mi apresuramiento para obligarle a salir conmigo? —Fancife produjo un ruido en el que no había alegría suficiente para que pudiera parecer una carcajada—. Lo he hecho

porque hay alguien, además de yo mismo, capaz de leer el listín de teléfonos.

—Sigo sin comprenderle.

—¿No lo comprende?

—Hace poco más de tres años —dijo Two Wink pensativamente —, usted vino a buscarme y me entregó una muestra de piel, de una piel maravillosa y de un tipo que me era completamente desconocido. Y me dijo que me daría una recompensa de quinientos dólares si le avisaba cuando en el mercado de San Luis se presentasen pieles de esa clase. Hoy han aparecido esas pieles. Le he telegrafiado y usted ha venido en aeroplano. Supongo que ha hecho el viaje en aeroplano...

Fancife respondió:

—Se sorprenderá usted más al saber que dejé muestras de la misma piel en todos los centros importantes del mundo, así como una oferta de la misma recompensa.

—Sí que me parece extraño.

—Entonces, tendrá que seguir pareciéndole extraño.

—Sigo sin comprender.

Fancife debió de pensar que ya no necesitaba la pistola para nada y volvió a guardarla en el fundón de que la había sacado.

—Todo lo que tiene usted que hacer respecto a este asunto, es proporcionarme informes. Necesito saber —explicó Fancife—, quién ha traído aquí esas pieles hoy y dónde puedo hallar a esa persona.

—¿No habíamos hablado algo acerca de quinientos dólares?

Fancife metió una mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó de él un billetero. Luego, comenzó a contar billetes de veinte dólares.

—Los tendrá usted —dijo.

Two Wink se llevó una mano, como descuidadamente, al interior de la chaqueta. Un momento más tarde, Fancife encontraba ante sí los amenazadores cañones gemelos de una pistola Derringer de mayor calibre que la suya.

—Lo siento mucho —dijo Two Wink—, pero necesito más de quinientos.

Los dos hombres se examinaron mutuamente durante unos instantes llenos de tensión. Two Wink detuvo el automóvil junto a un farol en una desierta zona del parque. Cada uno de ellos pudo

ver que el otro no le temía, y un mutuo respeto brotó de ambos.

—No creí que tuviera usted una pistola —dijo Fancife disgustado.

—Pero ya ve usted que la tengo.

El violento silencio continuó. No se oía más ruido que el apagado murmullo del motor y el tictac de una válvula. La brisa agitaba los árboles del parque, y las hojas arrojaban unas movedizas sombras.

—¿Qué más? —preguntó Fancife.

—Solamente hay una respuesta para esa pregunta —dijo lentamente Two Wink—. Alguien ha criado un nuevo tipo de animal, y sus pieles han llegado hoy al mercado. Esas pieles, si se obtiene un monopolio, darán a ganar millones de dólares. Y por eso quiero entrar en el negocio. No soy un egoísta.

—¿Por qué dice usted que... no es egoísta?

—Porque solamente quiero para mí el cincuenta por ciento del negocio: la mitad.

Fancife se mordió el labio inferior. Estaba pensando.

—¿Y si en el fondo de todo ello hubiera algo más importante que una nueva piel de animal?

—Seguiría pidiendo la mitad. La mitad.

Fancife continuó cavilando hasta que, finalmente, exhaló un profundo suspiro.

—¡Me agradan sus modales! —dijo a Two Wink mirándolo ceñudamente—. No es que a mí me importe usted ni un solo espino personalmente, sino que creo que no se conduce usted con torpeza. Sospecho que podría serme útil.

—Es lo mismo que yo estaba pensando —dijo sinceramente Two Wink—. Podríamos ayudarnos mutuamente.

Nuevamente nació el silencio. Luego, sin pronunciar ni una sola palabra, los dos hombres se dieron un apretón de manos para sellar el pacto. El silencio continuó. Los dos estaban sorprendidos de lo muy fácil que les había sido posible comprenderse par completo, de que sus cerebros trabajasen de una manera tan semejante, lo que hacía posible qué cada uno de ellos pudiera conocer exactamente lo que el otro pensaba y se proponía hacer. Era una cosa casi pavorosa.

—Haremos una buena pareja —dijo Fancife.

Two Wink volvió a guardarse la pistola.

—Sí; la haremos —dijo.

—Nuestra primera jugada —anunció Fancife— consistirá en apoderarnos del hombre que ha traído las pieles al mercado de San Luis. Y lo que haremos a continuación —añadió—, será deshacernos de un hombre que se llama Columbus.

CAPÍTULO III

LA BANDA

EL joven de cabellos amarillos y que tenía una constitución de herrero, estaba pasando un mal rato.

La camarera de a bordo dijo:

—Yo vi cómo empezó la pelea, y puedo afirmar que no la inició él. El otro hombre le golpeó antes.

El policía preguntó:

—¿Quién le ha arrancado los dos dientes?

—El otro hombre —reconoció el ayudante del piloto—. No éste que está aquí, sino el que ha huido.

—Entonces, ¿por qué no me pone en libertad? —preguntó el joven de cabellos amarillos—. Ese hombre me atacó, y yo me limité a defenderme; de modo que no tengo ninguna culpa. Ni siquiera conozco al tal hombre: me parece que debe de ser un loco. Lo mejor será que se dedique usted a buscarle. Lo más probable es que sea un hombre peligroso, un loco tan rematado que puede constituir una amenaza para la Humanidad.

—¿Es cierto que ni siquiera lo conoce usted? —preguntó el policía.

—Me llamo —dijo el joven que había desarrollado la mitad de la pelea—, Arnold Columbus, pero, naturalmente, prefiero que me llamen Crist Colón. Soy de Nueva York. Soy especialista en pieles, y viajo hasta las partes más remotas del mundo. Cualquiera puede encontrarme con tanta facilidad comprando pieles de foca de buena calidad en el Círculo Ártico como regateando para adquirir una piel excepcional de chinchilla en los Andes. Venía a San Luis en viaje de negocios y ese desconocido me atacó.

—Según las anotaciones de la Compañía de Navegación Aérea,

el otro hombre se llama Wilmer Fancife —le explicó el policía—. ¿Dice usted que jamás ha conocido a ningún Wilmer Fancife hasta hace unos momentos?

Crist Columbus mintió sin pestañear.

—Jamás había oído ese nombre —dijo.

El policía reflexionó durante unos instantes, y al fin llegó a una conclusión.

—Muchas gracias. ¿Quiere usted tener la bondad de seguir en contacto con nosotros para el caso de que suceda algo nuevo?

Crist Columbus sonrió alegremente y preguntó:

—Eso quiere decir que puedo marcharme ahora, ¿verdad?

—Sí. ¿Dónde piensa alojarse?

—En el Hotel Ritz.

—Muchas gracias.

Crist salió del aeropuerto en un taxi, pero no se dirigió al Hotel Ritz ni a sus alrededores. Lo que hizo fue entrar en una expendeduría de tabacos que todavía estaba abierta y consultar el listín telefónico en busca de la dirección de Gerald Evan Two Wink Gerald. Cuando hubo hallado la dirección, se encaminó hacia ella en el taxi que había tomado.

Crist indicó al conductor el lugar adonde se dirigía. Y le dio, además, un billete de cinco dólares.

—Necesito que me haga usted un favor —le explicó—. Donde le he indicado, vive un amigo mío, un hombre de muy buen carácter al que le agrada tomar refrescos inofensivos, por lo que sospecho que acaso lo encuentre un poco… un poco alterado. En el caso de que se halle a medios pelos, cosa muy frecuente, sin duda me costará un poco de trabajo separarme de él sin herir sus sentimientos. Y para esto es para lo que le necesito, amigo mío. Si yo no hubiera vuelto al cabo de media hora, usted sube a la casa, llama y explica a quienquiera que se presente a abrir que a la puerta de la calle hay un policía que subirá a buscarme en el caso de que yo no baje por las buenas. Y yo diré a mi amigo que he sido detenido por correr con exceso de velocidad y que el policía me llevaba a la cárcel, pero que me permitió detenerme un momento para que pudiera saludarle a él.

Crist Columbus se envanecía a veces de sus habilidades como embustero.

—Me parece muy complicado —dijo el conductor del coche rascándose la cabeza.

—Pero lo hará usted, ¿verdad? Tengo algunos billetes más para usted.

—¡Claro que lo haré! Dentro de media hora, sin falta.

Crist Columbus escuchó atentamente a la puerta de Two Wink Danton y oyó el sonido de una radio que tocaba apagadamente. No oyó ningún ruido más, y llamó.

—¡Hola, señor Two Wink Danton! —dijo Crist—. ¿Está usted solo?

—Sí, completamente solo —respondió su interlocutor mientras se retiraba un poco de la puerta para que entrase su visitante—. Pase, pase. No esperaba que llegase usted tan pronto. Le he enviado el telegrama un poco después del mediodía de hoy.

—No se tarda mucho más de seis horas en venir desde Nueva York a San Luis en aeroplano —dijo Crist.

Y avanzó hacia el interior confiadamente y sin destruir su error hasta que Two Wink cerró la puerta y apareció tras ella Fancife, que había permanecido en aquel lugar durante todo el tiempo con una pistola amartillada en la mano derecha y un almohadón en la otra para amortiguar el ruido del disparo en el caso de que juzgase necesario hacerlo.

En la mirada que Crist dirigió a Fancife hubo tal desesperación y una cantidad tan grande de furor, que el tortuoso hombre grueso apretó el almohadón contra la boca de la pistola, dispuesto a disparar.

—¡No! —aulló aterrorizado Two Wink—. ¡El tiro se oiría desde fuera, con toda seguridad!

—¡Manos arriba! —gruñó Fancife.

Crist Columbus levantó los brazos. Tenía los puños crispados, el rostro pálido, la boca retorcida por la furia. Odiaba a Fancife, según podía verse en su expresión, más que a nadie y a nada en el universo.

—Atelo, Two Wink —añadió Fancife.

Two Wink cogió una cuerda de esparto y ató al prisionero de un modo que demostró su extenso conocimiento del arte de hacer nudos.

—Ahora, una mordaza —sugirió Fancife.

Two Wink introdujo un pingajo en la boca de Crist Columbus, y ató sobre ella una toalla.

Y después Two Wink miró a Fancife y exclamó repentinamente:

—He pensado que… Aquel maldito perro… Y aun me queda bastante.

—¿Qué diablos tiene ningún perro que ver con todo esto?

—Uno de mis vecinos tenía un perro y el condenado bicho me ladraba siempre que me veía y me despertaba por la noche con sus aullidos. Una vez, hasta llegó a morderme. Y por eso compré cloroformo, y una noche, acabé para siempre con el perro.

—¿Y le sobró algo de cloroformo?

—Sí.

—Vaya a buscarlo.

Cuando regresó con la botella del cloroformo, que era de cuello ancho y estaba tapada con unos trapos apelotonados, Two Wink ya se había arrepentido de haber hecho aquella sugerencia a Fancife.

—Si lo matamos —dijo con voz ronca—, y nos cazan, me parece que lo pasaremos muy mal.

—Si lo matamos y no nos cazan —le replicó Fancife—, los dos seremos millonarios.

Two Wink era solamente un aficionado en cuestiones de asesinatos. Tenía las manos temblorosas y pensó de pronto que, en el caso de que los cazaran, como él mismo había dicho, su participación en el crimen sería menos importante si no era él mismo la persona que aplicaba a la víctima el cloroformo letal. Y entregó la botella a Fancife.

—Encárguese usted de hacer eso —dijo chillonamente.

—¡Con mucho gusto! —exclamó Fancife.

El gordo se arrodilló y derramó el cloroformo sobre la toalla, dejando caer un chorro continuo hasta que la botella estuvo vacía por completo. Cuando hubo terminado, la víctima tenía cerrados los ojos. Fancife levantó la cabeza a Crist Columbus, y vio que su cuello se doblaba sin resistencia, con la docilidad que le prestaba la inconsciencia.

—Bueno —dijo Fancife a continuación: —¿Dónde está el hombre que trajo esas extrañas pieles a San Luis? ¿Cómo dijo usted que se llama?

—Décimo Tercio —respondió el lívido Two Wink a quien no le

producía ningún entusiasmo la idea de su primera participación en un asesinato.

Décimo Tercio se había alojado en el hotel El Zorro Negro, que era un establecimiento instalado en el distrito peletero en los tiempos antiguos en que una piel de zorro negro era un articulo muy raro y muy caro, mucho antes de que la instalación de criaderos de estos animales hiciera que su precio descendiera casi hasta el nivel de una piel de visón oscura.

Aun cuando el hotel El Zorro Negro hubiera tenido una gran diversidad de extraños propietarios, y aunque entre los huéspedes que en él se habían alojado figurasen lo mismo tramperos velludos de Alaska que cazadores de leones de África, se había convertido en un hotel completamente ordinario, sin ninguna característica especial. Décimo Tercio, con su traje de piel de ante y sus botas de metal, era lo único extraño que había en él en aquellos momentos.

Two Wink y Fancife utilizaran una estratagema muy sencilla.

—¿Quiere usted hacer el favor de decir al señor Tercio —dijo Two Wink a uno de los empleados—, que somos compradores de pieles y que deseamos verle? Somos dos compradores que estamos dispuestos a adquirir todas las pieles que posea al precio de cinco mil dólares cada una.

Un momento más tarde subían al cuarto piso, donde Décimo Tercio se había instalado.

Tercio se hallaba en pie en el centro de la habitación. Se había limitado a decir: "¡Adelante!', cuando sonó la llamada, completamente desnudo, con excepción de una toalla que se había atado a la cintura. Los dos visitantes no pudieron por menos que mirarle curiosamente. Tenía un cuerpo muy musculoso y la piel señalada por muchas cicatrices. Estas cicatrices tenían unas formas irregulares y algunas de ellas eran mayores que las otras. Como si el hombre hubiera sida acometido, aporreado y desgarrado por los animales, pensó Two Wink.

Sobre la cama había un traje completo, un traje corriente de hombre, lo que parecía indicar que Tercio se disponía a cambiar su aspecto por el de un hombre civilizado. El traje de piel de ante estaba en el suelo, junto a las botas de metal.

Fancife cerró la puerta y sacó una pistola del bolsillo.

—¿Sabe usted lo que es esto? —preguntó.

Tercio lo sabía y levantó las manos.

—Registre bien por todas partes —ordenó Fancife a Two Wink —. Es posible que encontremos mapas que puedan facilitar nuestro trabajo.

Two Wink hizo un registro entusiasta y meticuloso. Probablemente tenía aun más interés que su nuevo socio, Fancife, en hallar algo interesante.

Pero Two Wink pensó que en realidad no conocía casi nada de lo que había en el fondo de aquella cuestión, lo que le obligó a preocuparse. Se había entregado, podría decirse, en manos de Fancife, que era una persona relativamente desconocida, y había tomado parte inmediatamente en un asesinato. Y se preguntó si no estaría comprometiéndose demasiado y sin objeto.

El traje de piel de Tercio tenía varios bolsillos, pero ninguno de ellos contenía nada.

—¿De qué clase de cueros están hechas esas pieles? —preguntó Two Wink intrigado.

—Ya lo sabrá usted más adelante —respondió enigmáticamente Fancife.

Two Wink refunfuñó un poco y cogió las botas de metal. Eran muy ligeras y tenían la parte inferior arañada.

—¿Que clase de metal es éste? —preguntó—. Nunca lo había visto.

—¡Siga registrando aprisa! —le ordenó secamente Fancife.

Two Wink terminó malhumoradamente su registro, sin hallar absolutamente nada.

—Nada —dijo.

Fancife se dirigió a su prisionero, Tercio, en un tono que no dejaba lugar para la duda.

—Puede usted conseguir que lo matemos aquí ahora mismo —le dijo—, o puede hacer lo que le ordenemos y continuar viviendo. Vístase. Póngase esas ropas corrientes, no ese traje tan raro que vestía cuando vino de... de... ¡hum!... cuando vino a San Luis. Y luego irá usted con nosotros a un lugar donde podremos hablar reservadamente.

Tercio, que los había estado mirando con enojo, preguntó:

—Pero antes de nada, ¿quiénes son ustedes, caballeros?

Fancife replicó:

—¿Conoce usted a Lanta?

Tercio no respondió. El sobresalto que le ocasionó la sorpresa fue suficientemente afirmativo.

Y al verlo, Fancife sonrió expresivamente y dijo:

—Eso te podrá orientar un poco. Ahora ¿qué prefiere usted: venir con nosotros o quedarse aquí y que lo entierren muy pronto?

—No tengo mucho donde escoger —respondió Tercio con extraño y dificultoso ingles mientras comenzaba a vestirse.

Unos momentos más tarde salían del hotel El Zorro Negro. Tercio presentaba un aspecto mucho más normal con sus ropas corrientes y no intentó resistirse. Two Wink dijo a su compañero:

—No comprendo qué objeto puede tener todo esto.

Fancife respondió burlonamente:

—Lo que vamos a hacer, sencillamente, es obligar a nuestro amigo Tercio a que nos lleve al lugar de donde ha venido.

Y se alejaron en el coche de Two Wink.

CAPÍTULO IV

EL HOMBRE DESESPERADO

CRIST Columbus acertó a dar una vuelta y sentarse, después de lo cual carraspeó de una manera muy poco alegre.

—¿Se encuentra mejor? —le preguntó el conductor del taxi.

Crist tuvo que hacer tres intentos antes de que acertase a decir: "¡No!", y después volvió a tumbarse en el suelo. Su padecimiento no habría sido tan grande si no hubiera sido por el caótico estado de su cerebro enloquecido. En su interior se libraba en realidad una batalla entre dos potencias: su cuerpo, que quería estar echado y dormir durante mucho tiempo, y su imaginación, llena de imágenes de furiosa venganza.

Finalmente, dio una nueva vuelta e intentó otra vez levantarse. Y lo consiguió, al fin, aun cuando una vez que se hubo puesto en pie tuvo que dar unos pasos laterales para no caer al suelo nuevamente.

—¡Uff! —dijo.

El conductor del taxi le preguntó:

—¿Me recuerda usted ahora? Yo soy el que le trajo en un automóvil. Me dio usted cinco dólares y me dijo que viniera al cabo de media hora para librarle de un amigo borracho.

Crist Columbus le miró, sin conseguir verlo más que borrosamente y murmuró:

—Sí; recuerdo. ¡Gracias a Dios por haberle enviado a usted!

—¿Qué le ha sucedido?

—Me he desmayado —explicó Crist—. Y debo de haber molestado mucho a mi amigo, parque siempre que me desmayo me agito violentamente y profiero unos gritos horribles. Supongo que ésa debe de ser la causa de que mi amigo me haya atado y

amordazado. También supongo que mi amigo habrá salido a toda prisa en basca de un médico, lo que me recuerda la conveniencia de que nos marchemos inmediatamente de aquí; un doctor, al verme, es posible que aconsejara que me recluyeran en un manicomio o en un hospital para epilépticos, cosa que no me agradaría nada.

El chófer lo miró, sonrió burlonamente, y dijo:

—No es usted el mejor embustero que conozco; pero sí que es uno de los buenos.

—¿Duda usted de mí?

—Ahora y antes. Comencé a sospechar cuando me habló usted de su amigo y tampoco me pareció muy juicioso lo que me ordenó usted que hiciera: decir que abajo le estaba esperando un policía. Me pareció así como si quisiera usted asustar a alguien.

—¿Esperó usted media hora antes de subir?

—No; algo menos.

—Probablemente ha hecho usted bien —Crist se frotó la cabeza con energía, en la creencia de que con ello lograría disipar la niebla que había en su interior—. O es posible que también hubiera sobrevivido. Utilizaron el mismo cloroformo contra un perro y dejaron la botella mal tapada durante mucho tiempo. El cloroformo ha debido de evaporarse y de perder toda la fuerza.

El taxista dio unos pasos y descolgó el teléfono.

—¿Qué va usted a hacer? —le preguntó Crist.

—Llamar a un policía.

Crist se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y descubrió que no le habían robado. Tenía cuatro billetes de diez dólares en la cartera. Contó tres y los ofreció al chófer.

—Le propongo que sufra usted un fallo de memoria —dijo.

El taxista dudó, sonrió y dijo:

—De acuerdo; le vendo un fallo de memoria —y cogió los treinta dólares.

El mercado de pieles se abrió a las nueve de la mañana siguiente, y el primer hombre que penetró en él fue Crist Columbus. Conocía a muchos de los comerciantes en pieles que allí trabajaban, porque había estado en diversas ocasiones en San Luis para realizar operaciones cuando trabajaba como empleado de una de las casas más importantes del ramo. Crist se convirtió en una fuente de preguntas.

—Es cierto —le dijeron—. Ayer vino al mercado un tipo con un fardo de pieles como las que usted ha indicado.

—¿Dónde están las pieles?

—Es de suponer que estarán encerradas en las arcas. He oído decir que alquiló una de ellas.

—¿Qué aspecto tiene ese hombre?

Los preguntados describieron a Décimo Tercio haciendo mención especial y detallada de su traje de piel de ante y de sus botas metálicas de una sola pieza.

Al oír esto, Crist saltó materialmente a causa de la excitación.

—¡Es maravilloso! —estalló—. ¡Resulta evidente que ese hombre ha venido rectamente de... de... ¡hum! ¡Tengo que hallarlo! ¿Dónde está?

Tercio había indicado que se alojaría en el hotel El Zorro Negro, con la esperanza de que lo visitaran los compradores que estuvieran interesados en la adquisición de sus pieles.

—Parecía tener mucha prisa en vender esas pieles —le explicó un hombre—. De todos modos, insistió en que no las vendería por menos de cinco mil dólares cada una. ¡Un precio de todos los diablos!

Crist derribó todos los records de velocidad en su camino hacia El Zorro Negro.

—El señor Tercio no ha venido esta mañana —le dijeron.

Crist fue en busca del director del hotel y le dijo:

—Necesito inspeccionar la habitación de Tercio. Y lo necesito tanto, que no tengo otro remedio que plantear a usted esta alternativa: o sube usted conmigo y me abre la puerta con una llave falsa, o voy ahora mismo a la policía a decirle que Tercio ha desaparecido, lo que sería publicado por todos los periódicos y constituiría un descrédito para su hotel.

El director era un hombre sensato.

—Bueno —murmuró—. Y si viniera Tercio mientras estemos en su habitación, le diré que usted es el pintor decorador de la casa y que estábamos viendo el estado de la pintura de las paredes.

Y subieron juntos. Las ropas originales de Décimo Terció, el traje de piel similar a la de ante y las botas metálicas de una sola pieza, estaban en el suelo.

Sobre una mesa había varios catálogos de pistolas de las casas

más importantes de San Luis.

Y no había nada más.

—¡Se han apoderado de él! —gimió Crist.

Y salió del hotel. Al llegar a la calle, se detuvo mientras se arrancaba mentalmente los cabellos y miraba ansiosamente en todas direcciones. Finalmente, completamente aturdido, volvió a entrar en el hotel y se sentó en la sala de escritura, donde cogió un papel y una pluma, y…

Más tarde, cuando Crist Columbus apareció nuevamente en la calle, llevaba en la mano un sobre al que estaba pegando un sello de correspondencia aérea y que introdujo en un buzón situado en la esquina más próxima.

Crist continuó caminando con la actitud de un hombre que hubiese tomado una determinación, hasta que encontró un coche en el que se introdujo. El coche se perdió pronto entre los que llenaban las calles.

Muy poco tiempo después de esto, Fancife salía de una tienda desde la que había estado vigilando el Hotel del Zorro Negro. Se detuvo ceñudamente ante el buzón durante unos momentos, y luego volvió a la misma tienda para telefonear a Two Wink.

Cuando, media hora más tarde llegó Two Wink, Fancife salió a recibirlo y le preguntó ansiosamente:

—¿Ha traído usted la maza?

Two Wink desenvolvió el paquete que llevaba consigo y mostró a su socio un martillo de dieciséis libras.

—¿Será bastante pesado? —preguntó.

—Servirá para nuestro objeto —respondió Fancife.

El martillo fue utilizado para romper el buzón. Estaba hecho de hierro fundido, y la caja se rajó al recibir un golpe terrible. Cuatro cartas, todo lo que contenía, cayeron al suelo. Los dos hombres se agacharon, las cogieron, y huyeron a toda velocidad.

A Two Wink le preocupaba la rotura y violación del buzón tanto como la noche anterior le había preocupado el supuesto asesinato de Crist Columbus.

—Es un delito grave —gimió—. Lo más probable, será que lancen en nuestra busca a los inspectores postales, y también los federales. Y los policías del Estado no son unos chiquillos a quienes se puedan gastar bromas.

Fancife repasó las cartas y encontró entre ellas la que Crist Columbus había escrito. Rasgó el sobre, la leyó y puso el mismo gesto que un hombre que estuviera bebiendo vinagre.

—Si tuviera que escoger entre las dos cosas —dijo—, preferiría los inspectores postales y los federales.

Había en su voz un acento extraño, que obligó a Two Wink a mirarle sostenidamente y a preguntar:

—¿Qué quiere usted decir?

Fancife agitó la carta que tenía en la mano.

—Es una carta pidiendo ayuda.

—¿Ayuda? ¿A quién?

Fancife contestó:

—¿Ha oído usted hablar de un hombre llamado Doc Savage?

Two Wink Danton estaba fumando un cigarro. Mordió la punta, y su rostro adquirió una expresión que estaba muy lejos de ser placentera.

—Ya veo que ha oído hablar de él —dijo Fancife.

Two Wink cogió la carta, la leyó y se sintió decepcionado después de hacerlo. La misiva estaba dirigida sencillamente a:

"Doc Savage, Nueva York".

Two Wink no podía dudar de que hubiera llegado a su destino, a pesar de la falta de dirección concreta, si ellos no la hubieran atrapado. Lo que le disgustó fue que la carta no contuviera nada que él no conociera ya. La comunicación comenzaba con un relato de los hechos, que para él no eran nuevos. Decía que un hombre misterioso llamado Décimo Tercio se había presentado en el mercado de San Luis con unas pieles excepcionales, que había ofrecido al precio de cinco mil dólares cada una, y que Two Wink Danton y Fancife habían hecho desaparecer a Décimo Tercio. Y también que el remitente de la carta, Arnold Columbus, llamado familiarmente Crist, necesitaba encontrar a Tercio, lo que era más importante para él que cualquiera otra cosa del mundo.

La carta añadía que la persona que la escribía, Columbus, tenía noticias de que Doc Savage era un hombre que se dedicaba a enderezar entuertos y castigar a los malhechores y a quienes se situaban al margen de la ley. En el asunto que le proponía, decía Columbus, había un entuerto tan grande que enderezar y "un misterio tan grande, tan fantástico por resolver que no lo creería

usted si lo leyera". Columbus prometía ofrecer más aclaraciones a Doc Savage tan pronto como éste se presentara en el Hotel Ritz, de San Luis, donde el firmante de la carta estaba alojado.

—Es una mala cosa —dijo Two Wink pensativamente.

—Yo la llamaría buena —retrucó Fancife—. Lo malo habría sido que no hubiéramos podido apoderarnos de la carta. ¿Qué sucedería si hubiera llegado a manos de Doc Savage?

—¿Habría sido muy malo para nosotros? Solamente he oído rumores acerca de ese Doc Savage. Creo que es un aventurero, o un soldado de fortuna, como suele llamárselos.

Fancife miró ceñudamente a su socio.

—¿Verdad que usted no ha viajado mucho? ¿No ha salido nunca de esta zona? ¿No ha estada nunca en Alaska, y en Siberia y en Ecuador y otros lugares por el estilo para comprar pieles?

—No.

—Bueno; en todos esos sitios oiría usted hablar de Doc Savage. Ese hombre debe de haber estado en todas partes, y dondequiera que haya estado, nadie se ha olvidado de él. No es un aventurero ni un soldado de fortuna, como usted dice. Es... es... a mí me parece un loco. Se dedica a cazar delincuentes tan sólo por diversión, por el gusto de hacerlo.

—¿No gana nada con ello?

—No pretendo describirle por completo al hombre; me limito a decir lo que he oído. No se le puede contratar por dinero, y si algún asunto no le seduce, se niega a intervenir en él. No sé de dónde demonios saca el dinero, ni hay nadie que lo sepa. Siempre tiene muchísimo.

Two Wink miró a su compañero en crímenes, y dijo finalmente:

—Todo eso significa que usted no quiere de ningún modo que Doc Savage intervenga en nuestros asuntos, ¿verdad?

—Ni más ni menos.

—En ese caso, será preciso que terminemos con Crist Columbus. Si no lo hiciéramos, enviara una nueva llamada a Doc Savage.

Fancife asintió y preguntó sombriamente:

—¿Podría usted disponer de un fusil con silenciador?

Two Wink, ante la perspectiva de un segundo intento de asesinato se puso de un color parecido al de una patata pelada.

—Lo intentaré —consiguió tartamudear.

CAPÍTULO V

LOS HECHOS EXTRAÑOS

DOC Savage —o Clark Savage junior, por llamarle por su verdadero nombre, que casi nadie conocía— era un hombre misterioso por lo que al público y a los periódicos se refería. Era un hecho generalmente conocido que se trataba de un personaje muy notable dedicado a la tarea de sacar de compromisos a las personas honradas y que no cobraba nada por su trabajo.

Tampoco era un secreto que se hallaba instalado en el piso ochenta y seis de uno de los edificios más altos de Nueva York. Pero, fuera de esto, Doc Savage era solamente un enigma desconcertante, una especie de leyenda misteriosa, un ser acerca del cual se contaban episodios fantásticos de todas clases.

La circunstancia de que Doc Savage acudiese en ayuda de los demás sin cobrar ni un solo centavo por sus servicios era como una especie de imán que atraía hacia él a muchas personas equivocadas. Muchos mendigos y vagabundos, haraganes y vagos que necesitaban algún dinero —algunos solicitaban solamente cincuenta centavos; otros, pedían nada menos que cincuenta mil dólares— iban a sus oficinas en muchas ocasiones.

Para solucionar los problemas que la presencia de esta gente planteaba, no se necesitaba en realidad nada extraordinario. Doc Savage tenía en el piso bajo lo que podría llamarse un cuerpo de recepción que se encargaba de facilitar trabajo a los necesitados y de expulsar a los que eran indignos de obtenerlo.

Cualquier cuestión importante, o cualquier negocio que presentase un aspecto más o menos fantástico era transferido al piso alto, donde pasaba a ser examinado por alguno de los cinco ayudantes más íntimos de Doc.

Estos cuerpos preliminares de recepción cumplían un doble propósito, siempre defensivo. Protegían a Doc contra lo que podría convertirse fácilmente en un trabajo que absorbiese para su atención las veinticuatro horas del día: la celebración de entrevistas con visitantes que fuesen a referirle sus insignificantes problema o sus minúsculas dificultades, cuando no se tratase, como en muchas ocasiones, de simples curiosos que deseasen conocer al famoso personaje. Y también le protegía contra verdaderos enemigos, quienes frecuentemente discurrían ingeniosos y curiosos procedimientos para matar a Doc Savage.

Aquella mañana, uno de los hombres que componían el grupo de cinco ayudantes más importantes de Doc, se hallaba de servicio en la sala de recepción del piso ochenta y seis. La habitación esta casi desprovista de mobiliario. Había en ella solamente una mesa grande, varios cómodos sillones de cuero y una enorme caja de caudales, tan grande, que resultaba desproporcionada con el tamaño de la estancia.

El ayuda que estaba de servicio era el teniente coronel Andrew Blodget Monk Mayfair, uno de los ingenieros químico industriales más importantes del mundo y, también probablemente, uno de los hombres más feos del orbe. La razón para su apodo, Monk, resultaban clara al mirarle: No era preciso encontrarse con él en una callejuela oscura para pensar que se había visto un mono.

Monk leyó el telegrama tan pronto como llegó. Y se sintió instantáneamente interesado. Inmediatamente, entró en la habitación más próxima, que era muy grande. Estaba llena de estantes plagados de libros, todos científicos y que componía una de las librerías técnicas más completas que existían.

—¿Qué te parece este telegrama, Doc? —preguntó.

Doc Savage cogió el telegrama. Era un hombre notable. Se comprendía solamente con verle. Su altura, era mucho más alta que la generalidad de los hombres, casi un gigante, le hacía ya excepcional, y en su organismo había indicaciones, tales como los tendones tirantes del dorso de sus manos, o los ligamentos, como barrotes de acero, de su cuello, de que debía de poseer una fortaleza extraordinaria. Tenía la piel bronceada intensamente como consecuencia de su exposición a los rigores del sol tropical; sus facciones eran correctas y firmes, hermosas sin afeminamiento.

El hombre de bronce cogió el telegrama y sus ojos recorrieron las líneas escritas. Lo más sorprendente de todo lo que había en el hombre bronceado eran los ojos. Eran como unos lagos de oro centelleantes que siempre estuviesen agitados por una suave brisa. Poseían, además, una cualidad que podría calificarse de apremiante, una intensidad hipnótica.

El telegrama decía así:

"Es de desesperada importancia para mí encontrar al hombre llamado Décimo Tercio, que se presentó en el mercado de pieles de San Luis, ayer, y ofreció para la venta un tipo de piel hasta ahora desconocido. Tengo buenas razones para suponer que Tercio ha sido secuestrado o asesinado por dos hombres llamados Two Wink Danton y Wilmer Fancife, quienes también intentaron asesinarme.

"Hay un misterio fantástico tras esta cuestión. Es algo tan sobrenatural, que parecería increíble si lo refiriera en un telegrama. He oído hablar de usted y creo que podría ayudarme, ¿Quiere venir al Hotel Ritz de San Luis? Este telegrama sigue a una carta. Confío en que alguno de ellos llegará a sus manos." "Arnold Crist Columbus:"

La expresión del hombre de bronce no se había alterado durante la lectura del telegrama. Jamás daba a conocer sus emociones. Se aproximó a un teléfono, y pidió una conferencia.

Llamó a San Luis, al mercado de pieles, y le informaron que un hombre llamado Décimo Tercio había ofrecido el día anterior pieles de un tipo desconocido. Le comunicaron, también, que durante todo aquel día no había sido posible hallar a Tercio.

Luego, Doc llamó al Hotel Ritz, donde le dijeron que Arnold Columbus se hospedaba en la casa, pero que no había aparecido en toda la mañana.

—Iremos a San Luis a echar una mirada —dijo Doc Savage.

Veinte minutos más tarde salieron de Nueva York en uno de los aeroplanos más veloces de Doc que estaba encerrado en un cobertizo situado junto a las aguas del río Hudson y que exteriormente parecía un almacén desocupado.

Monk llevó consigo su cerdito preferido, "Habeas Corpus". Este era, decididamente, un enano. Tenía unas piernas extraordinarias, unas orejas tan largas que podían haber sido alas, y un hocico muy grande. Ham Brooks, quien había estado continuamente en riña con Monk por espacio de varios años, los acompañaba también. El

general brigadier Teodoro Marley Brooks, como se le llamaba en los círculos a que pertenecía, era un abogado sobresaliente y no tenía competidor en lo que se refería a ir bien vestido.

Ham llevó su animalito mimado, un chimpancé huesudo al que llamaba "Química" y que poseía la regocijante característica de ser exactamente como una reproducción reducida a pequeño tamaño del feísimo químico Monk Mayfair.

El coronel John Renny Renwick condujo el aeroplano agarrando los mandos con unos puños tan grandes, que apenas habrían cabido en unos cubos de un galón de capacidad. Miraba siempre hacia adelante con una inalterable e indescriptible expresión de tristeza en el rostro largo y de hombre severo. Su insuperable pericia como ingeniero era indiscutible.

Los otros dos miembros del grupo, William Harper Johnny Littlejohn, arqueólogo y geólogo, y el mayor Thomas J. Long Tom Roberts, un brujo en electricidad, se quedaran en Nueva York en espera de que se los llamase más adelante, en el caso de que fuera preciso.

Había niebla y lluvia, y la visibilidad era muy próxima a cero. Por esta causa, siguieron las rutas señaladas por los rayos emitidos por radio durante todo el camino hasta San Luis. El empleado encargado del despacho en el Hotel Ritz se mostró muy cortés y muy impresionado; le pareció recordar a Doc Savage, aunque no le fue posible puntualizar por qué lo conocía.

—Lo siento mucho —dijo—; pero el señor Columbus no está en la casa en este momento. Entró, se inscribió, salió inmediatamente, y no ha vuelto aún —el hombre vaciló unos momentos, y añadió:—¡Ah! Otros dos caballeros han venido a preguntar por él.

—¿Two Wink Danton y Wilmer Fancife? —insinuó Doc.

—No dijeron sus nombres.

—¿Podría usted hacer una descripción de ellos?

El empleado hizo una descripción bastante acertada de la pareja de caballeros que habían ido en busca de Columbus.

—Muchas gracias —dijo Doc. Y salieron a la calle, donde el hombre de bronce sugirió:—Creo que debéis esperarme en ese establecimiento de la esquina.

Doc había tomado nota mentalmente del número de la habitación de Crist Columbus. Volvió a entrar en el hotel, pero no

lo hizo por la puerta principal, sino por una accesoria para no ser visto por el empleado del despacho, y mostró varios documentos oportunos que siempre llevaba consigo. Uno de ellos era un titulo de "Inspector de Ascensores", y este nombramiento solamente tenía de falso el no haber sido extendido por las autoridades de la ciudad de San Luis, sino por una compañía dedicada a la fabricación de ascensores.

Entró en uno de los montacargas, subió al piso 17, y penetró en el número 705, que era la habitación de Crist Columbus. Un pequeño artefacto de la forma de un zurcidor distorsionado y un profundo estudio y conocimiento del mecanismo de las cerraduras le abrieron la puerta de la habitación, la que registró cuidadosamente.

Más tarde, Doc fue al establecimiento en busca de sus compañeros.

—No hay nada importante en la habitación de Crist Columbus —explicó—, no siendo algunos papeles que indican que está empleado por un almacenista de pieles de Nueva York, y el billete del avión de Nueva York, que nos demuestra que ha venido a San Luis en aeroplano ayer. Y, además, había esto.

El hombre de bronce presentó un frasquito de cristal, de gruesas paredes y ancha boca, que estaba cerrado por una tapa atornillada. Era un frasco en forma de tarro de los que generalmente se utilizan para guardar caramelos. En su interior había lo que parecía un rollo de tejido de algodón. Doc lo desplegó para ver lo que contenía.

Monk no pudo reprimir una exclamación.

—¡Demonios! ¿Qué clase de piel es ésta?

No eran muy entendidos en pieles, pero no hacía falta serlo para comprender que se encontraban ante algo fabuloso. Por regla general, un trozo pequeño de piel es una cosa que no llama la atención. Pero aquel fragmento tenía riqueza y una lustrosa calidad que lo hacía parecer una verdadera joya.

También había un rizado cabello, que Monk cogió.

—Parece un rizo de mujer —se aventuró a decir el feísimo químico.

La circunstancia de que Monk, a pesar de su fealdad sobrenatural, fuese más afortunado con las mujeres que él, que era innegablemente guapo, era una continua fuente de disgustos para

Ham. El hombre de los puños grandes, Renny, dijo con una voz que retumbó como el ruido de un trueno en un abismo:

—Bueno; ya hemos averiguado algo: esos dos hombres, Two Wink y Fancife, todavía andan persiguiendo a Crist Columbus. De modo que aun no se han apoderado de él.

—Tendremos que ir ahora al mercado de pieles —dijo Doc.

No tuvieron dificultades para que en la lonja del mercado peletero les hicieran una descripción de Two Wink Danton y Wilmer Fancife, descripción que coincidió con el retrato verbal que el empleado del Hotel Ritz había hecho de los dos hombres que habían ido en busca de Crist Columbus.

—Todo está de acuerdo can el telegrama de Crist —dijo Monk sobriamente—. Vamos a ver las pieles.

Tuvieron que discutir y argumentar mucho para conseguir que les permitieran ver las pieles que Décimo Tercio había guardado en la caja de seguridad que había alquilado. Y al ver las maravillosas piezas, todos se quedaron sin aliento. Indiscutiblemente, jamás habían visto nada parecido, nada que tan justamente pudiera ser calificado de inapreciable.

—Cinco mil dólares —dijo Ham—, es un precio ridículo para estas pieles.

—¿De qué clase de animal proceden? —preguntó Monk.

Los tres miraron a Doc Savage. Todos conocían y admiraban la gran extensión de los conocimientos generales del hombre de bronce. Pero Doc no contestó. Luego visitaron el Hotel del Zorro Negro, en el que Décimo Tercio se alojaba.

El empleado del despacho del hotel era como un fichero informativo inagotable, un archivo de gran amplitud; pero se hizo preciso abrirle con un billete de cinco dólares.

Dijo que Two Wink Danton y Wilmer Fancife, no citó los nombres, pero la descripción que de ellos hizo fue suficiente para su identificación, habían ido a visitar a Décimo Tercio. Después, éste había salido con los dos hombres.

Y, más tarde, Crist Columbus había ido, también, inútilmente en busca de Tercio.

—Esto me hace suponer —se aventuró a decir Monk—, que Columbus, ni más ni menos que Two Wink y Fancife, andaba a la caza de Tercio. Y Two Wink y Fancife consiguieron atraparlo

primero.

Renny se contempló los enormes puños.

—Yo creo —dijo—, que ya hemos hecho investigaciones suficientes sobre este asunto. Y ahora, ¿qué haremos?

Subieron a la habitación de Décimo Tercio y examinaron el lugar. Doc Savage observó, durante unos momentos, las extrañas botas metálicas de una sola pieza propiedad de Décimo, y luego las entregó a Monk, el químico.

—¿Qué particularidades ofrece ese metal? —preguntó.

Monk examinó detenidamente las botas; hasta las miró a través de una lupa que Doc Savage le facilitó. Después, movió lentamente la cabeza.

—No es aluminio. No me será posible decir qué clase de metal es sin someterlo previamente a unos experimentos químicos.

Las ropas de piel que Tercio había vestido plantearon también un desconcertante problema. Doc Savage se mostró específico hasta cierto punto.

—Esa piel —dijo—, parece pertenecer definitivamente a un animal… un animal recubierto tanto de plumas como de pelo.

—Pero, ¿qué animal podría ser? —preguntó Monk.

Doc Savage no insistió sobre su análisis de la piel. Más bien demostró una acentuada disposición a continuar tratando la cuestión, como si hubiera expuesto una opinión excesivamente aventurada en el primer momento y después hubiera comprendido su imposibilidad.

Los cuatro hombres examinaron los catálogos de armas de fuego. Las armas de mayor calibre de ambos catálogos, armas contra tigres y elefantes en todos los casos, con excepción de un súper-rifle automático de gran potencia, y de nuevo tipo, estaban señaladas por medio de una marca hecha con lápiz.

—Si se proponía comprar esos rifles —sugirió Ham—, eso parece indicar que proyectaba dedicarse a la caza de animales de gran tamaño.

Llevaban trabajando cuatro horas en aquel misterioso asunto, y todo les parecía tan confuso como en los primeros momentos. No habían conseguido hallar a Décimo Tercio, el hombre misterioso que tenía unas pieles extrañas para vender, ni habían hallado huellas de Columbus, Two Wink y Fancife.

—Podríamos —sugirió Doc Savage—, intentar seguir regresivamente el camino de Décimo Tercio desde el momento en que se le vio aquí, y averiguar de dónde ha venido.

CAPÍTULO VI

EL RASTRO DE TERCIO

—UN hombre vestido de manera tan extraña como lo estaba Tercio cuando entró a este hotel —dijo Doc Savage—, tenía que atraer la atención necesariamente.

Por medio de varios teléfonos, se pusieron en comunicación con las compañías alquiladoras de taxis y coches de punto, sin obtener ningún resultado favorable.

—Hagamos lo mismo con las empresas de autobuses, de ferrocarriles y de automóviles sin chófer —ordenó Doc Savage.

El hombre de bronce se puso personalmente en contacto con algunas de ellas instaladas en pequeñas localidades próximas a San Luis, y tres horas más tarde tuvo la fortuna de descubrir a un conductor de autobuses de una ciudad agrícola en las orillas del río Mississipi, a unas treinta millas de San Luis, que había llevado a Tercio a la capital.

Doc y sus hombres se pusieron en marcha para interrogar al chófer, hombre cuya lengua se soltaba también fácilmente ante un billete de cinco dólares.

—¿Aquel tipo tan pintorescamente vestido? Llegó al pueblo, y me contrató. Y me pagó con billetes grandes.

El conductor sonrió y continuó mascando tabaco.

—¿Por qué dice usted que le pagó con billetes grandes? —le preguntó Doc Savage.

—Porque me dio unos billetes antiguos. ¿Recuerda usted que los billetes de un dólar antiguos eran mayores que los actuales? Me refiero a los de hace muchos años…

—¿Podríamos verlos?

El chófer les mostró los billetes que Tercio le había entregado.

Eran muy grandes.

—El gobierno de los Estados Unidos dejó de imprimirlos hace más de diez años —dijo Ham.

El chófer rural se metió en la boca un nuevo trozo de tabaco, y añadió:

—No sé por qué, me figuro que ese tipo debe de haber sido un anacoreta.

—¿Supuso usted, porque le entregó unos billetes anticuados, que debía de haberlos tenido guardados durante mucho tiempo?

—Sí; pero no lo supuse por eso solamente. Es que además decía unas cosas extrañas y hablaba de una manera rara. ¡Vaya unas preguntas, las que me hizo! —el chófer rió burlonamente—. ¡Pero si resulta que ni siquiera había oído hablar de Hitler! No tenía noticias de que Roosevelt fuera presidente de los Estados Unidos. Andaba muy atrasado de noticias.

Los ojos metálicos de Doc Savage denunciaron ligeramente la ansiedad que había en el interior del hombre de bronce.

—¿Le interesaba al tal hombre alguna clase determinada de noticias? —preguntó.

—Me preguntó muchas cosas a cerca de Rusia y de Stalin. Lo cierto es —continuó el chófer—, que había entre nosotros dos unas diferencias políticas, que comenzamos a discutir y que creí que íbamos a darnos unos cuantos golpes...

—¿Tiene usted alguna idea respecto al punto de procedencia del hombre?

—¡Nada! Lo encontré en el pueblo, como he dicho.

Doc Savage se dirigió a la oficina de teléfonos, donde tuvo que despedirse para siempre de cierta cantidad de dinero. Como resultado del gasto efectuado, logró que desde la central se hiciera una "llamada general" consistente en diez timbrazos consecutivos que atrajeron hacia sus teléfonos a todos los abonados de la región.

Doc pronunció un corto discurso por el que ofreció una recompensa de cincuenta dólares a la persona que le facilitase algunos informes sobre Décimo Tercio, de quien hizo una cuidada descripción.

Los resultados no se hicieron esperar.

—Ese hombre —dijo un granjero—, aterrizó con su aeroplano en mi campo de avena y mató uno de mis toros con una azagaya. Me

dijo que volvería, pero no ha vuelto todavía.

Doc preguntó al granjero su nombre y dirección, y los cuatro hombres fueron a reunirse con él, para lo que utilizaron un automóvil de alquiler.

Renny, que era el ingeniero del grupo y que entendía muchísimo de artefactos mecánicos, observó el aeroplano y expuso su opinión con voz retumbante.

—Es un aeroplano ruso —dijo—. Y fabricado hace diez años, o acaso más.

Doc Savage examinó el avión y tomó nota mental de los números de identificación que tenía estampados. El aeroplano, teniendo en cuenta su antigüedad, se hallaba en buen estado y apenas aparecían en él huellas de desgaste. El fuselaje y las superficies de las alas tenían manchas de aceite en las cercanías de los dos potentes motores, como si la aeronave hubiera efectuado poco tiempo antes un largo vuelo. No había mapas en la navecilla.

Después de haber metido una vara en los depósitos de gasolina para medir la cantidad de combustible que contenían, comprobaron que los tanques estaban casi vacíos. Doc llamó la atención de Monk por medio de una pregunta:

—Tú has hecho algunos experimentos y estudios sobre los procesos de combustión de la gasolina. ¿Qué me dices de este combustible?

Monk olisqueó, bizqueó, probó…

—Cuando se condensan algunas especies de gases naturales, se obtiene un combustible como éste.

—Entonces, ¿no es la gasolina que suele emplearse en aviación?

—No es ni siquiera gasolina de la que se utiliza en los automóviles. Ese hombre ha debido de tener que hacer muchas reformas en el motor del avión para conseguir ponerlo en marcha con un combustible como el que contiene.

El granjero, que se hallaba lo suficientemente próximo a ellos para que pudiera observar que se hallaban intrigadas, avanzó unos pasos más para contribuir con sus palabras a aumentar el misterio. Les mostró una azagaya y un palo, y dijo:

—Y; ¿qué me dicen ustedes de estas cosas?

Monk cogió las armas, las miró de través, y terminó diciendo:

—A mí me parecen unos objetos prehistóricos.

—¡Atlatl! —dijo Doc Savage.

—¿Eh? —preguntó Monk.

—Atlatl. Un artificio para arrojar azagayas. Lo utilizan muchas razas prehistóricas. Como arma, es anterior a la flecha y el arco.

El hombre de bronce tomó en sus manos el arma arrojadiza y el palo que servía para lanzarla. Metió los dedos correspondientes en los dos lazos, y colocó la azagaya de la misma manera que Tercio lo había puesto para matar el toro.

—Así, así es cómo la manejó para matar mi toro —dijo el granjero.

—Se necesita cierta práctica para manejar estas armas —indicó Doc.

Al llegar a este punto, la mujer del granjero se aproximó corriendo a su marido.

—El hombre del aeroplano ha telefoneado —dijo—; para anunciar que él y otros dos hombres van a venir muy pronto con gasolina para ese chisme.

Doc Savage sonrió y dijo:

—Tendremos que tenderlos una celada, naturalmente. Yo esperaré en el aeroplano. Monk se esconderá en una zanja. Ham y Renny pueden ocultarse entre los hierbajos Y la cizaña que hay junto a la cerca.

Cavaron una zanja hasta hacerla lo suficientemente grande para que en ella pudiera ocultarse Monk, y arrojaron la tierra que extrajeron a larga distancia para evitar que su presencia pudiera indicar la existencia del hoyo que habían improvisado. Monk se tumbó en su interior. Colocaron unas ropas encima de él, las cubrieron con tierra, y le pusieron unas pajas sobre el rostro para que pudiera ver a su través.

—No sé si debo permitir que se haga todo esto —anunció el granjero secamente—. No me parecen unas cosas muy legales.

—Somos agentes del gobierno, y estamos haciendo una investigación —le explicó el hombre de bronce.

La explicación era cierta… hasta cierto punto. Doc mostró al granjero varias credenciales y nombramientos. El nombramiento como agente del Gobierno le había sido entregado hacía mucho tiempo, para la realización de algunos trabajos realizados varios años antes. Tanto él como sus compañeros poseían credenciales de

la policía de Nueva York, de Scotland Yard y de otros lugares en los que el hombre de bronce era perfectamente conocido como defensor de las leyes.

El granjero se mostró convencido y se retiró a la casa, para continuar trabajando como si no hubiera sucedido nada. Y transcurrieron probablemente unos treinta minutos antes de que un hombre penetrase en la rastrojera.

El hombre corría como si estuviera tomando parte en una empeñada carrera y recorriera los últimos metros haciendo esfuerzos para adelantar a sus competidores. De su pecho brotaba la respiración con la fuerza de un silbido; cuando llegó al aeroplano vio a Doc Savage y sacó una pistola del bolsillo.

Doc y sus acompañantes habían sido sorprendidos por la repentina llegada del hombre.

No había posibilidad de que Doc llegase hasta el hombre antes de que éste pudiera utilizar la pistola. Pero el hombre de bronce todavía tenía en su poder la azagaya y el palo que servía para arrojarla. Y le arrojó el atlatl. No era muy pesado, pero sí lo suficiente para producir un fuerte dolor en la mano al hombre que empuñaba el arma de fuego. Y el movimiento de dolor que hizo el hombre, concedió a Doc Savage el tiempo necesario para acercarse a él.

Y los dos hombres lucharon. El recién llegado era de recia musculatura y consiguió obtener alguna ventaja en los primeros momentos. Uno de sus terribles puñetazos alcanzó a Doc en plena mandíbula. El golpe no tuvo la potencia suficiente para poner a Doc fuera de combate, pero le hizo ver varias constelaciones y caer arrodillado. Agarró, no obstante, a su adversario, lo obligó a caer con él, y continuaron luchando.

Desde su escondite, surgió Monk entre una nube de polvo y tierra y gritó:

—¡Déjalo de mi cuenta, Doc!

El adversario de Doc dejó de luchar.

—¡Doc! —exclamó—. ¿Es usted Doc Savage?

—¡Sí!

—¿Por qué demonios no me lo ha dicho? —dijo el joven que había llegado tan apresuradamente—. ¡Yo soy Crist Columbus!

En el exterior del campo, inaudible entre el ruido provocado por

la contienda, había sonado el zumbido de un motor. El zumbido cesó, y casi en el mismo momento sonó un disparo.

Monk lanzó un gemido angustioso. El rifle volvió a disparar. Doc Savage pudo llegar al aeroplano en el mismo momento en que Monk se doblaba, como una charnela, por el centro y caía al suelo.

A un centenar de yardas se había detenido un tanque de gasolina. En el automóvil había todavía dos hombres; pero Two Wink Danton había descendido por uno de sus lados y Wilmer Fancife por el otro. Y ambos llevaban en las manos unos rifles preparados para disparar.

CAPÍTULO VII

CONTIENDA RURAL

LA acción fue durante varios minutos tan rápida como un derrumbamiento de tierras. Two Wink y Fancife vieron a Doc en el aeroplano. Dispararon. El hombre de bronce saltó hacia atrás, se lanzó hacia adelante y se metió en la cabina, donde uno de los grandes motores podría servirle de parapeto contra los disparos.

—¡Venga aquí! —gritó a Crist Columbus.

Ham y Renny salieron apresuradamente de entre los hierbajos. Ambos llevaban en las manos unas superpistolas, armas de un tipo que Doc Savage había perfeccionado. Parecían solamente unas pistolas muy grandes, a primera vista, pero podían disparar una cantidad increíble de tiros por minuto.

Two Wink y Fancife los vieron; corrieron hacia el tanque y saltaron a la cabina de conducción. Two Wink guió el camión y comenzaron a alejarse en él. Ham y Renny dispararon sus superarmas sin descanso. Los disparos sonaran como el croar de unas ranas.

Desgraciadamente, estas armas estaban cargadas con el tipo de cartuchos que utilizaban con más frecuencia: balas misericordiosas. Estas balas eran unos cascos delgados que contenían un compuesto químico causante de una rápida inconsciencia. Apenas podían perforar la piel de la víctima, y lo corriente era que el compuesto químico hiciera su efecto. Disparadas contra el tanque de gasolina, estallaban al llegar a las planchas que lo componían sin producir daños de ninguna clase.

El tanque salió de la rastrojera produciendo un ruido parecido al gruñido de un cerdo atemorizado y levantando tras de sí una nube de polvo. Un objeto oscuro cayó por uno de los costados del

camión: el chófer, a quien Two Wink y Fancife habían arrojado al exterior del tanque.

Crist Columbus estaba fuera de sí por efecto del furor, y gritaba:

—¡Se nos escapan, se nos escapan!

Saltó del aeroplano y comenzó a correr desenfrenadamente en persecución del camión. Era una carrera inútil y disparatada. Renny y Ham corrieron hacia el automóvil que Doc había alquilado y que se encontraba en la huerta del granjero.

El propio Doc, que continuaba en el aeroplano, hizo un esfuerzo por ponerlo en marcha. El esfuerzo resultó infructuoso, como ya había supuesto. Los motores no podrían comenzar a funcionar con un nivel tan bajo de gasolina. Hasta resultaba milagroso que hubieran podido mantener anteriormente el aparato en estado de funcionamiento, aun cuando estuvieran calientes.

Monk continuaba retorciéndose en el suelo y apretándose el vientre con las manos.

—¡Me han herido, me han herido! —aullaba—. ¡Me han herido en el vientre!

Doc saltó del aeroplano y gritó:

—¡Se nos escapan en el camión!

Monk se puso en pie y echó a correr en dirección del automóvil alquilado. Galopaba vivamente mientras profería palabras enojadas y violentas.

En tanto que corría, Monk intentó levantarse la camisa por la parte delantera para comprobar si las balas de los rifles habían en realidad perforado la malla contra disparos que llevaba puesta. Era una especie de camiseta compuesta de una aleación metálica en cuya obtención había puesto el propio Monk sus mejores afanes; pero en aquel momento dudaba de la eficacia de su descubrimiento.

Ham y Renny tropezaron con muchas dificultades para poner en marcha el automóvil, de modo que todos los demás pudieron llegar hasta él con tiempo suficiente para ocuparlo.

El hombre que había sido arrojado del camión —por su uniforme podía verse que era chófer de la sociedad gasolinera local — había logrado ponerse en pie. Estaba quieto y gritando cuanto le era posible cuando lo dejaron de ver.

Al correr a una velocidad superior a cien kilómetros, el coche alquilado producía un ruido parecido al estruendo que podría

provocar un herrero que golpease con un martillo de hierro sobre el motor.

Doc preguntó a gritos:

—¿Vio usted al otro hombre que había en el camión, Columbus?

—Sí.

—¿Era el hombre misterioso Décimo Tercio?

—Sí; era él. Two Wink y Fancife se han apoderado de él. Le obligaron a traerlos aquí. Creo que iban a utilizar ese aeroplano.

—¿Por qué causa ha venido usted aquí?'

—Porque los estaba vigilando en espera de una ocasión de libertar a Tercio. No he podido hacerlo todavía. Two Wink y Fancife no se separan de sus rifles, y me andan buscando para matarme. Descubrí su guarida, escuché desde el exterior y oí que Tercio les decía dónde tenía el aeroplano. He conseguido llegar hasta el campo antes que ellos. Me proponía esconderme en el avión y sorprenderlos. Pero, ¡diablos!, no he tenido tiempo suficiente para hacerlo.

—¿Por qué no ha ido a denunciarlos a la policía?

—¿Para que los policías me encerraran en un manicomio creyéndome loco después de oír mi historia?

La carretera se hallaba en mal estado. El camión que marchaba delante del automóvil levantaba una nube de polvo muy espesa. Doc se vio obligado a meterse en ella. Todos tosieron y se cubrieron la boca con los pañuelos. El hombre de bronce se vio obligado a reducir la marcha. Dentro de la nube de polvo, apenas le era posible ver a una distancia de muy pocos metros.

Doc Savage continuó llevando el coche por el borde de la carretera, para evitar el polvo en cuanto le fuera posible, lo que fue una determinación muy acertada.

Súbitamente, una masa obscura se elevó ante ellos. El hombre de bronce pisó enérgicamente el freno y dio vuelta al volante de dirección. El automóvil se precipitó contra la pendiente de uno de los lados de la carretera; pero no había espacio suficiente para frenar ni para girar. Sonó un rechinamiento de metales. El parachoques y la rueda de recambio se clavaron en la cuneta. El coche se inclinó lentamente sobre el radiador, dio una vuelta y... en su interior se armó un revoltillo doloroso de personas.

Monk se olvidó de su diafragma herido y gritó:

—¡Han atravesado el camión en la carretera! ¡Creí que entre el polvo nos habíamos estrellado contra él!

Una bala de rifle se aplastó contra uno de los lados del automóvil y otra entró en su interior. El doble impacto sonó casi como un solo disparo.

Doc dijo:

—¡Tumbémonos en la cuneta!

Las puertas estaban agarrotadas; Doc consiguió abrir una de ellas por medio de una patada. Todos salieron arrastrándose sobre la espesa capa de polvo arremolinado.

Renny se puso en pie y disparó. Su pistola vomitó cuatro ráfagas en diferentes direcciones. Luego, se agachó y escuchó con la esperanza de que sus adversarios disparasen nuevamente los rifles y le ofrecieran con ello indicaciones del lugar en que se encontraban.

En lugar de disparos, sonaron unos pasos de personas que corrían.

Doc dijo:

—Debemos de estar cerca de la carretera principal.

—¡Rayos y truenos! Eso explica lo sucedido. Esos miserables intentaron hacer que nos matásemos por medio de un choque, y correr luego a la carretera principal para detener algún coche más rápido y huir en él. Sabían que acabaríamos por alcanzarlos.

Salieron de la cuneta y de entre el polvo... pero volvieron apresuradamente a su trinchera cuando a su lado sonaron muy próximos, unos nuevos disparos quo silbaron en sus oídos como las cuerdas de un violín al romperse. El volcado automóvil había estado produciendo unos ruidos parecidos a los que produciría una inmensa sartén llena de aceite hirviendo. De pronto, la gasolina se incendió; un cortocircuito, o algo parecido, la había encendido. Las llamas rodearon el vehículo y unas negras espirales de humo ascendieron en el espacio.

Ham se había introducido entre el polvo de la cuneta en busca de algo; sin duda, su bastón-espada, puesto que cuando se irguió lo tenía en las manos. Desenfundó su superpistola y comenzó a disparar. Renny también disparó. Los disparos de ambos fueron ineficaces, puesto que Two Wink y Fancife se habían ocultado tras unos altos promontorios de piedras en el lugar en que la sucia y descuidada carretera se unía a la principal.

Hubo un corto silencio. Luego, Doc dijo:

—Si pudiéramos separarnos y rodearlos… —no pudo terminar lo que iba a decir.

En la carretera principal rechinaron las ruedas de un automóvil. Two Wink y Fancife se hallaban en la carretera, con los fusiles en la mano, en actitud amenazadora. El hombre misterioso, Décimo Tercio, detenido entre ellos, agitaba en el aire una chaqueta, como si fuera una bandera roja para ordenar que se detuviera al coche que se aproximaba.

Un automóvil, un sedán negro, se detenía ante él precisamente en el momento en que Doc y sus amigos los vieron.

Doc dijo:

—Intentad alcanzarlos con balas misericordiosas.

Renny y Ham apuntaron con sus excepcionales armas, apretaron los gatillos y las pistolas dispararon. Two Wink levantó los brazos y comenzó a dar unos saltos cómicos, parecidos a los de un sapo.

—¡Le hemos acertado! —dijo Renny con alegría.

Luego y con gran disgusto, vieron que Fancife agarraba a Two Wink, lo arrastraba y lo introducía en el automóvil al que ambos habían obligado a detenerse.

Décimo Tercio comenzó a correr. Tan pronto como vieron que el hombre misterioso inclinaba la cabeza y se ponía en marcha, comprendieron que huía en busca de su libertad. Tuvo la suerte de que Fancife no lo viera en los primeros momentos.

Cuando Fancife vio que Tercio corría alejándose de él, un grito de rabia salvaje se escapó de su garganta. Fancife estaba en el interior del sedán, y Doc y sus amigos pudieron verle coger el rifle y apuntar a Tercio. Crist Columbus comprendió inmediatamente el peligro que amenazaba a Tercio y profirió un alarido.

—¡No permitan que mate a Tercio! —dijo— ¡Tercio es el único hombre que conoce lo que nos interesa saber!

Ham y Renny volvieron a utilizar sus armas. A la distancia a que se hallaban, sus cartuchos clementes no podrían perforar el cuerpo del automóvil, ni siquiera los cristales de las ventanas. Pero el continuo impacto de los proyectiles contra las planchas atemorizó a Fancife.

Fancife decidió olvidar a Tercio y salvar su propia piel. Arrojó al conductor del coche por una portezuela y comenzó a huir a gran

velocidad. El chófer, que no quería tomar partido por ninguno de los dos bandos en lucha, se escondió en la parte más profunda de la zanja. Fancife y Two Wink se perdieron tras un recodo de la carretera en el sedán.

Había otros dos coches en la carretera principal; pero ambos se habían hallado lo suficientemente cerca de los luchadores para que sus conductores y ocupantes pudieran ver lo peligroso y violento de la situación. De modo que ambos conductores, en lugar de detenerse cuando les fue suplicado, pisaron con energía los aceleradores y escaparon a toda velocidad sin prestar atención a las voces de los compañeros de Doc.

—¡Sigamos a Tercio! —gritó frenéticamente Crist Columbus.

Tercio parecía haber formado el propósito de hacer todo lo posible por no ser alcanzado. La mala suerte que hasta entonces le había perseguido, le obligaba a ser cauto y receloso. Estaba atravesando una ancha pradera; sus piernas se movían agitadamente hasta el punto de que apenas era posible verlas.

Renny gritó:

—¡Tercio! ¡Somos Doc Savage y sus compañeros! ¡Somos amigos suyos!

Estas palabras no produjeron otro efecto en Décimo Tercio que el obligarle a aumentar la velocidad, si era posible. No podía dudarse de que las hubiera oído, puesto que la voz de Renny era tan tremenda, que podía rivalizar con el sonido de las dos sirenas delanteras del "Queen Mary".

—¡Crist Columbus está aquí! —gritó nuevamente Renny.

Y Crist Columbus dijo:

—¡No creo que sirva de mucho esa advertencia! ¡Lo más probable es que ni si quiera sepa que existo!

Corrieron en dirección a Tercio. Monk, con su manera de correr a saltos, se quedó rezagado. Tercio continuaba corriendo. En el extremo más alejado del prado había vario caballos que pacían se movían nerviosamente.

Doc dijo:

—¡Es preciso que lo alcancemos!

Saltaron sobre una cerca del prado compuesta de alambre espinoso. Tercio había llegado ya junto a los caballos. Eran unos caballos de silla, fogosos, ninguno de lo cuales parecía dócil. Tercio

se metió entre el grupo de los que se hallaban en un rincón de la cerca, en el extremo más lejano de la pradera.

—¡Va a conseguir que le rompan la cabeza a fuerza de coces! —exclamó Ham.

Tercio realizó una exhibición de violenta e inteligente habilidad para entendérselas con los caballos. Logró —y la hazaña fue notable por sí misma— agarrar a uno de ellos por las crines, pegar un salto, y caer a horcajadas sobre él. El animal que había escogido tenía las piernas largas y era de pura raza. Se encabritó y comenzó a hacer cabriolas. Tercio utilizó los tacones, los puños... y dominó perfectamente al caballo.

Un largo grito salvaje, inarticulado puso en fuga a los caballos que se encontraban en el rincón. Tercio se lanzó furiosamente en dirección a la cerca. El caballo saltó limpiamente sobre los alambres espinosos. El enloquecido caballo y su jinete se perdieron en la profundidad de la arboleda.

Monk se detuvo, miró a Ham, y preguntó con enojo:

—¿Por qué no has utilizado ese "chisme"?

—Mi superpistola está descargada —respondió Ham.

—Y también la mía —añadió Renny.

El resto de los caballos corría de un lado para otro con las colas enhiestas. Nada que no fuera una cuerda larga y la insuperable habilidad de un experimentado cowboy podría servir para apoderarse de algunos de ellos. Doc intentó correr tras un roano castrado y arrinconarle, pero el roano ganó la carrera.

Décimo Tercio se había perdido de vista. Y Two Wink y Fancife se habían desvanecido hacía mucho tiempo a lo largo de la carretera.

CAPÍTULO VIII

RADIO-ORIENTACIÓN

SE detuvieron bajo el sol del Missouri para reposar y recobrar la normalidad de la respiración. Estaban demasiado disgustados por la situación para que se encontraran con ánimos para comentarla. Una relativa tranquilidad reinaba por todas partes. Lo único que se veía animado de movimiento, era el chófer a quien le había sido robado el coche, el cual había salido de la cuneta y comenzado a correr a toda velocidad de que era capaz en dirección de la casa del granjero, con la probable intención de telefonear a la policía.

La quietud era completa, por lo demás, y la paz rural volvía a imperar. Los pájaros, que habían huido asustados anteriormente, regresaban a las ramas de los árboles, y los caballos volvieron a reunirse en el mismo lugar del prado en que se hallaban anteriormente, agrupándose instintivamente, con los cuellos estirados y la atención vigilante.

Doc Savage dijo:

—Monk y Ham irán en busca de Tercio y seguirán sus huellas hasta donde les sea posible. Nos informarán de los resultados de su labor por mediación de la policía de San Luis. Renny, Crist Columbus y yo haremos lo que podamos por descubrir el paradero de Fancife y Two Wink.

Monk y Ham llamaron a sus "mascotas". Los dos animalitos habían estado haciendo un reconocimiento del patio de la granja y se habían perdido el espectáculo que se había desarrollado. Llegaron inmediatamente, y Ham y Monk los cogieron y se introdujeron con ellos en la arboleda en que se había sumergido Décimo Tercio. La carretera principal estaba silenciosa y desierta; y puesto que el coche alquilado y destruido por el vuelco no era

visible desde ella, no podían hallarse por parte algunas huellas denunciadoras de que recientemente hubiera sucedido en aquel sitio nada fuera de lo habitual.

Doc Savage logró que se detuviera el primer automóvil que pasó por la carretera en dirección a San Luis. El chófer iba solo en el vehículo. Cuando le ofrecieron unos billetes, se prestó de buen grado a conducir a los tres hombres a la ciudad.

Doc, Renny y Crist Columbus se instalaron en el asiento posterior del coche. Caminaron silenciosamente durante algún tiempo, y, al fin, Renny dijo:

—¡Rayos y truenos! Ese Tercio cabalgaba como… como un cosaco.

—Sí; y en realidad —respondió Doc en voz baja—, fue antiguamente un cosaco.

—¿Eh?

—Décimo Tercio no es su verdadero nombre. Décimo Tercio son dos palabras españolas que indican el lugar número trece. Lo más probable es que la persona a quien conocemos por ese nombre lo escogiera humorísticamente sabiendo que en los Estados Unidos no es generalmente conocido su significado.

—¿Por qué dices que ha sido cosaco? ¿Cómo lo has sabido?

—Por los números de identificación de su aeroplano. Y por el mismo aeroplano… ¿Recuerdas, Renny, que hace unos diez años hubo lo que podríamos llamar una epidemia de vuelos transatlánticos?

—Lo recuerdo. Y la mayoría de esos vuelos constituyeron unos fracasos.

—Exactamente. Y entre los que fracasaron se hallaba uno de los primeros intentos rusos de llegar al Polo Norte. No se habló mucho de aquella tentativa, porque el gobierno ruso no gozaba de simpatías en la prensa norteamericana, y porque los propios rusos no hicieron muchos esfuerzos por divulgarla. Sin embargo, no podría decirse que fuese un secreto el hecho de que un aviador llamado Veselich Vengarinotskovi se dirigiese solo al Polo Norte y que no se volviesen a tener noticias de él.

—¿Dices que se llamaba Ve… Veng…? —Renny hizo una mueca —. Bueno; que se llame como quiera. Lo llamaremos Décimo Tercio.

—Sí; lo llamaremos Décimo Tercio, porque creo que Veselich

Vengarinotskovi y Tercio son una misma persona —dijo el hombre de bronce—. Y lo creo por la sencilla razón de que el aeroplano que hemos visto en la rastrojera lleva los números de identificación y el mismo nombre que tenía el del aviador ruso que partió hacia el Polo Norte hace unos diez años y se perdió.

El hombre de bronce miró a Crist Columbus y le preguntó:

—¿Es cierto?

—Podría serlo. Los hechos coinciden —respondió Crist Columbus.

—¿No puede usted decirlo con seguridad?

—No puedo decir nada acerca de Décimo Tercio.

Renny, el hombre de los grandísimos puños, se inclinó sobre Crist Columbus.

—Pero seguramente hay algo que podrá usted decirnos…

—¡Muchísimo! —y Crist Columbus miró significativamente al chófer—. Pero no ahora.

Continuaron la marcha en silencio. Crist Columbus había apoyado la barbilla en la palma de la mano e iba cavilando. Finalmente, miró de reojo a Doc Savage y le preguntó:

—¿Cómo diablos se las ha arreglado usted para desenterrar todos esos datos referentes al aviador ruso de que nos ha hablado?

—Recordé, sencillamente, que se realizó aquel vuelo —respondió Doc.

—Sí; ¡pero resulta que hasta conocía usted los números de identificación del aparato!

Renny le interrumpió con el trueno de su voz.

—Doc tiene un cerebro que es un verdadero fichero. Un fichero y una enciclopedia. Ya se acostumbrará usted a sus sorpresas.

Crist Columbus suspiró y volvió a recostarse en el respaldo del asiento.

—Un amigo mío me ha hablado de usted. Fue hace un mes, poco más o menos. Creo que habló con usted. Se llama Sam Taft.

—¿Sam Taft, el explorador y perito en arte antiguo mejicano?

—El mismo. Me habló muchísimo acerca de usted. Tanto y tanto, que, por decir la verdad, estuve a punto de llamar a usted para pedirle que interviniera en la solución de este misterio en que ahora estamos mezclados.

—¿Por qué no lo hizo usted?

Crist Columbus sonrió.

—Francamente, porque no quería ponerme en ridículo. Supuse que usted se negaría a creer la historia que habría de contarle. Yo no la habría creído jamás si me la hubiera contado algún hombre que tuviera aspecto de poseer más músculos que inteligencia.

El chófer demostró que era muy prudente cuando conducía; y por esta razón la marcha del coche se hizo muy lenta cuando llegaron a las afueras de la población. Se separaron de él, y tomaron taxi.

—A la Dirección de Policía —dijo Doc.

Necesitaron cierto tiempo más de una hora para conseguir que se radiara una orden, dirigida a los policías de servicio y a los motoristas, de buscar y detener a Two Wink y Fancife y Décimo Tercio. Two Wink y Fancife fueron acusados de secuestro; la detención de Décimo Tercio tenía por objeto asegurarse el testimonio del testigo más importante, ya que era la persona secuestrada.

—Le han llamado al teléfono, señor Savage —dijo un oficial de policía.

Era Monk quien llamaba. Estaba muy disgustado.

—¿Sabes lo que ha hecho ese Décimo Tercio? —preguntó Monk. Doc, natural mente, no lo sabía. Monk continuó:—Dejó en libertad al caballo en las inmediaciones del río para que lo siguiéramos. Hemos supuesto que finalmente Tercia debió llegar a otra carretera donde tomaría un automóvil. Y eso significa que Tercio ha tenido ya tiempo de regresar a San Luis. Y luego...

—Venid a San Luis —le ordenó Doc—. Vigilad el hotel de Tercio.

El hombre de bronce parecía hallarse disgustado, enojado consigo mismo. Marcó otro número en el teléfono y habló durante unos momentos. Luego colgó el auricular. La expresión de disgusto se había agudizado en su rostro.

—Hemos obrado con una torpeza terrible —dijo con voz vibrante por el enojo.

Renny levantó hacia él la mirada.

—Y eso quiere decir...

—Que Décimo Tercio ha vuelto a San Luis, ha vendido las pieles por cuatro mil dólares cada una, ha cobrado su importe en dinero

contante y sonante, y se ha marchado.

Renny se puso en pie de un salto y se lanzó a la puerta.

Doc le detuvo con esta pregunta:

—¿A dónde vas?

—A cazar a ese Tercio.

—¿Dónde?

Renny levantó las manos y se dejó caer sobre el asiento.

—Me entrego —dijo—. Tienes razón. ¿Tenemos algo que pueda servirnos de pista?

—Los catálogos de armas de fuego.

—¿Eh?

El hombre de bronce abrió un listín telefónico que había sobre una mesa y comenzó a hacer una serie de llamadas a los establecimientos que habían publicado los catálogos que hallaron en la habitación de Décimo Tercio. La primera llamada fue infructuosa, pero la segunda obligó a Doc a lanzar un gruñido de satisfacción.

—El caballero por quien pregunta usted ha salido de aquí hace unos momentos —le contestó el director de la casa.

—¿Qué ha comprado? —preguntó Doc.

—¿Puede usted ofrecerme algún justificante, alguna razón de su derecho a pedirme que le facilite los detalles que pide?

Doc se identificó y añadió que era un investigador oficial del Estado, y que si no lo creía, podía llamar a la policía para asegurarse.

—Muy bien, muy bien —respondió el director de la casa—. Ese hombre… ¿Tercio, dice usted que se llama?… Tercio ha comprado cierta cantidad de nuestros rifles más potentes y una cantidad extraordinaria de municiones. Una cantidad extraordinaria de municiones; puedo asegurarlo.

—Y luego…

—Luego cargó todo en uno de nuestros camiones de reparto, subió con el conductor a la cabina y dijo que lo llevase al aeropuerto de Lambert.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Pues… alrededor de unos quince minutos.

Doc se retiró del teléfono y explicó a Renny a Crist Columbus lo que le habían comunicado.

—Décimo Tercio ha vendido sus pieles y ha comprado los rifles más potentes que ha podido encontrar y municiones. Ahora se dirige al campo de aviación de Lambert.

El rostro de Renny se iluminó por una sonrisa de alegría.

—Allí es donde tenemos nuestro avión.

Crist gritó:

—¡Es preciso que lo alcancemos!

Y se puso en marcha hacia la puerta. Renny le agarró para detenerlo.

—¡Espere! —le dijo—. Me parece que Doc tiene una idea...

El hombre de bronce se hallaba utilizando nuevamente el teléfono pidiendo comunicación con el aeropuerto.

Crist Columbus hizo una mueca y dijo:

—Esa es una buena idea. De ese modo podremos lograr que lo atrapen y nos lo envíen aquí.

Doc Savage estaba hablando ante el teléfono, dirigiéndose al director del campo, a quien conocía.

—¿Tiene ahí un aeroplano un hombre llamado Décimo Tercio? ¿No? Es posible que no haya dado su nombre verdadero; voy a hacerle una descripción de ese individuo —Doc hizo un retrato verbal de Tercio y esperó hasta que el otro hombre hubo repetido desde el otro extremo de la línea la descripción que él había hecho. Luego añadió:—¿De modo que ha comprado el aeroplano por teléfono? ¿Dijo que lo pagaría al serle entregado? ¿Qué tipo de avión ha comprado?

En la habitación había el silencio suficiente para que Renny y Crist Columbus pudieran oír las palabras que el director del aeródromo pronunció como respuesta.

—Es un aeroplano grandísimo, y tiene un depósito de gasolina extraordinariamente grande. Lo había mandado construir un aviador que se proponía dar la vuelta al mundo, y que se ha arrepentido. Ese hombre, Tercio, si ése es su nombre, lo ha comprado por veintiocho mil dólares, lo que es un precio ridículo para un avión tan grande y de tanta potencia.

Doc dijo:

—¿Querrá usted hacerme un favor? Mi aeroplano está ahora en ese campo. En la cabina encontrará usted cierta cantidad de cajas de hierro fundido. Las cajas están en unos estantes en un costado de

la cabina, y todas están numeradas. Abra la caja número nueve. ¿Me ha entendido?

—Sí. Abriré la caja número nueve.

—Saque de ella la caja de metal verde que encontrará encima de todo. Solamente hay una caja de metal verde en ese departamento, de modo que no podrá equivocarse. Sólo una. Póngala en la posición marcada "funcionamiento". ¿Comprende?

—Poner el botón en la posición indicada "funcionamiento". Continúe.

—Y, luego, esconda la caja en ese aeroplano que Décimo Tercio ha adquirido. Escóndala en la parte posterior del fuselaje, o en algún otro lugar donde no pueda ser encontrada.

—¿No será una bomba o algo por el estilo?

—No.

—Conforme, pues. Esconderé la caja en el aeroplano.

Doc Savage cortó la comunicación. Crist Columbus lo miró fijamente; lo miró como si tuviera algunas dudas sobre la estabilidad mental del hombre de bronce.

—Yo diría que no he comprendido absolutamente nada —murmuró agriamente—. Deberíamos haber ordenado que le detuvieran en el aeródromo.

Doc Savage no se molestó por estas palabras.

—Tengo curiosidad por saber a dónde se dirige Tercio.

—¡También yo! —dijo Crist Columbus con unas carcajadas en las que había un poco de burla—. ¿Por qué diablos supone usted, si no, que he estado corriendo aventuras y pasando desazones?

—Lo seguiremos.

—¡Seguirlo! ¡No es posible! ¿Cómo va a seguirse a un aeroplano?

—¿Entiende usted de radio? —le preguntó Doc Savage.

—Escucho los programas de radiodifusión de vez en cuando. Tengo entendido que los aeroplanos siguen direcciones señaladas por unos rayos emitidos por radio. Pero no entiendo mucho más.

El hombre de bronce le explicó pacientemente:

—Se puede utilizar una antena orientable y un aparato receptor muy sensible, y localizar con ellos la situación de un emisor. A esto llama "localizador de direcciones".

—Lo saben hasta los niños de la escuela.

—En esa caja que he ordenado que escondan en el avión de Tercio, está encerrado un transmisor de onda extracorta —continuó Doc—. Tiene todo lo preciso para funcionar, y trabaja por medio de baterías que lo mantienen en estado de funcionamiento continuamente durante más que una pequeña cantidad de corriente.

Crist hizo una nueva mueca y se dio un golpe con el puño derecho sobre la palma de la mano izquierda.

—Y eso significa que podremos seguir la pista de Tercio, ¿no es cierto? —gritó.

CAPÍTULO IX

LOS CAÑONES DEL NORTE

EL aeroplano de Doc Savage estaba dotado de dos cubiertas de fuselaje. La exterior era de una aleación muy dura y resistente a los disparos de las pistolas y las ametralladoras corrientes. El revestimiento interior era anticlimático. Entre ambos forros había una capa de material muy ligero y aislante de los ruidos y de la temperatura. A pesar de esto, en el interior del aeroplano hacía frío.

El aeroplano grande estaba travesando una zona nubosa, tan fría como la nieve. De vez en cuando las alas y el fuselaje de la aeronave se bañaban de los fantásticos resplandores de la aurora boreal que se elevaba como un titilante fantasma de las frías y misteriosas regiones polares.

Los calefactores, que eran eléctricos y estaban operados por unos generadores instalados en las alas, producían un sonido suave y cálido. Los enormes motores sonaban sordamente, pero aun ese sonido apenas era audible desde el interior de fuselaje.

Renny tenía la mirada puesta sobre indicador de dirección. Había tomado nota de la situación unos momentos antes, ver un pequeño lago helado que apenas era distinguible. Cuando hubo transcurrido un corto intervalo, volvió a tomar notas. Luego consultó el altímetro e hizo unas operaciones aritméticas con lápiz.

—Velocidad, ciento ochenta millas —anunció—. ¡Diablos y más diablos! Si continuamos en esta dirección, alguien va a lamentar el no haberse puesto las camisetas de invierno.

—¿Dónde estamos? —preguntó Monk.

—A unas doscientas millas al Norte de límite canadiense.

Doc Savage había estado conduciendo el aeroplano hasta aquel momento. Entregó la dirección a Ham, y fue a sentarse en la parte

posterior de la cabina.

Crist Columbus se encontraba también allí, envuelto en mantas. Tenía el color natural y los ojos perfectamente serenos. Pero, por lo demás, parecía como si le hubiera atacado algún sufrimiento.

—¿Se va usted reponiendo del mareo? —le preguntó secamente Doc Savage—. ¿Se encuentra ya en condiciones de contarnos toda la historia?

Crist Columbus vaciló un momento. Luego hizo un gesto.

—No he estado mareado —dijo.

—¡Así supuse! —exclamó Monk, que se inclinó hacia él y le mostró un puño tan grande y tan peludo como un conejo gigante—. ¿Se figura usted lo que esto —y al decirlo movió el puño amenazadoramente—, podría hacer al rostro de usted?

—Probablemente no le causará tanto daño como supone —respondió Crist sin impresionarse.

—Basta ya de amenazas, Monk —dijo Doc.

—Amenazas o súplicas… es lo mismo. He tomado ya una determinación —dijo Crist.

—¿Qué determinación?

—Ahora, ya se han metido ustedes en este lío —dijo Crist lentamente—. Y tengo la sospecha de que continuarán metidos en él hasta que lo hayan desembrollado. Los he estado estudiando, y sé que les gusta el misterio y la aventura y todo eso… Sí. Ustedes continuarán y continuarán, lo mismo si les digo que si no les digo lo que sé.

Y levantó la mirada hacia ellos. En su rostro se reflejaba la decisión.

—Y por eso —añadió—, no les diré ni una sola palabra.

El mal genio de Monk era notable principalmente por la facilidad con que solía abandonarle.

Monk se puso en pie en actitud pugilística y gritó:

—¡Póngase en guardia, hombre de dos caras! ¡Le voy a hacer picadillo!

Renny se inclinó, agarró a Monk y le dijo:

—¡Ten calma, eslabón perdido! ¡Es probable que tenga buenas razones para callar!

—¡Yo le daré buenas razones para hablar! —gritó Monk completamente enfurecido.

Crist Columbus movió pacientemente la cabeza.

—No censuro a ustedes por ser tan fogosos —dijo—, pero voy a decirles lo que sucede. Este asunto es importantísimo para mí. Es el asunto más importante de toda mi vida. He dedicado a esta cuestión dos años enteros de mi existencia, y si ahora fracasásemos, continuaría los trabajos yo solo. Y en el caso de que continuase yo solo, me parece preferible que nadie más que yo conozca la verdadera historia.

Monk replicó con viveza:

—¡No me parecen unas razones muy aceptables!

Crist inclinó la cabeza, como si estuviera de acuerdo con la opinión de Monk.

—Hay una razón más —dijo:—la razón que en otra ocasión les he indicado. Si ahora les refiriera la historia completa de lo sucedido, ustedes creerían que estoy loco y me encerrarían en un manicomio, en lugar de continuar trabajando conmigo. Digo y repito que es una verdad tan absurda, que no resulta fácil creerla.

Había una seguridad, una firmeza en las palabras del joven, que puso fin a la discusión; hasta el mismo Monk aceptó sus explicaciones resignadamente.

Doc Savage estaba maniobrando con el aparato de radio, no con el indicador de direcciones, ya que Ham, que gobernaba el aeroplano, era quien lo estaba consultando, y continuó haciéndolo hasta que recibió una respuesta. El hombre de bronce estaba claramente satisfecho cuando abandonó el receptor emisor.

Quince millas delante de ellos, un poco más hacia el Oeste, había un lugar que estaba indicado en los mapas de vuelo como un campo de aviación sostenido por el gobierno canadiense.

—Aterriza allí —dijo Doc—. Allí nos esperarán Long Tom y Johnny. Me he puesto en contacto con ellos por radio y les he indicado que traigan el otro aeroplano... el aeroplano pequeño; el plateado.

El avión en que se hallaban instalados estaba pintado de color bronce, color que Doc utilizaba muy frecuentemente; y esta tonalidad no era la más indicada para hacer que la aeronave fuese invisible entre la nieve.

El aeroplano rápido al que Doc se refería era más pequeño que el que ocupaban en aquellos instantes, tenía un solo motor

grandísimo y unas alas muy extensas, aun cuando podía volar también a pequeñas velocidades; esto era muy útil para los aterrizajes. Estaba forrado de un metal iridiscente y plateado, parecido a la pintura que se emplea en algunos automóviles de carreras, y cuando volaba a grandes alturas era casi completamente invisible.

El pequeño aeroplano estaba ya detenido sobre una nevada extensión, y no pudieron verle hasta que se hallaron a una altura de cien pies sobre él. La cantidad de nieve que cubría la tierra era suficiente para hacer que el aterrizaje resultase difícil.

—Lo que necesitamos —dijo Renny, el hombre de los puños grandes—, es un aeroplano que tenga patines en lugar de ruedas.

—Tercio no ha hecho esfuerzo alguno para equipar a su avión con deslizadores en lugar de ruedas —respondió Doc—. Habrá tenido buenos motivos para ello.

William Harper Johnny Littlejohn y el mayor Thomas J. Long Tom Roberts, que eran los otros dos hombres que componían el grupo de ayudantes de Doc, se acercaron a ellos corriendo.

Johnny Littlejohn era un hombre que poseía dos características principales: un extenso repertorio de palabras larguísimas, que utilizaba contra todo el mundo, excepto contra Doc, y una extensa habilidad como geólogo y arqueólogo, habilidad para la que no tenía rival en el mundo. Era muy alto y muy delgado, más alto y más delgado de lo que razonablemente podría ser un hombre que continuase viviendo. Jamás le sentaban bien las ropas; generalmente, llevaba un monóculo sujeto al extremo de una cinta que terminaba en el ojal de la solapa, y este monóculo no era otra cosa que una potentísima lupa que solía utilizar en el curso de sus trabajos.

Long Tom Roberts, el último miembro del grupo, tenía un nombre que no se adaptaba a su aspecto personal. No era alto. "Tomás, el Largo" era un mote que había tenido su origen en una aventura que había corrido frente al cañón de un pirata, un cañón de los que antiguamente eran denominados "Tomás, el Largo", o Long Tom. Parecía un hombre de aspecto enfermizo, lo que se debía principalmente al color de su piel, que era muy parecido al de unos de esos hongos que suelen nacer en las bodegas húmedas y cerradas. Nadie podría suponer al verle que fuera un hombre

conocido en todo el mundo por sus conocimientos como "mago de la electricidad".

Cuando Doc Savage manifestó a sus compañeros que proyectaba ocupar el aeroplano pequeño y continuar el vuelo acompañado solamente de Crist Columbus, la idea no fue acogida con mucha complacencia.

Renny llevó al hombre de bronce hasta un lugar donde los demás no pudieran oírle, y dijo:

—¡Rayos y truenos! ¡Doc! Ese diablo de Crist nos ha engañado completamente y no nos ha dicho ni una sola palabra de lo que debiera habernos revelado. ¿Cómo diablos sabes que puedes tener confianza en él?

Doc explicó las razones de su modo de proceder.

—Hay en el fondo de la naturaleza humana un algo que hace que el hombre se muestre más animado a referir sus desventuras a otro hombre a solas que a un grupo —advirtió—. Es posible que en esas circunstancias se anime Crist a hacerme confidencias. Y sino lo hiciera, si aun de este modo se negase a referirme la verdad, no habríamos perdido nada; no estaremos en peores condiciones que actualmente. Además, me parece preferible que viajemos en dos aeroplanos —añadió—, porque si a uno de ellos le sucediera cualquier accidente, tendremos el otro para continuar nuestro vuelo.

Si el hombre de bronce había esperado sinceramente que Crist Columbus rompiese su reserva y comenzase a hacerle confesiones al hallarse a solas con él, sus presunciones fallaron lamentablemente. Crist parecía hallarse hundido en las simas de la melancolía. Estaba encogido, en el asiento posterior del avión, mordiéndose las uñas o contemplándolas sombriamente mientras fruncía de diversa maneras el labio inferior. En cierta ocasión, se atrevió a levantar avergonzadamente el rostro.

—Esto me presenta como un hombre muy poco apreciable, ¿verdad? —preguntó a Doc—. He llamado a ustedes para pedirles ayuda y auxilio, y ahora me niego a decirles lo que debía manifestarles ¡Diablos! ¡No me maravilla que digan que soy un cerdo!

Y esto fue todo lo que dijo. El hombre de bronce decidió concederle más tiempo para que reflexionase, y hacerle varias

insinuaciones para animarle a hablar. El aire estaba bastante alborotado, y el pequeño aeroplano, que corría a una velocidad aterradora, parecía como si fuera repetida y continuamente golpeado por una sucesión de mazazos descargados con una gigantesca herramienta de goma dura.

Y en aquel momento, repentinamente, el hombre de bronce comprobó que estaban volando sobre el aeroplano de Décimo Tercio.

—El avión de Tercio —dijo Doc a su acompañante—, parece haber aterrizado. Ya hemos llegado, según parece. ¿Qué me aconseja usted que haga?

—¿Aconsejarle? ¿Yo? —Crist le miró fijamente—. ¿Todavía tiene usted confianza en mí?

—¿Por qué no?

Crist exhaló un suspiro, y sonrió con satisfacción.

—Es cierto. Tiene usted razón. Pero un hombre corriente me habría dado ya un puñetazo en la nariz y me habría atado de pies y manos para castigarme por lo que he hecho.

—¿Le parece que sería conveniente aterrizar cerca del aeroplano de Tercio?

—Sí. Cuanto más cerca, mejor.

El enorme aeroplano de Tercio, que tenía la parte superior de las alas pintadas del acostumbrado color naranja para que fuese fácilmente visible, estaba detenido junto a una cerrada arboleda que brotaba de la superficie cubierta de nieve que lo mismo podría ser una pradera que un lago helado.

El alba comenzaba a nacer en la parte oriental, pero no era aún suficientemente intensa la iluminación para que pudieran distinguirse claramente los accidentes del terreno ni los árboles. Todo era aún una masa confusa.

En la parte Noroeste, y a no mucha distancia, se hallaba la desierta extensión de una montaña, desnuda, oscura y escarpada; en su zona meridional se distinguían mas claramente dos grandes anillos irregulares marcados por las nieves, probablemente eternas, depositadas entre los pliegues de las grietas.

—La Montaña Blanca —dijo Crist Columbus.

Doc le miró con sorpresa. El joven tenía una expresión de agrado. Doc pensó que debía de conocer bien aquella región, puesto

que había sido capaz de identificar fácilmente la remota montaña aislada.

—¿Ha estado usted antes aquí? —preguntó Doc.

—¡Oh! ¡Claro que sí! He comerciado en pieles por todo este territorio. Y fue al norte de este lugar donde encontré a Lanta... —y se detuvo bruscamente y se mordió los labios con fuerza.

Doc inclinó el aeroplano hacia delante, se deslizó durante unos momentos, y se lanzó sobre la extensión situada a sus pies, ya fuese lago helado o pradera; pero antes de tomar tierra voló a lo largo de la llanura para adquirir seguridad de que no había accidentes del terreno. El viento soplaba con fuerza: y al soplar arrastraba unos copos de nieve algodonosa e inclinaba un poco los altos árboles.

Nada se movía en torno al aeroplano de Tercio.

Doc aterrizó fácilmente. La nieve era bastante profunda, suave como la espuma, y el aeroplano se posó sobre ella como sobre un montón de barro. Doc reflexionó que si la profundidad hubiera sido mayor, le habría sido luego muy difícil iniciar el vuelo nuevamente.

La hélice levantó unas ráfagas de viento que arrastraron consigo unos revueltos copos de nieve. Doc detuvo el aparato junto al de Décimo Tercio, paró el motor y saltó a tierra. Crist Columbus había descendido ya.

Ambos se dirigieron hacia el otro aeroplano caminando con dificultades sobre la blandura de la nieve. Y la puerta del otro aeroplano se abrió repentinamente y por ella se asomaron Two Wink Danton y Wilmer Fancife. Cada uno de ellos tenía un rifle de repetición apuntado contra Doc Savage y Crist Columbus.

CAPÍTULO X

EXPLOSIONES EN EL ÁRTICO

LA sorpresa convirtió a Crist Columbus en una rígida estatua. Doc Savage se sorprendió igualmente, puesto que no sospechaba que Fancife y Two Wink se encontrasen más cerca de él que la lejana ciudad de San Luis.

Crist dijo entre dientes:

—Yo tengo la culpa, por no haber hablado.

—¿Qué quiere usted decir?

—Yo sabía que habían obligado a Tercio a hablar.

Y Fancife gritó:

—¡Eh! Pueden ustedes intentar huir, caballeros. Así, nos darán un buen pretexto…

Doc no se movió. Crist tenía los labios entreabiertos; su respiración producía unas nubecillas de vapor en la fría temperatura ártica.

Two Wink los apuntó con uno de los rifles mientras Fancife los registraba. Fue sacando objeto tras objeto de los bolsillos de Doc Savage y enfurruñándose al ver algunas de ellos, que no sabía para lo que servían. Luego, tocó por todas partes las ropas del hombre de bronce, y comprobó que no había lugar en ellas en el que no hubiera algún útil o chisme.

—¡Hum! —gruñó—. Tendrán que desnudarse.

Se inclinó sobre Two Wink y ambos hablaron en voz baja unas cuantas palabras que no pudieron ser oídas por los demás. El resultado de la conferencia no pareció ser del agrado de Two Wink, puesto que tenía un aspecto de preocupación cuando se separaron.

—Two Wink va a vigilar por aquí fuera mientras se cambian ustedes de ropas —dijo Fancife—. Los llevaré al aeroplano, donde

hace más calor que al aire libre.

Y se dirigió al aeroplano, sin dejar de apuntarlos con el rifle mientras Doc y Crist entraban en él.

—¡Mire! —gritó Crist sin poderse contener.

Crist se refería a Décimo Tercio. Este estaba sentado en uno de los sillones del avión. Tenía unas cuerdas atadas a los tobillos y otras cuerdas que le rodeaban el pecho y lo sujetaban fuertemente al asiento. Hacía frío en el interior, y su aliento era como una especie de chorros violentos y enojados de vapor.

—¿Cómo han logrado apoderarse de usted? —preguntó Crist con rapidez.

Tercio hizo un mohín de desprecio y no contestó.

—Soy… soy un amigo de Lanta —añadió Crist.

Tampoco estas palabras surtieron efecto.

—Está un poco enfadado —dijo Fancife—. Lo comprendo; no había querido hacer justicia a nuestra inteligencia. Le ha pasado lo mismo que a ustedes. Y está muy enojado por su error.

Tercio juró en una lengua extraña; no era preciso entender sus palabras para darse cuenta de la violencia de su significado.

—¿Comprenden? —dijo Fancife riendo despreciativamente—. Jamás pensó que pudiéramos tomar un aeroplano tan veloz como éste en el mismo instante en que logró escapársenos. Lo que hicimos fue apoderarnos de un automóvil de carreras, volar hacia la Montaña Blanca, y esperar a que llegase.

Fancife se acercó a Tercio e inclinó la cabeza para hablarle.

—¿Olvida que nos dijo que la Montaña Blanca constituía el final de la primera etapa de su viaje de regreso?

Doc dijo:

—Se adelantaron ustedes a nosotros por medio de un aeroplano más rápido, y cuando llegó Tercio le obligaron a entregarse… ¿Ha sido esto lo que ha sucedido?

—Sí. Nuestros rifles le obligaron a rendirse —y movió amenazadoramente el que tenía en las manos—. Sabernos manejarlos muy bien. Y si no quieren comprobarlo por experiencia propia, quítense enseguida las ropas.

—¡Vamos a morirnos de frío! —gritó angustiadamente Crist.

—Me agradaría la mar —contestó alegremente Fancife—. ¡Vamos, vamos! ¡Quítense las ropas!

Doc Savage y Crist Columbus se quedaron en ropas interiores. Fancife dijo:

—Bueno; basta ya —volvió la cabeza y asomándose al aeroplano para observar lo que pasaba en su interior, preguntó:—¿Has visto a alguien, Two Wink?

—No hay nadie a la vista. Me parece que "éstos" han debido de venir solos.

Doc Savage respiró con satisfacción al oírlo. Doc había ordenado a Ham y a sus compañeros que volasen a una distancia de lo menos quince millas a su derecha, y la precaución no resultaba inútil, sino todo lo contrario.

Fancife se plantó ante Crist Columbus y Doc Savage y pronunció un corto discurso con voz ronca y confusa:

—No vamos a matar a ustedes, como otros harían en nuestro lugar —dijo.

Habiéndose detenido durante unos momentos para que sus oyentes pudiesen comprender el alcance de su solemne preámbulo, Fancife continuó:

—Otros que estuvieran en nuestro lugar, volarían a ustedes la tapa de los sesos; pero nosotros no lo haremos. Lo que queremos, es continuar nuestro trabajo, y continuarlo solos. Vamos a quedarnos con sus ropas, pero les permitieron volver a su aeroplano. Ya hemos registrado el avión concienzudamente para tener seguridad de que no tienen más ropas en él, Hemos visto también que el aeroplano tiene calefacción —y se volvió hacia Two Wink—. ¿No es cierto que tiene calefacción?

—Ese chisme —respondió Two Wink—, tiene de todo.

—Muy bien —Fancife miró a Doc y Crist sonrió burlonamente—. No morirán ustedes de frío en el avión. Y no será probable que se decidan ustedes a andar corriendo detrás de nosotros cuando anden desnudos. Así, no nos molestarán.

Crist dirigió una mirada de odio a Fancife.

—¡Me parece que en todo esto hay gato encerrado!

—Cree usted que me conoce demasiado bien para suponer que soy incapaz de comportamiento tan caballeroso, ¿verdad? —preguntó Fancife.

—Si. Sé perfectamente bien que el que inventó la palabra: "granuja", pensaba en usted cuando la inventó.

Fancife sonrió despreciativamente.

—Es de suponer que se sentirá usted decepcionado cuando descubra su error.

Crist lanzó un gruñido.

—Hemos estado en estas regiones del Norte comerciando en pieles. Pero usted no comerciaba, sino que estafaba. Durante aquellos años tuve ocasión de conocerle muy bien. Averigüé que es usted el más granuja de los seres que existen. Y, finalmente, cuando hubimos encontrado a Lanta, usted...

—¡Cállese! —Fancife tenía en los ojos una expresión tranquilizadora, y descubría los dientes al hablar—. ¡Cállese... y salgan del aeroplano... y váyanse al suyo, antes de que me arrepienta!

Doc Savage había aprendido a juzgar los hombres y sabía que no podría ser más que perjudicial todo lo que se hiciese por aumentar el enojo de Fancife. Había un algo extraño en sus ademanes. Fancife quería matarlos, indudablemente, lo que se podía apreciar con facilidad al ver la violencia de sus gestos y aquel indefinible y desasosegador tono de su voz. Acaso fuese la confianza que tenía en sí mismo y en sus proyectos... pero parecía que iba a ponerlos en libertad, lo que resultaba increíble en un hombre de su naturaleza.

Mientras regresaban al aeroplano de Doc, los ojos del hombre de bronce intentaron atravesar las sombras, la oscuridad crecía más intensa desde tierra que vista desde el aire, hasta que consiguieron localizar el avión de Fancife.

Estaba a una distancia de más de cien yardas. Evidentemente, habían hecho un aterrizaje muy defectuoso, hasta el punto de que el aparato chocó con algunos árboles; pero no parecía haber sufrido daños. Estaba pintado de color de plata, lo que le hacia así invisible sobre la masa de nieve y entre los copas que el viento arrastraba en torbellinos.

Doc y Crist Columbus subieron al aeroplano del hombre de bronce.

Fancife extendió un brazo para indicar la extensión de la superficie lisa, cuyo final se perdía entre la oscuridad.

—Vayan en esa dirección y sigan luego la del viento —ordenó—. No queremos que vuelvan a aterrizar aquí y que se expongan a partirse las cabezas. Y no intenten tirotearnos desde el aire —

añadió mientras les enseñaba su rifle—. Sería completamente inútil.

Dio unos pasos atrás y se situó tras un árbol, con el arma preparada para disparar. Pero del aeroplano de Doc no surgió, ninguna muestra de hostilidad. El avión comenzó a rugir, el motor zumbó y la hélice provocó grandes nubes de nieve. El aparato comenzó a alejarse, y unos momentos más tarde apenas era visible en la lejanía.

Y luego hubo una detención y el motor comenzó a rugir.

—¿Qué sucede? —preguntó Two Wink con inquietud.

—Que tropiezan con dificultades para dar vuelta en la nieve —aseguró Fancife—. Pero lo conseguirán.

Un momento más tarde el rugido del motor se hizo más intenso, y el aeroplano se arrastró por el campo, levantó el morro y comenzó a ascender.

Fancife se volvió hacia Two Wink.

—¿Lo ve?

Two Wink estaba lívido. Su temblor no era originado por el frío. Estaba inmóvil, con los dedos engarfiados, silenciosos, escuchando... escuchando... Y cuando sonó la explosión, Two Wink saltó como si hubiera sido alcanzado por ella, y una expresión de horror cubrió su rostro.

La explosión fue muy fuerte. Procedió del Oeste, de la dirección que el aeroplano de Doc había tomado. Se vio un relámpago no muy intenso. Los ecos de la explosión rebotaron en la Montaña Blanca y produjeron una larga serie de ruidos sordos. Y luego, se oyeron otros ruidos que procedían del aeroplano al estrellarse en el suelo.

Two Wink graznó:

—¿No cree... no cree usted... que deberíamos... deberíamos...?

—¿Ir a verlos? —Fancife negó con un movimiento de cabeza—. ¡No, diablos! Savage y Crist han muerto.

—¿Dónde... dónde puso usted la bomba? —preguntó Two Wink con ansiedad.

—Bajo la carga del aeroplano. Por eso es por lo que no la han encontrado.

CAPÍTULO XI

LOS PAJARRACOS

FANCIFE regresó al aeroplano, entró en él y agarró a Tercio.

—Ayúdeme —dijo a Two Wink.

Entre ambos, trasladaron a Décimo, a través de la nieve, hasta el otro aeroplano, a cuyo interior lo arrojaron. Fancife se detuvo ante él y lo miró ceñudamente. Luego, pensó que debía torturarle, y puso en práctica la idea que había tenido: introdujo la punta del cañón del rifle en la boca de Tercio. La lengua y los labios de Tercio chocaron contra la frialdad del acero. Fancife movía el cañón, empujaba, tiraba. Tercio lanzaba gemidos angustiosos.

—Ya sabe usted lo que ha sucedido... hemos matado a Savage y a Crist.

Fancife se arrodilló para poder clavar la mirada en los ojos de Tercio.

—Las contemplaciones se han terminado. Hemos llegado demasiado lejos para que podamos retroceder. Lo mejor que usted puede hacer, es hablar.

En la mirada de Tercio resplandecía el odio; pero no dijo nada.

—Tendremos que matar a usted para obligarle a callar —continuó Fancife—. ¿Por qué ha de ser tan imbécil, Tercio? Llévenos con usted...

—Y ¿qué me sucederá luego? —preguntó Tercio ahogadamente.

—Lo dejaremos en libertad.

—No me parece razonable. De todos modos, continuaré sabiendo que ustedes son asesinos. ¿No es verdad?

—Naturalmente; pero usted se quedará allá. ¿No nos dijo usted que no volvería a intentar volver por aquí? ¿No nos dijo que había tardado un año entero en destilar combustible para su aeroplano y

que quería venir solamente para vender las pieles y comprar armas y municiones con su importe? ¿No nos dijo que nunca más volvería aquí?

Tercio reflexionó con rapidez. Por su expresión facial podía verse que pensaba que no tenía otro remedio que aceptar la proposición de Fancife.

—Muy bien —murmuró.

Le desataron las muñecas —solamente las muñecas— y le llevaron a uno de los asientos.

—Quédese en la cabina —dijo Fancife a Two Wink—, y tenga preparada un arma para el caso de que intente hacer tonterías.

Two Wink asintió. Fancife llevó a su aeroplano las armas y las municiones que Tercio había comprado con el producto de las ventas de las pieles. Tuvo que dedicar mucho tiempo a esta tarea. Había muchísimos fusiles.

El motor del aeroplano se había enfriado y no funcionó en los primeros momentos. Fancife murmuró unas palabras creyendo que tendría que salir acompañado de los útiles necesarios para calentarlo. El motor comenzó, al fin, a funcionar y su estruendo se extendió sobre la ancha llanura.

Fancife lanzó el aparato a través del terreno. El cabello se le erizó al pensar que el avión no podría despegar. Más, finalmente, consiguió que comenzase a elevarse.

Fancife miró a Tercio y arrugó el entrecejo.

—Debe de pesar usted más de una tonelada —le dijo—. Me ha costado mucho trabajo despegar.

—La nieve es muy profunda —contestó Tercio. Y señaló la Montaña Blanca—. Tome, a partir de aquella montaña, dirección Noroeste.

El aeroplano continuaba rugiendo. El sol brotó de entre las nubes. La amplia extensión antártica que podía abarcar desde la altura, tenía una cegadora blancura. Se hallaban sobre un ancho y cercado de montañas a derecha e izquierda.

Two Wink estaba sentado, inclinado hacia delante, intentando comprender cómo se las habría arreglado Doc Savage para seguir a Tercio hasta el Norte, sin acertar a solucionar el inquietante problema.

Tercio se volvió hacia él y sonrió maliciosamente.

—Durante la próxima media hora —dijo—. No va a cuidarse usted de pensar una cosa tan insignificante como esa.

Había cierta excitación en los ademanes de Tercio. Llegó hasta a apretar el rostro contra el cristal, en primer lugar y más tarde a abrir la ventana y asomar al exterior, a pesar del intenso frío del viento, para poder ver mejor. Al ver algunos lugares que le eran conocidos, murmuró unas palabras ininteligibles. A medida que transcurría el tiempo parecía más y más satisfecho. Finalmente, sonreía de manera feliz.

—¡Bien, bien! —exclamó—. Recuerdo el camino de vuelta sin ninguna dificultad.

Cuando Tercio levantó un brazo y transmitió una orden, Fancife dirigió el aeroplano hacia la izquierda, en dirección a las montañas. Unos dentados picachos se elevaban ante él. Las montañas tenían unas pendientes muy agudas. En cierta ocasión, se vio obligado a volar trazando círculos para poder adquirir altura. Fancife empezó a inquietarse.

—¡Diablos! —exclamó—. Si hemos de pasar más allá de esas montañas, será preferible que busquemos un paso para poder hacerlo. Este aparato no tiene los dispositivos necesarios para tomar mucha altura en un aire tan quieto como el que hay aquí.

Tercio sonrió de una manera que descubrió todos los dientes.

—No tenemos que transponerlas —dijo.

Two Wink miró a Tercio, miró luego las montañas, y se estremeció. El aeroplano funcionaba trabajosamente, y parecía jadear como un escalador de montañas. El aire se hizo increíblemente agitado En cierta ocasión el aparato fue arrastrado por un torbellino, pero Fancife pudo dominarlo a tiempo.

Si el infierno fuera un lugar frío y nevado, sería parecido a aquellas regiones que se hallaban a los pies de los aviadores. Pero no podía verse ninguna superficie nevada, porque el viento era tan agitado, que no permitía posarse a la nieve. Todo estaba helado. Los carámbanos de hielo tomaban la forma de unos gigantescos y terribles colmillos de tigres. Unas brillantes fajas de sol arrojaban sobre la tierra unas sombras tan oscuras como unos monstruos helados.

El avión jadeaba y su motor parecía intentar alejarse fatigosamente de lo que estaba bajo él. Un desfiladero se abrió

súbitamente ante ellos. Era un desfiladero extraño. No era como una cuchillada abierta perpendicularmente en el seno de la montaña, sino que tenía la forma de un corte oblicuo, como el que podría haber producido un hacha gigantesca al golpear con una inclinación de cuarenta y cinco grados en la tierra y aquél fuera el resultado del poderoso corte.

Tercio habló. En su voz hubo algo que le dio la entonación de una secreta delicia.

¡Introdúzcase en el paso! —gritó.

Fancife se volvió hacia él. Tenía el rostro rígido por el temor.

—¡Loco! —gritó a su vez—. ¡Hay una oscuridad completa en el interior! ¡Nos estrellaríamos contra las rocas!

—¡Introdúzcase en el paso! —repitió Tercio con energía.

Fancife hizo un esfuerzo por recobrar la serenidad y el valor, y dirigió el aparato hacia la gigantesca grieta.

Pero tenía miedo, y utilizó los accesorios necesarios para reducir la velocidad del vuelo. Comenzaron a hundirse más y más en la oscuridad, que se cerraba en torno a ellos. Fancife había encendido los faros de las alas, cuyo pálido resplandor era vencido por las sombras.

Y Fancife exhaló un grito angustioso. Había un temblor ingobernable en su voz. Cogió el volante de dirección, y comenzó a hacer girar el aparato para retroceder. Tercio le dio un golpe con el puño cerrado, que le hizo temblar de pies a cabeza.

—¡No retroceda! —aulló Tercio—. ¡He pasado grandes penalidades para llegar hasta aquí, y hemos de continuar!

Fancife recobró una parte de su serenidad, y continuó volando hacia adelante durante lo que le pareció una distancia de muchas millas. Por dos veces, la pared dentada de rocas pareció unirse a la opuesta y cerrarles el paso. Fancife gritó casi enloquecido.

—Tenemos espacio suficiente para continuar —dijo Tercio—. Pero tenga cuidado. Recuerde lo que le dije: cuando entre aquí por primera vez, fue por accidente. Creí que me encontraba en el interior de un cono volcánico, e intenté llegar al fondo.

Two Wink había estado mirando hacia todas partes, y de repente dio un grito.

—¡Veo luz otra vez! —exclamó.

Y entonces pudieron ver que las paredes del cañón en que

habían penetrado, comenzaban a separarse y a dejar entre sí un espacio de más de un cuarto de milla de anchura.

Y luego, casi repentinamente, desaparecieron las paredes y los viajeros se encontraron bajo la cúpula de un techo inmenso. A su derecha tenía un lienzo casi vertical de montaña y al otro lado la extensión de un espacio extrañamente iluminado. El aeroplano se dirigió hacia esta extensión. Era como un vuelo bajo la luz de la luna. La luz se hizo más y más brillante a medida que avanzaban hasta que, al fin, adquirió una intensidad casi igual a la del sol.

—¡Miren! —gritó Two Wink señalando el lugar de donde brotaba la claridad—. ¡El sol!

Two Wink estaba indicando una gran fuente de luz que se hallaba en la lejanía; una luz completamente cegadora.

Fancife se volvió para mirarle.

—¡No puede ser el sol, imbécil! —gritó—. ¡Estamos en el interior de la Tierra!

Abajo, brotaba la vegetación. Pinos, cedros, abedules y otros árboles característicos de las selvas canadienses. Pero esta vegetación comenzó a cambiar rápidamente. Las variedades de árboles propios del Norte se hicieron más escasas y fueron substituidas por robles y olmos, o por unos árboles parecidos a éstos. Además, había palmas y helechos que formaban una densa selva.

Era como si hubieran volado desde el Norte del Canadá a través del Oeste medio y de las selvas tropicales en el espacio de unos pocos minutos. Y la distancia que habían recorrido no sería mayor de veinte millas.

Otra especie distinta de vegetación brotó rápidamente ante ellos. Era una selva fantástica compuesta de especies monstruosas que más parecían helechos y cizaña que árboles.

El aire se había calentado. Comparado con el seco y angustioso frío del ártico, el calor parecía asfixiante.

—¡Vuele a mayor altura! —ordenó Tercio a Fancife—. ¡Vuele a la mayor altura que le sea posible!

El temor de Fancife se había disipado. El interés y la curiosidad se habían apoderado de él.

—¡Váyase al infierno! —gritó—. Voy a volar lo más cerca del suelo que me sea posible para contemplar la tierra.

Tercio se inclinó, enojado, obre los mandos del avión. Fancife agarró un revólver y lo golpeó con él. Como Fancife estaba excitado, golpeó a Tercio con más fuerza que lo que se había propuesto, y Tercio cayó al suelo sin sentido.

—¡Ha obtenido su merecido! —dijo en voz baja Fancife—. Así, cuando recobre el conocimiento, tendrá más prudencia y más cordura.

Dos o tres minutos más tarde, Two Wink lanzó un aullido de terror. Fue un aullido inarticulado, un grito sin palabras precisas. Fancife se volvió con rapidez y le preguntó con indignación:

—¿Qué demonios le duele a usted?

—¡Mire!

Fancife le miró con asombro.

—¡Diablos! ¡Rayos y truenos! —vociferó. Dio un golpe seco con la palma de la mano en la palanca del acelerador y el aeroplano pareció dar un salto hacia adelante.

—¿Conseguiremos dejarlos atrás? —vociferó Fancife.

Two Wink miró hacia atrás, tembló y contestó:

—¡Están ganando terreno! ¡Vienen a centenares!

Se refería a los seres que parecían pájaros y que, al mismo tiempo, no lo parecían, porque tenían el cuerpo recubierto de una piel similar a la de los reptiles, en lugar de plumas; sus alas eran membranosas, como las de los murciélagos, pero no tenían ningún otro parecido con ellos. Y desde luego, no se asemejaban a ellos por el tamaño, puesto que el más pequeño de todos tendría una envergadura de veinte pies por lo menos.

Había una nube de aquellos bichos, una nube que volaba a la velocidad de los trenes expresos más rápidos.

—¡Van a alcanzarnos! —gimió angustiado Two Wink.

Fue aquél el momento en que Doc Savage y Crist Columbus se deslizaron arrastrándose desde la parte posterior del aeroplano —había una escotilla en la popa del fuselaje que les había servido para ocultarse. El hombre de bronce agarró a Fancife mientras Crist Columbus se enfrentaba con Two Wink. La lucha fue tan corta como violenta. Doc terminó rompiendo los bolsillos del traje de Fancife para que cayeran al suelo todos los revólveres, cartuchos y objetos que contuvieran.

—Podríamos haber continuado escondidos durante más tiempo

—dijo el hombre de bronce—; pero no queríamos correr peligro de morir por culpa de la torpeza de ustedes.

El hombre de bronce se asomó a una las ventanillas y miró hacia atrás.

Crist Columbus hizo lo mismo.

—¡Esos diablos del aire van a alcanzarnos! —gritó.

—Es muy probable —reconoció sobriamente Doc.

CAPÍTULO XII

EL MUNDO PREHISTÓRICO

FANCIFE y Two Wink continuaban en el suelo de la cabina, lugar al que sus contendientes los habían arrojado. Su sorpresa era tan grande, que ambos parecían tener una expresión de absoluta estupidez.

Fancife acertó a preguntar al fin:

—¿Dónde… no estaban… qué… estaban… ustedes en el aeroplano… cuando estalló?

Doc fingió no oírle. El hombre de bronce se hallaba atareado en el manejo de los comandos del avión. Fancife había es todo demasiado nervioso para comprender que los reductores de velocidad instalados en las alas se hallaban desplegados, lo que reducía notablemente la marcha del artefacto. Doc corrigió el error. Después, cuando el aeroplano podría haber volado a una velocidad mayor, redujo intencionadamente su marcha para permitir a los pajarracos que los perseguían que alcanzasen el avión.

Crist Columbus se había apoderado de una de las pistolas de Fancife y amenazaba con el arma a su propietario y a Two Wink.

—Se han sorprendido ustedes un poquito al vernos, ¿verdad? —les preguntó.

Fancife se humedeció los labios. Sorpresa… no era ésa la palabra apropiada.

—Nuestro amigo Doc Savage —y señaló al decirlo al hombre de bronce—, pensó, cuando estábamos en aquella extensión ártica, que ustedes habrían hecho algo en nuestro aeroplano para que se destrozase cuando comenzase a volar. No era muy aceptable la suposición de que consintieran ustedes en ponernos en libertad.

—¿Cómo se las han arreglado ustedes para llegar hasta aquí?

—Nos limitamos a saltar del aeroplano de Doc cuando se encontraba en el extremo más alejado de la extensión de terreno descubierto. Había demasiada oscuridad para que pudieran vernos ustedes, y nos llevamos algunas cosas con nosotros. El avión de Doc tenía un mecanismo automático de dirección y los mandos podían ser colocados en una posición fija. Durante algunos instantes, temimos que el aeroplano no pudiera despegar en un terreno cubierto de una capa tan profunda de nieve. Pero despegó.

—Pero ¿cómo entraron ustedes en este aeroplano? —preguntó Fancife.

—Es muy sencillo. El aeroplano estaba entre los árboles, como usted recordará. Lo único que tuvimos que hacer fue dar un pequeño rodeo a través del bosque, y entrar en él por la parte de detrás. Es muy grande la puerta de la pañola del fuselaje. Entramos por ella.

Fancife repitió algunas de las palabrotas que acostumbraba pronunciar.

Crist hizo un gesto de picardía y de burla.

—Cuando estuvimos en el aire, hicimos unos agujeros en el fuselaje para poder ver a dónde se dirigían ustedes. Vimos esos grandísimos pajarracos que nos perseguían, y pensamos que estábamos obligados a hacer todo lo que fuera posible en defensa de nuestras cabezas.

Crist se asomó a mirar por la ventanilla, y empalideció.

—¡Cáscaras! —aulló—. ¡Esos bicharracos están a punto de alcanzarnos!

La escena podría haber sido digna de figurar en los cuadernos de historietas ilustradas para chiquillos: un aeroplano perseguido por unos asquerosos y terribles pajarracos. Pero era una escena real, no fingida ni dibujada. No era aceptable, no estaba dentro de los límites razonables de la credulidad, pero lo cierto era que allí estaba el aeroplano y que detrás de él, persiguiéndole con una velocidad extraordinaria, estaban las descomunales y extrañas aves. Sucedía, era absolutamente real.

—¡Y los endiablados bichos tienen dientes! —gimió Crist.

Dientes: no era ésta la palabra apropiada. Aquellas aves tenían un pico parecido al de los loritos, pero infinitamente mayor. Eran, también, parecidos a unas mandíbulas de tiburón enormemente

agrandadas. Los pajarracos —se hallaban muy próximos en aquellos momentos, y tenían un aspecto espantable al ser iluminados por la luz "solar"— eran absolutamente monstruosos.

Doc dejó que el aeroplano descendiese bruscamente, con el pico hacia tierra. Un momento después, había recobrado su posición horizontal. Volaban a una velocidad aterradora en dirección a la tierra. El escuadrón de monstruos volantes continuó aleteando como si su presa se hallase todavía ante ellos, como si no hubiese cambiado de rumbo.

—¡Resulta que no nos perseguían! —exclamó Crist.

—¡No sea inocente, Crist! —dijo Doc—. Nos están persiguiendo.

Crist miró hacia lo alto.

—Pues... ¡mírelos usted! Continúan volando como si todavía estuviéramos delante de ellos.

—Pertenecen a la especie de los pterodáctilos.

—Petero... ¿Qué?

—Es una de las especies prehistóricas: pterodáctilos. Como muchas especies primitivas —explicó el hombre de bronce—, probablemente no tienen cerebro, y sus reacciones son muy lentas.

—¿Quiere usted decir... que... esos... esos... petero... ¡lo que sean...! siguen creyendo que nos están persiguiendo? —preguntó Crist.

—Sí; algo por el estilo.

Doc Savage volvió a colocar el aeroplano en posición horizontal y continuó volando a una altura aproximada de quinientos pies. A esta altura, apenas se hallaban a pocos pies sobre las copas de los árboles más altos. Miró hacia abajo, y el interés del hombre de ciencia que en él había, despertó.

Cuando el avión llegó hasta un terreno descubierto y liso que tendría una extensión de más de media milla de anchura y una longitud aproximadamente igual, el hombre de bronce dirigió el avión repentinamente hacia abajo.

—Vamos a aterrizar —dijo—. No parece posible que este terreno pueda existir en realidad.

Las ruedas se deslizaron por un terreno cubierto por hierbas de un pie de altura. Doc salió del avión. La hierba era increíblemente áspera, y cada una de sus briznas tenía el tamaño de una hoja de palmera.

—¿Qué vamos a hacer con los prisioneros? —preguntó Crist.

Doc tuvo que resignarse, lo que hizo con disgusto, a examinar el terreno y la vegetación que se extendía ante él. El hombre de bronce había dedicado muchos años de su vida al cultivo de la ciencia. Y no es posible que exista en el mundo ningún hombre de ciencia que al encontrarse en un lugar semejante, pudiera pensar en algo que no fuese su inmediato estudio e inspección. En el aeroplano encontraron algunos paquetes de provisiones que estaban atados con cuerdas de alrededor de un cuarto de pulgada de diámetro. Estas cuerdas les sirvieron para sujetar firmemente a Two Wink y Fancife.

—Y ¿qué hacemos con Tercio? —preguntó Crist.

Doc frunció el entrecejo. Tercio no se había mostrado muy dispuesto a ayudarles.

—Lo ataremos también.

Terminaron de atar a Tercio sin que sucediera nada de particular. El aire era cálido y húmedo, como el de la selva tropical. La luz era brillante, pero como no provenía de la altura, tenía cierto parecido con la luz crepuscular. Los ojos de los hombres se habían habituado ya a ella, y pudieron apreciar que tenía una tonalidad azulada.

Crist Columbus estaba mirando a su alrededor. Era indudable que se encontraba torturando su imaginación en busca de palabras con que poder expresar sus impresiones. Se limitó a muequear tontamente, ya que no le fue posible hallar nada adecuado que decir.

—¿No es un lugar… endiablado? —acertó a decir al fin.

En lugar de contestarle, Doc Savage dio algunos pasos. Había percibido que se sentía más ligero, menos pesado, que le costaba muy poco trabajo moverse. Dio un salto. El salto, realizado sin esfuerzo, lo elevó a varios pies de altura sobre el suelo.

—Salte, salte —indicó a Crist.

Crist saltó, también. Aun cuando tampoco realizó ningún esfuerzo, ascendió en el aire hasta tener los pies a la altura a que normalmente tenía la cabeza.

—¡Canguros y pingüinos! —exclamó no sabiendo qué decir.

No había cielo sobre ellos. Solamente una sombría oscuridad, que era casi indistinguible en la niebla de la distancia, les mostraba

el lugar en que debería de haber una especie de techo de piedra abovedado.

—¿Qué es lo que hace que el techo no se caiga? —preguntó Crist desconcertado.

—Probablemente, es la gravedad lo que impide que esa bóveda se derrumbe —dijo lentamente Doc Savage—. La ciencia, si hemos de decir la verdad, tiene muy pocas teorías que hayan podido ser demostradas acerca de la ley de gravedad. Una de las teorías que han existido supone que la gravedad no es más que la atracción de la masa… O, dicho en otros términos: que si se consigue reunir una cantidad suficiente de masa en algún lugar, se crea con ello la gravedad. Antiguamente se defendió la teoría de que si el mundo era hueco, se podría caminar por su interior de la costra sin caerse, puesto que la gravedad sería creada por la atracción de la masa exterior.

—O, dicho de otro modo, la masa de piedra que existe sobre esa bóveda es suficiente para originar su propia gravedad y para impedir que caiga, ¿no es así?

—Hasta cierto punto, sí.

Décimo Tercio lanzó un quejido y murmuró:

—Esa es la explicación, probablemente. Se puede trepar por las paredes, y hasta caminar por los techos, cuando se poseen unas ligeras ventosas en las manos o en los pies para sostenerse. He visto que lo hacen muchos animales. Cuando se sueltan, por cualquier causa que sea, comienzan a caer con una lentitud grandísima, pero la rapidez de su caída aumenta a medida que se alejan de la masa de atracción de la bóveda.

—¿Qué tamaño tiene este lugar? —preguntó Doc.

—Es casi otro mundo como el nuestro —replicó Tercio malhumoradamente—. Puede usted creerlo o no; haga lo que quiera.

Doc Savage se encaró con Tercio.

—Creo que sería conveniente que aclarásemos la situación de usted en lo que se refiere a esta zona de la tierra. ¿Es cierta que ha estado usted antes de ahora aquí?

Tercio vaciló.

—Sí —dijo al fin—. No creo que haya ya necesidad de tener reservas respecto a la existencia de este lugar.

—¿Cómo llegó usted aquí?

—Estaba intentando realizar un vuelo transpolar entre Rusia y los Estados Unidos hace unos diez años, y me metí en el cañón que se halla a la entrada de este sitio. Las alas del avión se habían cargado de hielo y no me fue posible salir del cañón una vez que hube entrado en él. Continué volando, las alas continuaron cargándose de hielo, y finalmente tuve el convencimiento de que tendría que aterrizar en lo que supuse que sería el fondo del desfiladero.

Tercio levantó la cabeza para mirar a Doc y a Crist, e hizo una nueva mueca burlona.

—Tenía a bordo —continuó—, algunas bengalas muy potentes que llevaba como precaución para el caso de que me viera obligado a tomar tierra por la noche en algún lugar desconocido. Comencé a arrojarlas encendidas, una a una, y continué descendiendo a su luz. Las bengalas se me agotaron antes de que llegase al fondo del cañón, pero, afortunadamente, tenía unos faros de aterrizaje que me sirvieron para llegar, finalmente, hasta este lugar.

—Pero ha regresado usted a San Luis —le recordó Doc.

—¡Claro! —Tercio adelantó la mandíbula para señalar el mundo que los rodeaba—. Ya ha visto usted esos pajarracos. Y cree usted que ha visto algo... No, todavía no ha visto nada. Todavía, no. Este es un mundo increíble, en el que no puede hacerse nada si no se dispone de unos rifles muy potentes. Y hasta hay algunos lugares en él donde los rifles no sirven de nada. Pero, para no entretenerme con demasiadas explicaciones, le diré que yo necesitaba rifles y municiones. Y por esta causa, recogí algunas pieles, destilé un poco de gasolina para mi aeroplano —soy casi un químico— y me lancé hacia el mundo exterior. Lo hice, aterricé en las cercanías de San Luis, y estaba intentando vender las pieles cuando —y al decirlo miró a Fancife y a Two Wink— comenzaron todos estos líos.

Doc dirigió una mirada a Crist. Este hizo un signo afirmativo.

—Probablemente, todo es cierto —dijo el comprador de cueros.

El hombre de bronce dirigió la mirada a su alrededor, y su curiosidad científica se apoderó de él.

—Antes de continuar —dijo bruscamente—, quiero hacer un reconocimiento del terreno. Crist, ¿sabe usted conducir un aeroplano?

—Bastante bien —respondió éste—. He comerciado en pieles en el Norte y he volado mucho en uno de los aeroplanos de la casa para la que trabajo. Fue entonces cuando conocí a Fancife. La casa en que trabajaba él y la mía nos mandaron juntos para hacer economías.

Doc añadió:

—Entonces en caso de que suceda algo imprevisto o peligroso, o si algunos de esos fantásticos animales descendiese al llano, ¿puede elevarse en el aeroplano y volver más tarde a recogerme?

—Sí; muy bien.

El hombre de bronce sacó de la parte posterior del avión una caja que hacía recogido de su aeroplano y que contenía todo lo que había podido salvar de la catástrofe. Vio que Crist lo estaba mirando, y como respuesta, dio unos golpes sobre la tapa de la caja.

—Ametralladora y municiones —añadió a modo de explicación.

Crist inclinó la cabeza comprensivamente, y contempló al hombre de bronce cuando éste comenzó a alejarse. Doc atravesó la explanada y desapareció en la profundidad de la extraña selva, que se componía principalmente de plantas parecidas a los helechos, pero que alcanzaban una altura de cincuenta o sesenta pies.

Cuando Doc Savage se hubo alejado, Crist Columbus se dio cuenta repentinamente de que se encontraba muy solo en medio de un mundo extraño. Se encogió de hombros, arrugó el entrecejo y apretó los puños en un intento de darse ánimos. Pero resultaba muy difícil la tarea de infundirse valor.

No había silencio. Desde el momento en que había interrumpido el funcionamiento del motor, había estado sonando un ruido monótono y apagado, parecido al que podría producir un torrente que cayese en el fondo de un desfiladero distante.

Tercio vio que Crist estaba escuchando con atención.

—Son los animales —dijo.

—¿Eh? —exclamó Crist inexpresivamente.

—Ese ruido no se interrumpe jamás. Suena siempre, siempre —explicó Tercio secamente—, y en ocasiones con más fuerza que ahora. Todos los ruidos tienden a ascender, y son rechazados por la bóveda de piedra. Esto es lo que supongo, por lo menos. Como quiera que sea, siempre se oye aquí una especie de bramido ronco. Ya se acostumbrará usted a él.

—¿Es... es... peligroso?

Tercio rió. Más no había alegría en su risa.

—Este es el lugar más endiabladamente peligroso que puede imaginarse.

—¿Por qué?

—¿Recuerda usted haber leído las descripciones que se han hecho del mundo de hace millones de años, cuando unos monstruos prehistóricos tan grandes como rascacielos vagabundeaban de un lado para otro? Es probable que al leerlas pensase usted que la vida del pobre hombre de las cavernas debía de ser muy dura y muy precaria, ¿no es cierto? Bueno; pues eso servirá para que se forme usted una idea de lo que es la vida aquí.

—¿Animales del tamaño de rascacielos? ¿No exagera usted?

—Es posible... Usted mismo juzgará.

Fancife había estado tendido en el suelo, dirigiendo a Crist continuas miradas preñadas de odio. De repente, su rostro adquirió una expresión diferente. Una expresión de astucia y de maldad.

—Lanta —dijo Fancife—, también era muy buena.

Crist dio un salto y lo miró con enojo.

—Perfectamente —dijo—. Pero ¡déjela en paz!

Fancife comenzó entonces a reír de un modo que enfureció a Crist. Este se inclinó y golpeó a Fancife en el rostro.

El caído sangró de los labios, y dijo:

—¡Si estuviera desatado, no se atrevería usted a golpearme!

Crist se enfureció aun más.

—¿No? ¡Voy a desatarle! —dijo—. ¡Y luego, lo mataré a puñetazos!

Crist volvió a agacharse y aflojó las cuerdas que sujetaban los tobillos y las muñecas de Fancife. Luego, le dio un puntapié con desprecio, y dijo:

—¡Levántese, pulga despreciable!

Fancife no se levantó, sino que acometió, tumbado como estaba, a Crist. Lo agarró de los tobillos y dio un tirón. Crist cayó a tierra. En circunstancias normales, aquello habría sido solamente el principio de una lucha más o menos dura.

Pero Two Wink estaba preparado y tenía las piernas levantadas. Two Wink tenía puestas unas botas muy fuertes. Cuando Crist cayó al suelo. Two Wink dejó caer las piernas sobre su cabeza. Los golpes

sonaron como dos terribles mazazos. Crist se encogió. Fancife le dio unos golpes aterradores y unos puñetazos espantosos con ambas manos. Two Wink continuó pateándole la cabeza.

—¡Lo van a matar ustedes! —gimió Tercio.

—¡Estupendo! —replicó Fancife. Y continuó golpeándole.

El cansancio, más que la piedad, obligó a los dos compinches a cesar de golpear al vencido. Se dejaron caer en tierra para reposar unos instantes, y Fancife comenzó a desatar a Two Wink. Crist era una ruina destrozada, un ser amoratado y en cogido lleno de cardenales y de sangre.

Two Wink señaló a Crist y preguntó:

—¿Vamos a dejarlo aquí para que se lo coma algún animal?

—No —Fancife acompañó la negación con un movimiento lateral de cabeza—. Vamos a llevarlo al aeroplano. Si despertase, podríamos martirizarle un poco para obligarle a decirnos lo que no quiere. Me agradaría saber si ha dejado en los Estados Unidos algún escrito que pueda originarnos disgustos cuando regresemos.

—Y ¿Doc Savage?...

—Ya nos ocuparemos de él.

Fancife se instaló en el puesto de mando del avión.

—¡Esta es una región terrible! —exclamó indignado Tercio—. ¡Savage no podría vivir mucho tiempo si lo dejaran ustedes solo en este infierno!

—También eso sería estupendo —contestó Fancife.

El aeroplano se arrastró zumbando a través de la extensión despejada y comenzó a elevarse en el aire.

CAPÍTULO XIII

LA CAVERNA

AUN cuando oyó los primeros rugidos del motor, Doc Savage no se apresuró salir precipitadamente a la explanada, puesto que recordó que había ordenado a Crist que se elevase en el caso de que le amenazase algún peligro. Supuso que lo sucedido sería que habría hecho su aparición algún animal peligroso. Cuando llegó a la salida de la selva y miró hacia alto, comprendió que su suposición era equivocada.

El avión no estaba volando en círculo sino que se elevaba gradualmente, como si abandonara el lugar. No se veía ningún animal, ningún peligro en la explanada. El aeroplano continuó volando, y, finalmente desapareció.

¡Abandonado! No podía dudarse que era cierto.

El hombre de bronce volvió a introducirse en la selva con lentos movimientos cuidando de no producir ruidos. La exuberancia de la vegetación que le rodeaba, era sorprendente. Y en su mayor parte le habría sido completamente desconocida si no hubiera dedicado mucho tiempo de su vida al estudio de las formas de la vida vegetal prehistórica.

Y como quiera que sus conocimientos anteriores estaban limitados a lo que los naturalistas habían podido descubrir mediante el estudio de algunos fragmentos fosilizados encontrados entre las capas bituminosas o en condiciones similares, la curiosidad del hombre de bronce por adquirir unos conocimientos directos fue muy intensa.

Doc Savage había sido —excepto en lo que se refiere al tiempo— literalmente transportado a un mundo prehistórico. Por todas partes, en cualquier lugar que mirase, crecían plantas, el

descubrimiento de cuya naturaleza había costado a los naturalistas largos años de estudios y experimentos. Y la ciencia —Doc Savage lo sabía bien— había cometido una cantidad grandísima de errores.

En su mayor parte, la vegetación se componía de helechos o plantas parecidas, la medida de las cuales se establecía desde una ligera fracción de pulgada hasta la altura de los monstruos que alcanzaban la de un árbol del mundo exterior. Había enredaderas de las mismas características, que tejían una intrincada maraña. Y a causa de la humedad del ambiente —el aire parecía estar saturado de humedad, y las nieblas intensas eran muy frecuentes —brotaba, también, una especie de hongos parecidos a los de la superficie, pero de unos tamaños que resultaban cómicos a veces.

El hombre de bronce se formó inmediatamente una teoría respecto a la existencia de un mundo tan extraño. En lo que se refería a la luz, por ejemplo, parecía indudable que procedía del cráter de algún volcán del que se escapaban unos gases con resplandeciente incandescencia, los cuales alcanzaban tales temperaturas, que la luz poseía las mismas cualidades que la luz ordinaria del sol.

La vida de las plantas no florece ordinariamente sin la ayuda de la luz solar. Por lo tanto, aquella luz debía de poseer las mismas propiedades que los rayos del sol. Por otra parte —Doc había quitado el cristal de su reloj de pulsera y lo había ahumado para examinar a su través el distante "sol"— la intensa llama parecía brotar de un cono que se extendía, como la cumbre de un volcán, hasta una altura de varios millares de pies sobre el cielo del extraño mundo.

La luz debía de brotar continuamente de aquel cono, de modo que en la región no debería de haber noche, sino solamente día. Que esto era cierto, se demostraba por la forma distorsionada del desarrollo vegetal. Como las plantas del mundo exterior, toda la vegetación se inclinaba; hasta cierto punto, en dirección al sol, lo que significaba que los árboles y los helechos brotaban hacia lo alto y luego se torcían en dirección a la luz. Esto producía la misma impresión que si un viento terrible azotase continuamente el mundo vegetal.

El interés del hombre de bronce por la Naturaleza estuvo a punto de costarle la vida. De pronto, sonó un potente estrépito a sus

espaldas. Saltó a un lado, y apenas tuvo tiempo para ver una forma enorme que pasó a toda velocidad.

El hombre de bronce sintió un estremecimiento cuando vio "aquello". El horror se apoderó de él, y muy pronto tuve el convencimiento de que la muerte se hallaba a un paso.

El animal parecía un gato famélico; pero su longitud debía ser de unos cinco o seis metros desde el hocico hasta la punta del rabo. Tenía una cabeza enormemente grande, decididamente felina, y unas grandísimas quijadas dotadas de agudos colmillos que se proyectaban hasta más de treinta centímetros desde las encías.

El hombre de bronce pensó:

—"¡Dientes como cuchillos!"— Y se alejó con tanta rapidez como jamás lo había hecho en toda su vida.

El tigre —pues indudablemente, era un tipo de tigre prehistórico — había caído sobre una masa de helechos, donde se revolcó y agitó durante unos instantes. Evidentemente, el gato gigante estaba desconcertado, puesto que carecía del instinto necesario para comprender que su presa se había evadido. Estos animales prehistóricos tenían un cerebro muy pequeño, y probablemente carecían de la astucia necesaria para sorprender a sus antagonistas. Y, ciertamente, aquel animal no se movía con mucha rapidez. El enorme gatazo pugnaba lentamente por descubrir a su presa.

Doc se había encaramado con rapidez al más alto de los tallos de polipodio que pudo encontrar. El tallo alcanzaba una altura de más de cincuenta pies, pero Doc dudaba de que los quince metros fueran suficientes para ponerle fuera del alcance del monstruo. Sus dudas no eran injustificadas. El tigre saltó, aun cuando fracasó en su intento de atrapar al hombre, pero el enorme peso del animal al caer sobre la planta estuvo a punto de hacer caer a Doc Savage a tierra.

En el momento en que el gato gigante caía al suelo, el hombre de bronce sintió un miedo como jamás lo había conocido en toda su vida. Le pareció que estaba sufriendo los efectos de una terrible pesadilla.

Doc había sacado de la funda una de sus pistolas ametralladoras. Quitó las balas misericordiosas de que estaba cargada, y las substituyó con cartuchos explosivos. Levantó el gatillo, después de haber preparado el mecanismo para hacer un solo disparo —pues

no sabía cuánto tiempo habría de tener necesidad de conservar balas para defenderse de los peligros— y disparó.

El estampido de la cápsula explosiva fue mucho más ruidoso que el de la pistola. El proyectil se clavó en la cabeza del animal, y una buena parte del cráneo voló como consecuencia de la explosión.

La escasa capacidad cerebral de la fiera se manifestó en la lentitud con que murió. Dio unas cuantas vueltas de un lado para otro, y hasta intentó saltar para atrapar a Doc. Hizo furiosamente unos sonidos espantosos, aulló, bramó, y murió.

Doc tenía la pistola preparada para el caso de que tuviera que disparar de nuevo, lo que fue una gran desgracia. Si hubiera vuelto a guardarla en la funda que tenía atada a la cintura, acaso habría podido salvarla.

Sonó un ruido confuso entre los hierbajos, al que siguió un rugido espantable, y apareció la enorme masa de un reptil. Era tan grande, tan negro y tan fuerte como una locomotora de mercancías, y tenía aproximadamente el mismo tamaño. Y también producía unos ruidos parecidos. Sin duda, los aullidos del tigre herido habían atraído hacia aquel lugar al monstruoso animal.

Doc contempló la embestida del fantasmal reptil. Debía de ser un tyranosaurio, una especie carnívora que ha sido considerada por los hombres de ciencia como una de las más mortíferas que han existido sobre la tierra. El ejemplar que Doc tenía bajo la vista era diferente en algunos aspectos al que los sabios habían reconstruido, pero en los rasgos principales era absolutamente igual.

Tenía más de treinta pies de longitud lo cual no basta para formarse una idea completa de su magnitud. Tenía el cuerpo mucho más largo y mucho más ancho que el del mayor elefante que Doc había visto...

El cuerpo no era verdaderamente grueso, sino, contrariamente, delgado y huesudo, y estaba recubierto de una armadura natural que parecía estar compuesta de escamas. Tenía las dos patas traseras enormemente desarrolladas como las de un canguro, y una cola gruesa que, como al propio canguro, le servía para apoyarse sobre ella y saltar. Las piernas delanteras eran mucho menos desarrolladas que las otras y estaban rematadas por una especie de horribles garras que parecían de acero y que se doblaban hacia el interior.

El tyranosaurio era, sin duda alguna, el enemigo mortal del tigre. Acometió al caído coloso, lo pataleó y, en su furor, ciego por la sangre, se lanzó contra el polipodio en cuyo extremo superior se encontraba Doc.

El choque del monstruo contra el polipodio fue tan terrible, que Doc Savage, no creyó que pudiera producirse nada tan violento por ningún ser vivo. Hubo un horrible instante en que el hombre de bronce creyó que la mata había sido completamente arrancada. Se agarró frenéticamente a ella, tan frenéticamente, que, la pistola se le escapó de las manos.

La pistola automática cayó al suelo. El tyranosaurio la pisoteó. El mecanismo de la pistola era muy delicado. Y el enorme animal debía de pesar varias toneladas, docenas de toneladas...

La pérdida de la pistola habría sido, en el caso de que el monstruo viese a Doc Savage, un accidente de poca importancia. Doc permaneció muy quieto, con los brazos apretados en torno al tallo del polipodio. Estaba a una altura mayor que a la que el reptil podría llegar cuando se irguiese sobre las patas traseras, pero la fiera podría llegar hasta él por medio de un ligero salto. O, con su fabuloso peso y sus terribles energías, podría derribar fácilmente la mata en cuya cúspide se encontraba el hombre de bronce.

Pero al tyranosaurio le interesaba el tigre muerto. Se inclinó sobre él y le clavó un agudo mordisco. Los huesos del tigre rechinaron al partirse y produjeron unos ruidos infernales.

El reptil emitió un rugido, un rugido ensordecedor que era como una combinación del sonido de una sirena de vapor y del aullido de un perro moribundo. Aquel sonido, pensó Doc, era un fenómeno científico muy interesante. Se había sostenido por varias autoridades en la materia que los monstruos del orden de los reptiles habían sido incapaces de producir ningún sonido. Esto era un evidente error.

El tyranosaurio recogió repentinamente el cuerpo del tigre con sus enormes mandíbulas y se alejó saltando y deteniéndose frecuentemente para inclinarse y mirar a su alrededor.

Con grandes precauciones, el hombre de bronce comenzó a descender del polipodio. La pistola automática, según pudo ver cuando la encontró, estaba irreparablemente destrozada.

¡Y era su única arma! El hombre de bronce había escondido la

caja de sus provisiones en la propia selva, a corta distancia de donde se hallaba, y fue en su busca. La caja no contenía nada que pudiera servirle de arma, desgraciadamente, por lo que ni siquiera la abrió. Se colocó el chisme a la espalda, pasando los brazos por las correas destinadas a este fin, y se puso en marcha.

El pensamiento de hallarse solo en aquel lugar fantasmagórico, y de hallarse desarmado entre tantos peligros, era desasosegador. Mientras caminaba arrastrándose tuvo grandes dificultades para conservar, hasta cierto punto, la serenidad. El temor se imponía a él, y el pánico se apoderaba de sus nervios.

Cuando descubrió que algo le seguía, experimentó cierto consuelo. Lo que tenía tras de sí era un peligro legitimo, un algo sólido y concreto que sus sentidos podían percibir y apreciar.

En los primeros momentos creyó que eran dos los animales que le seguían. Luego, vio que había mucho más. Treinta, o acaso cuarenta, por lo menos.

No eran grandes. Tenían unos dos pies de longitud y unos cuerpos delgados y arqueados. Tenían, en cierta forma, aspecto de comadrejas, aun cuando sus cabezas eran de una conformación diferente; tenían los morros vueltos hacia atrás, al modo de los bull-dogs, y los dientes se proyectaban hacia el exterior más que hacia adentro.

Cuando vio el primero de estos animales, el hombre de bronce lo miró fijamente y casi con incredulidad. ¡La piel! Era una piel hermosísima, cuya vista le era ya familiar. La verdad se presentó ante él, y le pareció casi tan sorprendente como lo más sorprendente de lo que allí había visto.

¡Aquéllos eran los animales dotados de piel igual a las que Décimo Tercio había llevado al mercado de San Luis!

Uno de los animales se acercó a Doc y lo miró con ojos llenos de sorpresa. Luego, saltó. Su salto fue prodigioso. Lo realizó con la cabeza adelantada y con las mandíbulas abiertas, de manera que los extraños dientes de que estaban provistos se clavasen, por la fuerza del impacto, en el cuerpo del hombre.

El hombre de bronce había recogido una porra. Y la utilizó para asestar un golpe al animal de forma de comadreja. El animal cayó en unas matas, dio una vuelta, y volvió a saltar contra el hombre. Otro animal apareció. También saltó. Y también utilizó Doc la porra

contra él. Tampoco pareció afectarle mucho la violencia del golpe que recibió.

En la imaginación del hombre alboreó la desagradable e inquietante verdad: aquellos animales eran muy difíciles de matar, a causa, sin duda alguna, del gran desarrollo de sus sistemas mental y nervioso. Doc gritó, golpeó a diestro y siniestro con la porra. Ni el ruido ni los golpes produjeron efecto alguno.

El hombre de bronce se lanzó sobre el polipodio gigante que le pareció más conveniente. Eligió uno que no tenía ramas hasta cierta altura, que tenía un tronco liso y brillante, al que trepó con grandes dificultades. También escogió aquel tronco porque había próximos a él otros varios, a los cuales podría saltar en caso de necesidad. Fue una suerte que lo hiciera así.

Los animales treparon tras él con mucho menos trabajo que Doc y con menores esfuerzos. Desde la altura en que se encontraba, el hombre de bronce pudo ver muchísimos animales más de la misma especie, que se habían acercado silenciosamente. Había una gran cantidad de ellos.

Los animales, según pensaba Doc, debían de ser una especie de roedores vampiros prehistóricos. Distorsionados por el transcurso de los siglos, posiblemente antecesores de la comadreja actual. Por la forma de sus mandíbulas pudo deducir la forma en que mataban: atacaban, sencillamente, a un animal mayor que ellos y le producían la herida a la cual se agarraban, como unas gigantescas sanguijuelas, para chupar los jugos vitales.

Doc se deslizó un poco a lo largo de una hoja, saltó, y cayó sobre otra de un tronco inmediato. Desde ésta, saltó a otra. Esta forma de desplazamiento no le ocasionó grandes molestias, puesto que poseía una habilidad casi simiesca para el salto. El peligro mayor estaba en la posibilidad de que juzgase erróneamente la fortaleza de una de las hojas, por desconocer la naturaleza exacta de aquella vegetación, y cayese a tierra desde una gran altura.

Sin embargo, terminó por cansarse, y tuvo que detenerse para descansar. Los horribles animalitos comenzaron inmediatamente a trepar hacia él.

Presa de una creciente desesperación, el hombre de bronce saltó hasta otra mata y desde allí se dejó resbalar hasta el suelo por el tronco. Cuando hubo puesto los pies en tierra, comenzó a correr a

través de la selva. Tenía la esperanza de correr más que los animales y dejarlos atrás prontamente. Pero el recurso resultó inútil, porque los animalitos estaban dotados de un olfato, de una agilidad y de una rapidez igual a la de los galgos.

Más preocupado a cada momento que transcurría, Doc buscó un arroyo. Pensó que podría entrar en el agua y hacer que de este modo le perdieran la pista sus perseguidores. Pero no halló ningún arroyo.

Cuando hubo comprendido que no podría correr más que los animales sedientos de sangre, que estaban a punto de alcanzarle, el hombre de bronce trepó nuevamente a un árbol. Se movió lentamente, para conservar mejor sus energías, y no saltó a otra mata hasta el momento en que sus seguidores se hallaban muy próximos a él. Era una labor tan desesperante como peligrosa. A pesar de todos sus conocimientos científicos, a pesar de su gran habilidad. Doc no podía hallar ningún procedimiento para burlar a los animalitos.

Frente a él había un terreno que se elevaba a más altura que el resto de la selva, una mole de piedras y rocas que se hallaba casi completamente desnuda de vegetación. Únicamente brotaban en ella algunas manchas aisladas de espeso césped.

Doc vio que entre las grietas y los pliegues de las rocas se formaban algunas aberturas que parecían ser cuevas naturales. Inmediatamente, se dirigió hacia ellas. Tenía la esperanza de poder entrar en alguna caverna, tapar la entrada con piedras y encontrar el descanso de que tan necesitado estaba.

Al llegar cerca del promontorio pétreo, Doc abandonó el último de los árboles y, haciendo un esfuerzo extraordinario, corrió con gran velocidad. Casi inmediatamente, encontró una cueva como la que deseaba. Era, literalmente, sólo un agujero en la piedra.

Enarboló la porra para defenderse contra los animales, en el caso de que se acercasen a él, dio una vuelta y entró de espaldas en la caverna. Casi en el acto, algo le agarró y sujetó con violencia.

CAPÍTULO XIV

LANTA

EL hombre de bronce había escuchado y no había oído nada. Había olfateado, y no había percibido ningún animal. Por esta razón, había supuesto que la caverna estaría vacía. Su sorpresa fue muy grande cuando unas manos se apoderaron de él.

¡Manos! ¡Sí eran manos! Doc vaciló, y pensó cuál podría ser el increíble ser que allí se encontrase. Giró un poco y pudo ver un ancho torso envuelto en una piel igual a la del tigre que él había matado. Unido a este torso se hallaba un par de brazos que podrían haber sido bielas de una máquina de vapor rematada por unas manos de romos dedos y extraordinariamente fuertes. La cabeza del ser era un cono bastante peludo en cuyo extremo inferior, o muy cerca de él, había una boca; las orejas eran puntiagudas y formadas casi como las de los animales, y la nariz era insignificante.

Debía de ser un hombre de una especie primitiva, un poco más adelantado que el mono en algunos aspectos. Doc decidió que su mentalidad debía de ser tan escasa como grande su fuerza física.

Doc sacudió al hombre primitivo un gancho con la izquierda, que lo tiró a tierra. El hombre primitivo lanzó un gruñido y se sentó en el suelo. Instantáneamente sonó un barullo detrás de Doc, y muchas manos lo agarraron y lo inmovilizaron. La lucha que siguió fue muy corta; unos instantes más tarde, el hombre de bronce estaba tumbado en el suelo de piedra y rodeado de seis hombres iguales al que le había atacado primeramente.

Uno de los pequeños animalitos que lo habían perseguido en el exterior, entró, sediento de sangre, en la caverna detrás de Doc. Produjo un sonido que fue más un siseo que un silbido y se lanzó contra él.

Los hombres primitivos dieron un alarido a coro… un alarido que no era de temor, sino de alegría. Otros hombres de aspecto simiesco salieron de la parte interior de la caverna. Todos cayeron sobre los animales sedientos de sangre, y manejaron hábilmente sus porras. Sonaron muchas voces de alegría y de júbilo.

Doc observó atentamente la lucha y llegó a la conclusión de que las pieles de aquellos animales debían de poseer un gran valor para los hombres primitivos consideradas como lo que podría llamarse ropa. El exterminio de las comadrejas continuó hasta que las que estaban vivas terminaron por huir. Los hombres simiescos las persiguieran hasta una corta distancia y regresaron a la caverna.

Estaban todos tan contentos como chiquillos, de lo que Doc se alegró mucho. Cuando se echaron sobre él en la primera ocasión, un instante después de su entrada, el talante de aquellos hombres había sido decididamente feroz. El hombre de bronce los vio recoger a los animales que habían matado y reunirlos en un montón, con el evidente propósito de proceder después a un reparto del botín.

Finalmente, un hombre se acercó a él, se inclinó y produjo un sonido que, probablemente, era una explicación. Las palabras eran absolutamente ininteligibles para Doc. Aquel lenguaje parecía componerse de gruñidos, aullidos y gritos de diverso volumen.

El hombre debía de haber llamado la atención de los demás sobre las ropas de Doc Savage, puesto que todos se reunieron a su alrededor. Todos mostraron una gran curiosidad en relación con los tejidos de que se componían. Un hombre tras otro manosearon la tela de su camisa e introdujeron los dedos en sus bolsillos, que parecieron ser lo más intrigantes para ellos. Y repentinamente, en un rincón de la caverna, comenzó una pelea.

La lucha comenzó, según podía esperarse, con motivo del reparto del botín conquistado por medio de la derrota de los animales de peligrosos instintos y de magníficas pieles. Uno de los hombres gorilescos se había acercado al montón y había comenzado a recoger todos los animales que le fue posible, con la intención apoderarse de ellas.

Se hizo inmediatamente un silencio completo. Doc Savage se sorprendió en los primeros momentos, pero pronto comprendió la razón del silencio. El hombre que se estaba apoderando de una

cantidad de cadáveres superior a la que le correspondía, era el matón de la tribu; los demás le temían.

Su nombre, según supuso el hombre d bronce, era: "Aulf".

Aulf era un gigante, casi de la misma altura que Doc Savage. Tenía unas espaldas fortísimas, unos hombros más bien en declive que cuadrados, lo que es uno de los rasgos característicos de los monos y de los gorilas, y unas caderas muy estrechas. Sus brazos eran largos y duros, lo mismo que las piernas. Podía decirse que carecía de cabeza más arriba de las cejas.

Aulf no era solamente el matón de la tribu. Además, era un ser de mal carácter y se enfurecía fácilmente. No debió de satisfacerle el silencio con que era acogido su acto de rapiña, puesto que repentinamente cogió una porra y se lanzó contra el grupo más próximo, cuyos componentes se dispersaran.

Aulf saltó, volvió a saltar, se golpeó el pecho con los puños, agitó la porra y rugió. Se pavoneó orgullosamente, paseó erguido para hacer ostentación de su autoridad y finalmente, satisfecho de sí mismo, volvió junto a su botín.

Después, sin duda obedeciendo a un pensamiento repentino, se aproximó a la caja de Doc Savage, que había caído al suelo como consecuencia de la lucha, y la sumó a sus posesiones.

Doc Savage se vio agarrado por un brazo y arrastrado en seguimiento de los hombres. Uno de aquellos seres simiescos permaneció junto a la boca de la caverna para hacer guardia. La caverna y las que se encontraba unidas a ella eran en parte naturales, en parte resultado de un trabajo humano. La piedra era blanda, fácil de arrancar con herramientas rudimentarias.

Doc fue llevado a través de diversos pasillos. El camino era iluminado por mujeres viejas que portaban antorchas. Las mujeres muy viejas parecían no tener otras obligaciones que el llevar antorchas. Las ancianas y momificadas mujeres andaban continuamente de un lado para otro en respuesta a los gritos imperativos de demanda de antorchas emitidos por algunos de los hombres de estrecha frente que habitaban en las cuevas.

Aulf, que iba delante de todos, llegó hasta una gran piedra que estaba depositada sobre una abertura del suelo y afirmada en su lugar por un enorme tronco de árbol. Aulf se inclinó, agarró el tronco, lo levantó y lanzó unos gritos a los demás hombres, como si

los desafiase a que imitasen su portentosa hazaña.

Cuando la piedra fue separada, quedó al descubierto el agujero que había en el suelo. Doc fue llevado hasta la abertura. Cuando se halló sobre ella, los hombres lo soltaron y lo dejaron caer. Doc recorrió una distancia de acaso diez pies en el espacio y cayó sobre una piedra cubierta de polvo.

—¡Alló! —dijo en inglés una voz desconocida.

Era una voz de mujer, y la palabra fue pronunciada de un modo que demostraba que el inglés no era su lengua natal. Doc se volvió lentamente, pero no pudo ver nada hasta que sus ojos se hubieron habituado a la profunda penumbra.

La mujer era una joven de cabello dorado que habría podido servir perfectamente para decorar la cubierta de una revista ilustrada. Su figura, podía verse perfectamente a causa de la escasez de sus ropas, era perfecta. Era una joven que podría haber parecido inteligente y simpática en cualquier lugar civilizado. Después de haber visto los rostros bestiales de aquellos pobladores de las cavernas, el encontrar a aquella muchacha era como disfrutar de la luz del sol tras una larga permanencia en la oscuridad.

—Lanta —dijo mientras se señalaba a si misma con un dedo para que Doc pudiera comprenderla—. Yo soy Lanta.

—¿Quiénes son los demás? —preguntó Doc señalando a las personas que se encontraban detrás de ella.

Lanta sonrió con tristeza.

—Son miembros de mi tribu; han tenido tan mala suerte como yo misma.

Doc examinó los hombres y las mujeres que se hallaban a espaldas de la joven. Todos estaban en pie; aparentemente, se habían incorporado y reunido para averiguar quién había sido arrojado a través de la abertura para que les hiciese compañía.

Eran personas de buena constitución, de piernas largas y brazos largos, con anchas frentes y otros indicios reveladores de un elevado grado de inteligencia. Tenían un gran parecido con los americanos, aun cuando su desarrollo físico era mucho mayor que el del término medio de los yanquis. Ninguna de ellos tenía papada ni abdomen excesivamente desarrollado.

—¿Hablan inglés? —preguntó Doc.

—Algunos, si —respondió Lanta.

El hombre de bronce sentía curiosidad, una curiosidad invencible, por conocer un extremo, y lo preguntó a la muchacha.

—¿Por qué causa sabe usted hablar inglés?

La joven pronunció deficientemente unas cuantas palabras en ruso.

—Algunas de nosotros hablamos también este lenguaje.

Una sospecha nació en la imaginación de Doc Savage.

—¿Décimo Tercio? —preguntó.

La expresión de la joven demostró que este nombre le era desconocido.

—¿Veselich Vengarinotskovi? —sugirió Doc pronunciando el verdadera nombre de Décimo Tercio.

Lanta se estremeció. Sus ojos se abrieron totalmente.

—¿Lo conoce usted?

—Sí.

—Llegó aquí hace bastante tiempo —explicó Lanta—. Sabe dos idiomas, y nos los ha enseñado a cambio de que la enseñásemos el nuestro.

Doc reflexionó que todo aquello encajaba bastante bien con los demás datos que él poseía anteriormente. Paseó la vista a su alrededor y terminó diciéndose que se encontraba encerrado en lo que no era sino una prisión. La única luz de que disponían provenía de una antorcha que estaba instalada en una especie de nicho de la pared. El aire era suficientemente puro; debía de haber, indudablemente, algunas aberturas para ventilación.

—¿Estamos prisioneros? —preguntó.

—Sí —contestó Lanta—. Todos somos prisioneros. En el idioma de usted existe una palabra… ¡esclavos! Eso es; somos esclavos.

—¿Esclavos de esos seres sin frente? —preguntó Doc.

—Sí.

El hombre de bronce movió la cabeza incrédulamente.

—Pero… ¡si apenas tienen cerebro! ¿Por qué se someten ustedes a la esclavitud?

Lanta pareció ofenderse por la pregunta.

—Porque somos inferiores a ellos en número —replicó—. Y no hay nadie que pueda decidirse a atravesar solo las selvas para regresar a mi país.

Doc Savage observó durante unos momentos a las demás

personas que ocupaban la cueva y llegó a la conclusión de que su espíritu había sido quebrantado, que su valor había sido destrozado. La joven parecía una excepción en la regla general.

El hombre de bronce se estiró, cogió la antorcha que se hallaba en el nicho e inspeccionó la prisión. El lugar no era completamente desagradable, salvo en lo que se relacionaba con la oscuridad, aun cuando ningún esfuerzo imaginativo podría justificar que se lo llamase lujoso. En el caso de que alguien quisiera escapar de allí, tendría que hacerlo a través de la abertura del techo.

Doc hizo muchas preguntas a Lanta para averiguar muchas cosas que le interesaban. En primer lugar, descubrió que la joven y las personas que la acompañaban, pertenecían a una tribu mucho más civilizada que la que los había hecho prisioneros, y que residían en un punto situado a la derecha, en dirección a la luz. Habían hecho del valle en que se hallaban asentados una fortaleza contra los monstruos prehistóricos que poblaban aquel extraño mundo.

Se dedicaban a la agricultura y criaban ciertos animales a los que habían sometido a la domesticidad. Su existencia era idílica y no la perturbaba ningún peligro que no fuera la presencia de algunos pterodáctilos que llegaban, bien aisladamente, bien en grupos, en algunas ocasiones. La seguridad contra los pterodáctilos había sido asegurada por medio de la construcción de refugios. La estupidez de los monstruos volantes hacía que pudieran ser fácilmente burlados.

Doc sentía un vivo interés, un interés de arqueólogo, por el origen de las dos razas. ¿Por qué era el pueblo de Lanta tan diferente en inteligencia del pueblo que los había aprisionado? La pregunta sirvió para que en su imaginación germinase una teoría.

Las leyendas del pueblo de Lanta decían que sus antepasados habían sido enviados a él por una deidad cuyo nombre, traducido aproximadamente, venia a ser: deidad como ofrenda de paz a la deidad el Señor Helado de Todo lo Existente. Este envío había sido efectuado por dicha de la luz.

No se hacía preciso cavilar mucho para llegar a la conclusión de que los antecesores de Lanta procedían de las estepas árticas.

En cuanto a los hombres de aspecto simiesco, eran originarios del propio lugar. Eran los antecesores de la raza humana que habían alcanzado el período de evolución marcado por la presencia del

hombre de las cavernas, y no habían avanzado más a causa de que las condiciones que los rodeaban no se habían modificado jamás.

La variable condición del mundo, según afirman los evolucionistas, el paso de la era del calor a la era del frío, el fin de la era frígida y los ciclos siguientes de alteraciones climáticas, era la causa determinante del cambio de la vida animal y vegetal que ocupaba la superficie del planeta.

Doc preguntó repentinamente a Lanta:

—¿Conoce usted a Crist Columbus?

—Sí —contestó la joven. Y súbitamente se aferró al brazo del hombre de bronce—. ¿Dónde está? ¿No está aquí?

CAPÍTULO XV

LA LUCHA

LA intensa emoción de Lanta y la angustiosa emoción que vibraba en su voz eran inquietantes. Doc dudó respecto a lo que debería contestar.

—¿Dónde está? —repitió Lanta anhelosamente.

—Entonces, ¿lo conoce usted? —inquirió Doc.

Lanta afirmó con la cabeza. Tenía los ojos brillantes de alegría.

—Hace mucho tiempo —Lanta se detuvo; el movimiento de sus labios indicaba que estaba haciendo unos cálculos para poder definir el plazo transcurrido con arreglo al cómputo inglés —... debe de hacer casi dos años, fui hecha prisionera por estos cavernarios. Huí, e intenté volver a mi país atravesando la selva. Había padecido muchísimo, no quería continuar padeciendo, y decidí escaparme. Corrí durante una gran distancia, y finalmente llegué hasta un sitio en que el aire es muy frío y en que existe una grieta muy grande en la tierra. Trepé por encima de ella, trepé durante mucho tiempo, hasta que los alimentos y el agua que llevaba conmigo se me agotaron. Y me encontré en un mundo diferente —Lanta dirigió una mirada al hombre de bronce—. El mundo de usted.

—Tercio, el aviador ruso, debió de hablar a usted de ese mundo exterior —sugirió Doc.

—Si. Y por eso es por lo que continué corriendo por encima de las rocas que bordeaban la grieta. Fue una ascensión muy dura, pero yo quería llegar hasta el mundo exterior de que el ruso me había hablado.

—Y, ¿qué sucedió?

—No me gustó. El aire era muy frío. Y, además, había... ¿Cómo

lo llaman ustedes?... ¡Nieve! Agua blanca, helada... Nieve. Y resultaba muy difícil poder coger animales para alimentarme. Me sentí muy decepcionada. Y... y entonces encontré a los dos hombres.

—¿Dos?

—Uno de ellos era Crist Columbus —la voz de Lanta se suavizó al pronunciar el nombre, y en sus ojos brilló una llamita de entusiasmo.

—¿Y el otro...?

—El otro se llamaba Wilmer Fancife —el entusiasmo y la alegría se borraron de la expresión de la joven—. Era un hombre terrible, el tal Fancife. Era más malo... más malo... que Aulf, el matón de esta tribu de cavernícolas.

Doc había llegado a ciertas conclusiones. Y con ellas, se aclaraban muchas cosas.

—Usted se enamoró de Crist Columbus... —insinuó.

La muchacha murmuró, profundamente conmovida:

—No me avergüenzo de ello. Era muy bueno y muy amable —y levantó orgullosamente la cabeza—. Y él también me quería. Estoy segura.

Doc dijo con suavidad:

—Si; Crist la quiere. Ha estado intentando volver a este lugar casi desde entonces para unirse de nuevo a usted. Ha arriesgado su vida por conseguirlo.

La emoción de la muchacha aumentó.

—Me alegro mucho.

—Pero, ¿qué sucedió? ¿Qué fue lo que separo a ustedes?

—Fancife —respondió con tristeza Lanta.

—¿Quería las pieles?

—Sí, las pieles con que yo estaba vestida... Este fue el principio de los contratiempos. Fancife creía que unas pieles como aquéllas debían de tener un valor grandísimo en el mundo de ustedes. Me preguntó dónde podría encontrar más pieles iguales. Me sugirió que matásemos a Crist y nos apoderásemos de las pieles que nos fuera posible y nos repartiésemos las ganancias... ¡Era... era repugnante, odioso!

La joven permaneció silenciosa durante unos instantes. Luego, al recordar lo que había sucedido, se estremeció temblorosamente.

—Se lo dije a Crist, y los dos hombres se pelearon. Creí que

Fancife había matado a Crist. Y por eso, huí. Volví a atravesar el alto que se halla sobre la grieta de la tierra, y descendí por el otro lado para intentar llegar hasta mi país. Pero me aprisionaron estos salvajes, y desde entonces he vivido en la esclavitud.

Doc inclinó la cabeza lentamente. El relato de la joven explicaba perfectamente la parte que Crist Columbus había tomado en el fantástico asunto, y explicaba también las razones de la mortal enemistad de Wilmer Fancife y Crist Columbus.

Tanto Fancife como Crist tenían conocimiento de la existencia de aquel mundo fantástico, pero ninguno de los dos había podido hallar el paso que hasta él conducía. Ambos le habían estado buscando y ambos habían dejado en los mercados especializados el encargo de que se los avisase cuando se presentasen unas pieles iguales a las que Lanta vestía.

Cuando unas pieles de la misma clase llegaron al mercado de San Luis, los dos hombres corrieron apresuradamente hacia el lugar. Naturalmente, comenzaron a combatirse tan pronto como se vieron.

Pero sus razones eran diferentes, Fancife quería apoderarse de las raras pieles a causa de su valor comercial, que podría ser muy grande, sobre todo en el caso de que le fuera posible adquirir un par de animales vivos para instalar un criadero.

Crist perseguía las pieles porque sabía que podrían indicarle el camino que tendría que seguir para llegar junto a Lanta, a la que tanto quería.

—¿Ha comprendido usted todo? —preguntó dulcemente Lanta.

—Todo —contestó secamente Doc—, excepto la manera de que podremos escapar de este encierro.

—¿Proyecta usted escaparse?

—¡Es claro!

Lanta señaló a sus compañeros de encierro.

—Muchos de estos hombres lo han intentado. Los que lo intentan, suelen perder la vida. Los demás han llegado a la conclusión de que es mejor vivir como esclavos que morir en el empeño.

El hombre de bronce no contestó. Se tumbó sobre el polvoriento suelo, y se estiró. El suelo no era cómodo, naturalmente, pero Doc estaba muy cansado y necesitaba descansar. Unos momentos más tarde, se hallaba dormido.

Su sueño fue muy alterado, lo que era excepcional. Doc había conseguido realizar una de las más grandes proezas que el hombre es capaz de conseguir: dominar sus emociones hasta el punto de poder dormir plácidamente en las más peligrosas e inquietantes circunstancias.

Se despertó más descansado y muy hambriento. El hambre no era una cuestión muy importante, puesto que no había transcurrido mucho tiempo sin que tomase alimentos.

La inspección que hizo le demostró que era imposible llegar hasta el orificio del techo, aun poniéndose de puntillas. Y, además, estaba obturado por la roca, sobre la cual se encontraba el corpulento tronco que Aulf se había envanecido tanto de haber movido.

—Venid aquí —ordenó Doc a algunos de los que con él se hallaban—. Vamos a formar una pirámide. Me apoyaré en los hombros de ustedes para ver si me es posible mover la roca.

Con gran sorpresa por su parte, los hombres a quienes había hablado no se movieron. La fuga era una cuestión en la cual ninguno quería mezclarse. Volvió a llamarlos apremiantemente; pero el resultado fue el mismo.

—Permítame que les hable yo —dijo sobriamente Lanta.

La joven se encaró con los restantes miembros de la tribu y habló durante largo tiempo. En sus palabras vibraba la indignación. Lanta empleó palabras de desprecio, de adulación, de vergüenza, de ánimo. Finalmente, consiguió suscitar un poco de valor en el espíritu decaído de sus compañeros.

Los hombres formaron la pirámide. Doc se subió sobre sus hombros, forcejeó, movió la roca hasta que el tronco cayó rodando de ella, apartó un poco la piedra, y pasó a través de la abertura.

Bajo él, los que le habían ayudado se apresuraron a dispersarse y a ocultarse en los rincones y escondrijos de la cueva de la esclavitud. El tronco produjo un gran ruido al caer. Este ruido alarmó a los cavernícolas, muchos de los cuales llegaron corriendo. Aulf se hallaba entre ellos.

No habiendo posibilidad de huir, no siendo por medio de una vuelta al departamento de los esclavos, Doc decidió presentar batalla, a los que habían llegado. Aulf blandió la porra y se aproximó a él amenazadoramente.

Doc Savage había decidido proceder de una manera que podría, o no podría, resultar eficaz para su propósito. Los habitantes de la caverna tenían una inteligencia rudimentaria y primitiva, y por lo que había podido observar hasta entonces, admiraban el valor físico y la fortaleza sobre todas las cosas. O, cuando menos, se sentían impresionados ante ello. El dominio que el zoquete de Aulf ejercía sobre ellos, lo demostraba claramente.

Aulf saltó una y otra vez a la manera de un mono. Adoptó unos visajes tremebundos, inclinó hacia atrás la cabeza y rugió.

Doc hizo lo mismo... pero con adornos. En lugar de limitarse a saltar, dio varias vueltas de campana y saltos mortales, una proeza que resultaba muy fácil para él a causa de su entrenamiento y de la disminución de la fuerza de gravedad. E hizo visajes, unos visajes que debieron de ser muy feroces, a juzgar por los efectos que produjeron, y rugió.

Aulf se pasmó tanto como los demás hombres. Entonces pensó que el prisionero le había superado, y se lanzó a hacer una nueva exhibición de sus habilidades y de su fortaleza.

Cuando hubo terminado, Doc mejoró su anterior representación. Y principalmente en lo que se refería a los rugidos y los aullidos, a los que añadió silbidos, gañidos y algunos gritos que había oído en los campos de deportes. Desgraciadamente, a la mitad de la representación pensó que si le viera algún espectador civilizado en aquellos momentos, juzgaría despectivamente acerca del estado de su razón, y se detuvo desconcertado.

Aulf creyó que las vacilaciones del hombre de bronce eran un síntoma de derrota.

Rugiendo lo mejor que pudo, Aulf se lanzó contra su enemigo y descargó un golpe horroroso con su porra. Los brazos de Aulf eran muy largos, y Doc se acercó a él y se agachó. El golpe se perdió en el vacío. Habiéndolo esquivado, Doc se acercó más a Aulf y le disparó un puñetazo contra el plexo solar. Los músculos del estómago de Aulf eran duros como el acero, lo que hizo suponer a Doc que la lucha sería muy dura.

Aulf resopló despectivamente y utilizó de nuevo la porra. Tampoco llegó el nuevo golpe a su destino. Doc estiró los brazos, se agarró a Aulf y comenzó a utilizar sus conocimientos del jiu-jitsu. Los huesos y las articulaciones de Aulf eran tan sensibles a los

efectos del jiu-jitsu como los de cualquier hombre corriente.

Los chillidos de Aulf fueron cosa digna de oírse. Tenía agarrada todavía la porra tenazmente, pero al fin se vio obligado a soltarla. Había sido severamente castigado, y cayó al suelo con una especie de espasmo ruidoso que, sin duda, tenía la finalidad de mostrar lo grandísima que era su cólera.

Cuando Aulf se hallaba entregado a esta exhibición de indignación, Doc se aproximó a él y le descargó sin contemplaciones un puñetazo detrás de una oreja. Aulf se puso en pie con la rapidez de un gato, aulló y se lanzó contra el hombre de bronce.

La lucha había adquirido un carácter diferente al anterior: era una lucha en la que había un combatiente y una víctima. Aulf no tenía ningún conocimiento del arte del boxeo. Una vez, consiguió agarrar con fuerza a Doc e intentó clavarle los dientes en la yugular, lo cual parecía hallarse en las reglas deportivas propias de aquellos hombres. Los espectadores comenzaron a saltar y a gritar con entusiasmo creyendo que la lucha iba a terminar.

Aulf tenía una mandíbula de cristal, como dicen los boxeadores. Doc sintió una gran alegría al comprobarlo, puesto que Aulf había menospreciado su fortaleza y su habilidad para la pelea.

Un derechazo dirigido a la mandíbula de Aulf tumbó al gigante en tierra. Cuando hubo caído al suelo, comenzó a parpadear incrédulamente. Se puso en pie, y volvió a caer inmediatamente. Intentó cubrirse la mandíbula con una mano, y volvió a levantarse. Sin embargo, retiró la mano de la barbilla cuando Doc le amenazó con un golpe entre los ojos. El golpe cayó en realidad sobre la barbilla, y el hombre primitivo volvió a ser derribado.

Aulf no intentó levantarse, sino que permaneció sentado con los ojos cerrados. Doc le dio un empujón, y el gigante se derrumbó, pero no hizo ningún otro movimiento.

Doc sabía que los minutos siguientes serian los más difíciles de todos. Cualquier gesto inoportuno podría hacer que los ocupantes de la caverna cayeran sobre él conjuntamente. Y Doc no suponía que pudiera derrotar a todos.

El hombre de bronce se puso en pie sobre el pecho de Aulf y emitió los gritos más terribles que le fue posible. Se inclinó, recogió la porra de Aulf, que era tan grande como la vara de un carro, y se

la colocó sobre el hombro. Y volvió a rugir.

Cada vez que rugía, tenía buen cuidado en hacer que su rugido fuese formidable, pero no desafiador. Y no dejó de tener la mirada puesta sobre el círculo de rastros que le rodeaba, con el fin de poder descubrir, a tiempo, cualquier signo de hostilidad. Viendo que nada sucedía. Doc se adelantó hacia la caja de su equipaje, de la que Aulf se había apoderado anteriormente.

Y también tomó posesión del montón de animales que se había apropiado el mismo Aulf, y cogiéndolas una a una, comenzó a arrojárselas a los hombres de la caverna. Los ofrecimientos fueron acogidos con muestras de satisfacción, lo que demostró a Doc que la iniciativa era acertada.

El hombre de bronce abrió a continuación su caja. Aulf no había conseguido hacerlo porque el obstáculo que representaba la cerradura constituía un problema que era incapaz de resolver.

Dentro de la caja había un pequeño receptor-emisor de radio y otros varios artículos, entre ellos una caja de cerillas. Doc se metió la caja de cerillas en la boca teniendo cuidado de no ser visto. Luego, se volvió y se enfrentó con los preocupados cavernarios. Hizo algunos gestos preliminares, se golpeó el pecho, dio unos saltos mortales para llamar la atención, y luego sacó la caja de cerillas de la boca, la abrió, encendió una de ellas, y mostró la llama. Los resultados de la representación fueron completamente satisfactorios. Tres de los hombres prehistóricos se acobardaran de tal manera, que huyeron precipitadamente.

Doc volvió a acercarse a la grieta que daba entrada a la cueva inferior, y ayudó a Lanta a salir de ella.

—¿Sabe usted hablar el lenguaje de estos hombres? —le preguntó.

—Un poco. Se compone casi exclusivamente de gruñidos y aullidos.

—¿Creen en alguna deidad? —siguió preguntando Doc.

—Solamente en un espíritu maligno, al que culpan de sus desgracias.

—Dígales —continuó Doc—, que soy él, el espíritu del mal. Dígales que les perseguirá muy mala suerte si me hacen oposición.

Lanta habló. Su voz era agradable y armoniosa aun en los momentos en que modulaba el conglomerado de ruidos que

constituían el lenguaje de los hombres de las cavernas. Cuando hubo terminado de hablar, los hombres de la caverna contestaron:

—Dicen —tradujo—, que irán a buscar sus porras y que le matarán a golpes si no se va inmediatamente.

—No me conviene —afirmó el hombre de bronce—. Dígales —añadió— que me marcharé pacíficamente, sin causarles daños, si me hacen una ofrenda. Necesito los esclavos que tienen.

La muchacha transmitió la comunicación y fue contestada.

—No quieren perder los esclavos —dijo Lanta—. Quieren saber para qué los necesita usted.

—Dígales que no me gusta andar. Necesito los esclavos para que me transporten.

En tanto que Lanta transmitía esta explicación, Doc Savage sacó de su caja una granada de humo. Había unas cuantas granadas de esta clase en la caja, y eran completamente ineficaces como armas; en realidad, la caja no contenía nada que pudiera ser empleado como arma. El hombre de bronce pensó que había llegado el momento de utilizarlas.

Abrió la granada y la colocó a sus pies. La granada comenzó a exhalar una gran cantidad de humo negro y denso que ascendió y lo envolvió. El efecto que produjo fue de lo más espectacular que es posible imaginarse.

—Dígales —comunicó a Lanta—, que de este humo brotarán unas llamas terribles que los consumirán si no se avienen a razones.

Estas palabras produjeron el efecto deseado.

—Muy bien —dijo la muchacha—. Dicen que le permitirán llevarse los esclavos.

El hombre de bronce hizo a la muchacha una pregunta.

—Ahora que vamos a recobrar la libertad, ¿cree usted que podremos llegar hasta donde se halla la tribu de usted?

La joven dudó.

—Es un viaje terrible.

—¿Muy largo?

—No mucho. Pero es preciso atravesar la selva, donde viven los animales y los monstruos más grandes y más feroces. Costaría muchos días… y probablemente muchas vidas.

Doc Savage inclinó la cabeza lentamente. Estaba pensando en sus hombres, en Monk, en Ham y en los restantes, quienes deberían

de hallarse vagabundeando en las vastas extensiones árticas preguntándose lo que le habría sucedido. Estos hombres estaban en el otro aeroplano, y podrían atravesar con él la brecha que conducía hasta aquel mundo fantástico.

Doc se había abstenido premeditadamente de hacer ningún esfuerzo por ponerse en comunicación con sus hombres. Y lo había hecho a consecuencia de los peligros que había que arrostrar para atravesar la grieta. Cuando lo hizo el hombre de bronce, Décimo Tercio le había servido de guía.

Pero comenzaba a parecerle que la situación no podía ser resuelta por un solo hombre. Sacó el aparato de radio portátil de la caja y salió al exterior de la caverna. Si se tiene en cuenta la gran potencia del receptor —podía establecerse con él comunicación con más de medio mundo— la voz de Monk llegó hasta Doc Savage muy débilmente.

—¡Diablos, Doc! —estalló Monk—. ¿Qué te ha sucedido? Hemos hallado restos de tu aeroplano diseminados por estos parajes... Supusimos que habría estallado... Y hemos hallado abandonado el avión de Tercio. ¿Qué sucede?

—¿Estáis todos bien? —preguntó Doc.

—¡Claro que sí! ¿Dónde estás? Parece como si estuvieras en China, o más lejos.

—¡Quítate el sombrero!

—¿Eh?

—¡Quítate el sombrero! —repitió Doc Savage—, porque vas a oír unas cosas que parecen muy difíciles de creer.

CAPÍTULO XVI

EL DESASTRE

EL teniente coronel Andrew Blodgett Monk Mayfair estaba recubierto de una vegetación capilar completamente roja que siempre se hallaba en erección. Por esta razón, no podría decirse exactamente que el cabello se le pusiera de punta al descender del aeroplano de Doc Savage. Pero sus emociones sí podría decirse que se erizaron.

Renny Renwick, el ingeniero de puños grandísimos, salió del avión, miró en torno suyo y murmuró:

—¡Truenos y rayos!

Ham se apeó con su acostumbrada gallardía y no cesó de juguetear con su bastón espada. No tenía nada que decir. Johnny Littlejohn, el arqueólogo y geólogo, se dirigió inmediatamente en busca de unos pedruscos y comenzó a inspeccionarlos y a mirar de una manera desconcertada la flora y la fauna que le rodeaban.

—¡Doc! —tartamudeó:—¡Esto no puede ser cierto! ¡Esto es el mundo tal y como se encontraba hace sesenta millones de años!

—¡No cometas el error —replicó secamente el hombre de bronce —, de tratar a esos animales que andan por ahí como si no existieran!

Long Tom Roberts, el mago de la electricidad, fue el último en abandonar el avión.

—¡Hay un horror de estáticos por aquí! —dijo. No había nada que preocupase jamás a Long Tom como no fueran las cosas relacionadas con la electricidad.

Doc preguntó:

—¿Habéis tenido muchas dificultades para atravesar la hendidura?

—¡Muchísimas! —rezongó Renny.

Los dos animalitos mascotas —"Habeas Corpus", el cerdito, que era uno de esos animalitos a los cuales nosotros llamamos conejitos de Indias, y "Química", el chimpancé— salieron del aeroplano y miraron a su alrededor. No les gustó el panorama, evidentemente, pues dieron media vuelta y volvieron a meterse en el avión.

También Monk miró por todas partes.

—"Habeas Corpus" tiene razón —murmuró el feísimo químico—. Oye; ¿cómo se sale de este endemoniado país?

Y Johnny dijo con excitación:

—Doc, hemos visto pterodáctilos cuando veníamos. Y una docena de tipos diferentes de dinosaurios. ¡Este paraje es un verdadero ensueño para un arqueólogo! ¡Un verdadero sueño!

—Más bien me parece una pesadilla —respondió Renny.

Al llegar a este punto, Ham rompió repentinamente en un exagerado aullido y comenzó a saltar de un lado para otro y a frotarse los ojos.

—¿Qué diablos te sucede? —le preguntó Long Tom.

Ham señaló con un dedo.

—¡Veo una tribu completa de Monk! —gritó.

Los hombres de las cavernas habían salido de ellas y se encontraban mirando el aeroplano desde una prudente distancia. Era cierto lo que decía Ham. Monk podría haberse quitado la mayor parte de sus ropas y correr a colocarse entre el grupo de cavernícolas, y nadie podría haber conocido que no era uno de ellos. Monk no quedó satisfecho de la comparación y miró agresivamente a Ham. Doc Savage, que comprendió que se preparaba una tormenta de gritos y puñetazos, quiso evitarla y los interrumpió.

—Ahora, vamos a trabajar como transportistas —explicó.

—¿Transportistas? ¿Qué es eso?

El hombre de bronce aclaró la situación y terminó diciendo:

—Los esclavos han recobrado la libertad, y hemos de llevarlos a donde reside su tribu.

Renny cerró con fuerza sus enormes puños y los examinó pensativamente.

—¿Dices que Two Wink y Fancife andan volando por algún lugar de estos alrededores?

—Sí.

—Es posible que nos ocasionen disgustos.

—Sí, es muy posible. Pero, por otra parte —dijo Doc—, también es posible que se hayan apoderado de algunas parejas de los animales que les interesan y que se alejen de estas latitudes.

—En ese caso… ¿qué sería de Crist Columbus?

Doc Savage miró en torno suyo para adquirir seguridad de que Lanta no se hallaba cerca de él. No lo estaba. Y los que acababan de llegar no la habían visto todavía.

—La única probabilidad de que Crist conserve la vida —explicó con tristeza el hombre de bronce—, descansa en la circunstancia de que se niegue a decir a Fancife y Two Wink si ha dejado en San Luis o en Nueva York algún documento acusatorio contra ellos. Si fuese lo suficientemente listo para urdir una patraña semejante, podría decirles que ha dejado los documentos guardados en una caja de caudales o de seguridad que tiene que abrir él personalmente, o que será abierta por las autoridades en el caso de que él no regrese dentro de un plazo de tiempo anteriormente acordado. Eso podría servir para salvarle la vida.

—Lo que no acabo de comprender —dijo Monk—, es la razón de que Crist Columbus tuviera tanto empeño en llegar aquí inmediatamente. Esas extrañas pieles que tanto ambiciona Fancife no parecen ser de tanto interés para él.

Y Doc dijo como respuesta:

—Ahí viene la razón.

Lanta se acercaba. Estaba sonriente y confiada. No tuvo miedo del aeroplano porque había visto otro anteriormente: el que guiaba Décimo Tercio, el aviador ruso, cuando llegó al mundo perdido.

—Lanta —dijo Doc a modo de presentación.

La muchacha produjo el acostumbrado efecto en Ham y Monk: ambos eran muy susceptibles a los encantos femeninos. El efecto que Lanta causó en ellos fue algo más explosivo que el habitual y dejó a ambos mudos durante unos momentos, después de los cuales comenzaron a hablar como unos gramófonos que tuvieran rotos los reguladores de velocidad.

La joven, que poseía por completo los instintos propios de la femineidad, no parecía reacia a aceptar los homenajes adulatorios de los dos hombres.

—¡Vaya unos tenorios! —dijo con disgusto y con desprecio, Renny, el hombre de los puños como sartenes grandes—. El día menos pensado van a tragar el anzuelo… Y va a ser un lío completo para ellos, porque ninguno de los dos sabe cómo debe tratarse a una esposa.

La situación preocupaba a Renny, que era un decidido enemigo de las mujeres. Llamó a Monk aparte, y le dijo:

—¡Rayos y truenos! ¿No has oído que Doc ha dicho que esa muchacha es la novia de Crist?

—Y eso, ¿qué importa? —respondió su compañero con una sonrisa—. Crist Columbus no está aquí ahora, ¿verdad? Y además, esa joven es demasiado guapa para un pobre diablo como él.

Doc Savage no dejaba de vigilar a Aulf. El gigante había recobrado el conocimiento y se había acercado al grupo y al aeroplano de Doc mucho más que sus compañeros. Por lo menos, era preciso reconocerlo, tenía valor.

Aulf también sentía, según pudo comprobarse muy pronto, una gran admiración por Doc Savage. Y gritó algo en su extraña y chillona lengua.

—Parece como si estuviéramos oyendo una riña de perros —comentó Monk.

Lanta tradujo lo que había dicho Aulf.

—Aulf dice que comprende que usted es un espíritu del mal y siente una gran admiración por usted. Parece ser que Aulf creía que él mismo era un espíritu del mal, pero ahora ha comprendido que todavía tiene mucho que aprender. Quiere quedarse al lado de usted para estudiar.

Monk rio burlonamente y preguntó:

—¿Desde cuándo eres profesor en ciencias malignas, Doc?

—Diga a Aulf —comunicó Doc a Lanta—, que le dejaremos que cuide de los esclavos hasta que volvamos en su busca.

—¿No va a llevar usted a los esclavos ahora? —preguntó Lanta.

—No podríamos llevar a todos de una sola vez —le advirtió Doc—. Tendremos que hacer varios viajes, y no seria prudente comenzar a llevarlos mientras no hayamos encontrado un terreno a propósito para aterrizar en algún lugar próximo a la residencia de la tribu.

—Es cierto.

—¿Podría usted guiarnos por el aire?

—Será difícil, pero haré todo lo que sea posible por lograrlo.

Cuando el aeroplano corrió por la lisa explanada en que había tomado tierra, junto a los linderos de la selva, la alta y áspera hierba produjo un ruido rechinante contra las ruedas de la aeronave. El avión comenzó a elevarse lentamente.

—Por allí —dijo Lanta señalando en determinada dirección.

Long Tom se aproximó a la cabina del conductor. Le interesaba conocer el efecto que aquellas regiones producían sobre la aguja magnética de la brújula. Había formado anteriormente una teoría respecto a este punto; llamó a Renny y comenzó a explicársela. Renny demostró ser un oyente muy poco interesado por aquellas cuestiones. Prefería observar y estudiar las maravillas físicas de aquel mundo perdido, mejor que oír una conferencia sobre los problemas más abstractos que allí pudieran plantearse.

Monk asomó la cabeza por una ventanilla. Repentinamente, volvió a meterla en el avión.

—¡Infiernos! —aulló—. ¡Hay ahí abajo un animal que tiene el cuello de una milla de largo!

Ham miró a su vez.

—¿No has exagerado un poco? Ese animal no creo que tenga el cuello de más de cuarenta pies de altura.

—Brontosaurios —dijo Johnny.

—¡Oye, oye! —replicó Monk—. No me parece la ocasión más apropiada para que te dediques a la tarea de pronunciar esas palabras de un kilómetro de longitud que tanto te gustan. Sé razonable. Dinos algo que todos podamos comprender.

—Brontosaurio es el nombre —replicó Johnny con dignidad—; es el nombre que se aplica a los animales de la especie de ése que está allí. Es una variedad prevaleciente del dinosaurio prehistórico, y una de las más grandes que han existido. Su tamaño le hace impresionantemente amedrentador, pero ese monstruo es relativamente inofensivo, porque es herbívoro.

El aeroplano continuaba zumbando a través del aire extrañamente luminoso. Los viajeros encontraron una tormenta de lluvias que era muy parecida a las de la Tierra que conocían, salvo por la ausencia de rayos y truenos. El avión fue aporreado por el viento y por la lluvia hasta que consiguieron salir de sus núcleos.

Un momento más tarde, Lanta tocó al hombre de bronce en un brazo.

—¡Parece increíble! —exclamó—. En unos momentos hemos recorrido una distancia que habríamos tardado días y días en cubrir a pie... ¡Mi país! ¡Allá!

Era un gran cañón rocoso... o más bien una serie de cañones, un laberinto de cañones que convergían en una garganta central sorprendentemente estrecha. Los viajeros pudieron ver, cuando el aeroplano hubo descendido, las gigantescas puertas de madera que cerraban la boca exterior del cañón; unas puertas tan enormes, que parecía increíble que manos humanas hubieran podido construirlas.

Además, por espacio de por lo menos una milla ante las puertas, la espesa selva había sido derribada y el terreno estaba erizado de postes de madera con las puntas afiladas, clavados en tierra e inclinados, de modo que sus puntas constituían un formidable obstáculo para los prehistóricos animales que intentasen acercarse.

—¿Podremos aterrizar en el interior de los cañones? —preguntó Doc.

—No. No hay espacio suficiente.

—Entonces, ¿dónde?...

La muchacha señaló la barrera defensiva de postes. Ante éstos, y a más de una milla de la puerta, había un terreno despejado y liso que se extendía hasta una gran zanja compuesta por unas paredes casi verticales y que evidentemente formaba parte del sistema de defensa contra los ataques de los dinosaurios.

—Allí podemos aterrizar —dijo Lanta.

Doc aterrizó sin dificultad. Todos salieron del aparato. Los alrededores no eran desde allí tan claramente visibles como desde el aire a causa del espesor de la masa de vegetación de la selva.

—Renny y yo volveremos, y traeremos aquí a los esclavos —dijo Doc—. Propongo que Lanta, Monk y Ham se encaminen a la puerta... y adquieran seguridad de que han de ser bien recibidos.

—¡Magnífica idea! —dijo Monk pensando en las delicias de una conversación con Lanta durante el recorrido.

Lanta, Monk y Ham comenzaron a caminar en dirección a las puertas haciendo su camino a través de los postes, la mayor parte de los cuales eran mucho mayores que los postes de teléfonos.

Renny, Long Tom y Johnny permanecieron en el lugar de

aterrizaje con su equipo de superpistolas, gran cantidad de municiones y la seguridad de que era conveniente no descuidar ni un solo momento la vigilancia.

Doc comenzó a elevarse en su aeroplano.

No tropezó con dificultades para regresar al país de los hombres de las cavernas ni para recoger una parte de los esclavos. Doc calculó que puesto que el aeroplano era de gran tamaño, no necesitaría hacer más de dos viajes para transportar a todos los liberados de la esclavitud. Cargó la mitad de ellos y se elevó cuidadosamente. Durante todo el recorrido voló a gran altura y con gran rapidez para reducir el tiempo de vuelo y disminuir sus peligros.

Long Tom se adelantó a recibir a los viajeros.

—Oye, Doc —dijo: —Tenemos visita…

Cuatro personas de la tribu de Lanta se aproximaron al aeroplano. Doc los examinó rápidamente y volvió a pensar que eran unos ejemplares de gran perfección física, según había observado anteriormente.

—Lanta, Ham y Monk han entrado en el país —explicó Long Tom.

Los cuatro visitantes se aproximaron al hombre de bronce, y uno de ellos le dirigió la palabra hablando cuidadosa y claramente.

—Lanta y los dos hombres se hallan seguros —dijo—. Bien venidos seáis. Estamos preparando una gran fiesta en vuestro honor.

Doc, hombre siempre precavido, se volvió hacia uno de los esclavos que había rescatado y le preguntó:

—¿Conoces a este hombre?

El esclavo se inclinó sonriente.

—Es primo mío.

Todo parecía marchar perfectamente bien.

Doc dijo:

—Esperad hasta que haga otro viaje y traiga el resto de los esclavos.

Volvió a elevarse con su aparato y llegó sin dificultades al campo próximo a la selva en que vivían los cavernarios. Tampoco tropezó con dificultades para embarcar al resto de los esclavos. La vez anterior le había sido preciso sumir a algunos de ellos en la inconsciencia por medio de golpes para conseguir transportarlos.

Pero Aulf creó un problema muy importante. Quería ir en el avión. Y, además, quería encargarse de dirigirlo y manejarlo. Era todo lo bruto que hay que ser para pretender conducir un avión sin tener ningún conocimiento previo de su mecanismo.

Como quiera que Doc sabía que los hombres de la tribu de Aulf eran enemigos mortales de la tribu de Lanta, comprendió que seria imprudente llevara Aulf consigo.

La dificultad pudo solucionarse cuando Doc, por medio de uno de los esclavos que hablaba un poco de inglés, ordenó a Aulf que se quedase con sus compañeros de caverna y continuase ejerciendo con ellos su cargo de espíritu del mal.

Después, Doc transportó los esclavos al campo próximo a la residencia de Lanta, donde le esperaban Renny, Long Tom, Johnny, los cuatro visitantes y los esclavos transportados anteriormente. Y se celebró una corta conferencia.

—¿Qué haremos del aeroplano? —preguntó Doc—. No podemos dejarlo aquí.

Uno de los visitantes sonrió.

—Puedo pedir ayuda —dijo—, para llevar el aparato hasta un lugar en que no puedan los animales llegar a él.

Levantó la voz, emitió una especie de gemido que resonó como el silbido de una locomotora, y fue contestado del mismo modo.

Comenzaron a salir de entre la selva muchos hombres. Primero, un grupo compuesto de cuatro o cinco. Después, en grupos más numerosos. Los viajeros y sus acompañantes se vieron muy pronto rodeados de un círculo humano.

Doc, súbitamente suspicaz, gritó:

—¡Vamos al aeroplano! ¡Esto no me gusta absolutamente nada!

Su orden llegó demasiado tarde. Uno de los directores de aquellos hombres, uno de los cuatro que le habían transmitido el mensaje de bienvenida, dio grito de mando. Instantáneamente, se armó una terrible tremolina. Las porras se agitaron en el aire, diestramente manejadas.

Salieron a relucir muchos cuchillos, unos cuchillos dotados de hojas que parecían hechas de una piedra cristalina. Los esclavos se condujeron como borregos. Cambiaban de amo, sencillamente, y no querían luchar.

Doc Savage, Renny, Long Tom y Johnny fueron prontamente

acorralados. Sus enemigos habían recibido, era evidente, instrucciones de que no les permitieran retener nada en las manos, puesto que tan pronto como sacaban una pistola o un arma de otra clase, recibían un porrazo en la mano o en el brazo que les obligaba a soltarla.

Una marea humana se lanzó sobre ellos. Fueron arrollados, derribados, sepultados bajo un montón de cuerpos golpeantes y vociferantes. Posiblemente habrían sostenido sus posiciones y ofrecido una resistencia eficaz contra una docena de adversarios cada uno, acaso contra una veintena... Pero fueron vencidos por la superioridad numérica de la horda atacante.

Al cabo de pocos minutos unas cuerdas sujetaron en una sola masa todos los cuerpos. Doc y sus amigos estaban atados conjuntamente.

Y entonces apareció Wilmer Fancife.

—¡Traedlos, traedlos! —ordenó éste—. ¡Traedlos aquí!

CAPÍTULO XVII

EL PUEBLO ATEMORIZADO

LAS puertas eran todavía muchísimo más grandes de cuanto les habían parecido desde la lejanía, y en su construcción se había utilizado una cantidad de ingenio muy respetable. Ningún hombre era capaz de abrirlas por sí solo, ni siquiera veinte hombres juntos, y para conseguirlo se hacía preciso recurrir a la utilización de una serie de tornos en los que enrollaban unos grandes cables hechos de cuero de dinosaurio.

Fancife caminó al frente de la comitiva. Llevaba un fusil automático de gran potencia bajo cada brazo, y una serie de revólveres pendientes del cinturón.

Tan pronto como hubo transpuesto la puerta fue recibido por Two Wink, que estaba tan profusamente armado como él, pero cuya expresión no era tan confiada como la de Fancife. Durante casi todo el tiempo no hacía otra cosa que mirar detrás de sí temerosamente.

—¿Qué haremos si se vuelven contra nosotros? —preguntó tartamudeando a su compañero—. Ellos son millares... y nosotros solamente dos.

—Los tenemos atemorizados —replicó Fancife—. Compórtese como si tuviera confianza... Eso es lo más importante.

El hombre de los puños grandes, Renny, concibió una idea que decidió poner en práctica sin pérdida de tiempo.

¡Esos hombres son dos ladrones! —gritó señalando a Two Wink y Fancife—. ¡Ese hombre es el granuja más grande que ha existido! ¡Ha venido aquí para robaros...!

Fancife saltó contra Renny y le golpeó con el cañón de uno de los fusiles. Renny tenía los brazos atados y no pudo esquivar el golpe. Sintió una especie de desmayo, la cabeza se le inclinó hacia

delante y de su nariz comenzó a brotar un reguero de sangre.

Fancife miró represivamente a los demás y dijo:

—¡Haced lo mimo que él y no viviréis lo suficiente para ver el final de la función!

Johnny y Long Tom, que se habían indignado al ver el cobarde ataque contra Renny, mostraron una decidida inclinación a olvidar los consejos de la discreción.

—Lo dice de verdad. No son amenazas vanas —le advirtió Doc —. No lo echéis en saco roto.

Fancife sonrió de un modo amenazador.

—Esa es la voz de la prudencia —dijo.

La comitiva continuó la marcha. Tan pronto como hubieron transpuesto las puertas, las paredes del cañón se estrecharon. Mirando hacia lo alto, parecían unirse a una gran distancia. Solamente pasaba entre ellas un delgado cuchillo de luz. El lugar era muy sombrío, aunque no completamente oscuro, puesto que ninguna luz se perdía en la altura: toda era reflejada por el cielo pétreo de aquel fantástico mundo.

Las cumbres estaban bañadas de una luz resplandeciente y de lo que debía de ser un intenso calor, ya que en ellas no brotaba ninguna planta. Sin embargo, allá abajo, la temperatura era fría y soplaba una brisa fresca.

—Este lugar —dijo Johnny—, está probablemente muy próximo a ese volcán del que brotan el calor y la luz, y las piedras de las cumbres están excesivamente calientes para que puedan llegar hasta ellas esos pterodáctilos que parecen ser la forma volante de vida más peligrosa de estas latitudes, pero aquí abajo, en los valles, hace frío a causa de que el aire frío es rechazado por el calor de ese sol volcánico.

—Todo eso es muy interesante —comentó Long Tom—, pero me agradaría mucho que emplearas esa privilegiada inteligencia de que disfrutas en buscar la manera de salir de esta comprometida situación.

Dieron vuelta, y entraron en otro cañón, el cual era más ancho y menos profundo, por lo que uno de sus lados estaba bañado par los rayos directos que provenían de la luz. Había unos campos muy bien cultivados en los que crecían plantas de una variedad completamente desconocida de los forasteros.

Long Tom, después de haber inspeccionado los sembrados, dijo dubitativamente:

—¡No se ve ni un solo melón! ¡Y, hermanos, tengo una sed horrible!

Llegaron ante una alta empalizada. Se abrió la puerta y la comitiva pasó al otro lado. Johnny miró con ojos desorbitados a los otros ocupantes de la jaula en que habían entrado, y se apresuró a correr.

Apenas había comenzado a moverse, cuando uno de los enormes animales que ocupaban la jaula se lanzó tras él. El animalote pesaría por lo menos cuatro o cinco toneladas. Era evidente que muy pronto lograría cansar a Johnny y apoderarse de él.

Doc Savage se alarmó mucho. Lo primero que hizo fue recoger a Renny, que todavía se hallaba en estado de inconciencia, y, después de habérselo cargado sobre los hombros, se disponía a comenzar a correr, cuando un grito de alegría de Monk lo detuvo. La situación no podía ser muy peligrosa, puesto que Monk reía a carcajadas.

—¡Corre, Johnny, corre! —decía a grandes voces Monk—. ¡Corre, que te alcanza!

Johnny no necesitaba que le dieran el consejo. Corría con una sorprendente velocidad dando vueltas por el interior del cercado, y el monstruo le perseguía a muy corta distancia.

El animal tenía el cuello muy largo y las piernas muy cortas, a pesar de lo cual se movía con una rapidez extraordinaria. Pesaba tanto, que la tierra temblaba bajo sus pies.

Monk, Ham, Crist Columbus y Décimo Tercio estaban en el centro del recinto, y los enormes animales —pues había varios— no les prestaban atención de ninguna clase.

Ham intentó tranquilizar al atemorizado Johnny.

—¡No corras! ¡Párate! ¡Estate quieto! —gritó.

—¿Quieres... que me... esté quieto? —decía fatigosamente el vertiginoso Johnny—. ¡Eso es lo que me parece que estoy haciendo!

—¡Párate y deja a ese bicho que te alcance! —le explicó Ham—. Cree que has venido a darle la comida.

—¡Eso es lo que me temo que crea!

—¡No, no! Estos bichos no comen carne. Son vegetarianos. Tercio nos lo ha explicado.

Johnny comenzó desganadamente a reducir la velocidad de su

carrera —no tenía mucha seguridad de que fuera cierto lo que le decía su amigo— y permitió que el dinosaurio lo alcanzase. El monstruo olfateó detenidamente a Johnny, llegó, sin duda, a la conclusión de que no era un vegetal animado de movimiento ambulatorio, y se detuvo. Johnny se detuvo también, se enjugó los arroyos de sudor que le corrían por el rostro y murmuró:

—¡Estoy superamalgamado!

Nadie entendió lo que quería decir.

Décimo Tercio explicó a los demás:

—Estos dinosaurios son útiles como animales para el trabajo. Supongo que han adquirido domesticidad desde hace varios siglos.

—¿Cómo manejan estos hombres a esas moles? —preguntó Doc —. No creo que posean la suficiente capacidad cerebral para que pueda amaestrárselos.

Tercio sonrió.

—Es una cosa muy sencilla. Cualquier persona camina delante de ellos con alguna de las cosas que acostumbran comer. Estos animales siguen detrás de un saco de hierbas durante un día entero; con tal de que de vez en cuando se les entregue un puñado.

Doc puso inmediatamente la atención en algunos otros aspectos de la situación que le parecían mucho más interesantes.

—Fancife y Two Wink parecen los amos del país —dijo el hombre de bronce a Tercio—. ¿Cómo se las han arreglado para obtener ese resultado?

—Aterrizaron con su aeroplano en uno de esos cañones — explicó Tercio—, después de volar en círculos y de atemorizar a estas sencillas gentes. Son un pueblo primitivo, y creen que todo lo que se mueve en el aire es sobrenatural.

Tercio hizo un gesto de disgusto y de horror.

—Después de haber aterrizado —continuó—, Fancife y Two Wink mataron a tiros a dos de los jefes y explicaron al pueblo que habían venido para ocupar sus puestos y han logrado imponerse.

—¿Quiere usted decir que son ellos quienes gobiernan la tribu?

—Exactamente.

—Es una circunstancia que no me llena precisamente de alegría —dijo Monk sombriamente.

Al llegar a este punto, se produjo una interrupción. Hubo una ruidosa discusión en el exterior de la empalizada, una discusión

violenta, según pareció a los que se hallaban en el interior, a continuación de lo cual la puerta fue abierta completamente. Una esbelta figura cayó al suelo, y las puertas volvieron a cerrarse.

—¡Lanta! —exclamó Monk.

La joven se levantó del lugar a que había sido arrojada y pronunció unas palabras que de ningún modo podrían haber sido interpretadas como una expresión de agradecimiento o de agasajo. Luego se volvió, y entonces vio a Crist Columbus.

La muchacha empalideció y se quedó completamente inmóvil. Después, movió los labios y dijo algo, que no fue audible. Se puso rígida, y el regocijo que la inundó fue casi visible.

—¡Crist! —acertó a exclamar, al fin.

En el rostro de Crist resplandecía una extraña alegría y un raro placer. Dijo algo, unas palabras que los demás no pudieron comprender, más que deberían de ser una frase de amor que Lanta le habría enseñado. Y después, súbitamente, se arrojaron uno en brazos del otro, sin besarse, pero muy apretados y con los ojos llenos de lágrimas.

Lanta y Crist se dirigieron hacia uno de los bordes de la empalizada para alejarse de los demás. Durante cierto tiempo parecieron no tener nada que decirse, pero comenzaron a hablar repentinamente de una manera que indicaba que lo que tenían que decirse era mucho más que lo que las palabras pudieran contener, y a mirarse con una delicia amorosa.

Más tarde, Lanta se aproximó a Doc Savage.

—He hecho en favor de ustedes todo lo que he podido —le dijo —; pero esos hombres, Fancife y Two Wink tienen aterrorizado a mi pueblo. No tenemos armas de tanta eficacia como los rifles y los fusiles, según sabe usted. El final de la discusión ha sido que me han arrojado aquí para ponerme encerrada con ustedes. ¿Han oído ustedes la polémica que hemos tenido fuera? A muchas personas de mi tribu no les ha agradado —dudó un instante, y añadió—. Lo siento mucho.

—Ham dijo galantemente:

—Ha hecho usted tanto por nosotros hasta ahora, que estamos verdaderamente desconcertados.

—¿Cuáles son los proyectos de esos dos miserables? —preguntó Doc.

—¿En lo que se refiere a nosotros?

—Sí.

—No han dicho nada de esto —explicó Lanta—; pero tengo seguridad de que se proponen ejecutarnos en la primera ocasión que les parezca conveniente.

A nadie sorprendió la noticia, pero no podía evitarse que el pensar en el desgraciado trance alargara muchos rostros y los llenara de tristeza. La conversación languideció y murió. Los pilarotes de la empalizada arrojaban unas largas sombras, bajo las cuales se reunieron todos y se sentaron en completo silencio. No podía dudarse de que un solo pensamiento estaba presente en todas las imaginaciones: La fuga. Miraron a través de las grietas de la empalizada, y vieron que por su exterior hacían guardia muchos individuos.

Más lejos, Two Wink estaba sentado en un otero con dos rifles cargados al alcance de sus manos. No apartaba la mirada de la empalizada. Más tarde, Fancife fue a relevarlo.

—No quieren correr riesgos ni dejar nada al albur —murmuró Monk.

—¡Rayos y truenos! ¡No comprendo a qué diablos esperan! —rugió Renny.

Lanta aclaró la cuestión.

—Estamos en un período sagrado —dijo—. Es equivalente a lo que ustedes llaman la Pascua.

—No comprendo...

—Nuestras fiestas tienen un significado muy profundo para nosotros —aclaró la joven—. Son más importantes para nosotros, según he comprendido, que los períodos religiosos de ustedes para su raza. El caso es que se ha ordenado a Fancife Y Two Wink que no ejecuten a ustedes durante el período sagrado, y que no se atrevan a desobedecer la orden. Lo que demuestra que no son tontos. Si nos mataran durante este período, el pueblo los... los... ¿cómo dicen ustedes?... Los lapidaría.

—Sería una cosa que me gustaría mucho. Me agradaría que los lapidasen —dijo Monk sobriamente—; pero no por esa causa.

Renny, se puso en pie y recorrió la empalizada por la parte más próxima a los maderos. Cuando regresó de su paseo, estaba dominado por la rabia y el enojo, y sacudía furiosos puntapiés a la

paja que recubría el suelo.

—¡Rayos y truenos! —se lamentó—. ¡Con todos esos guardianes paseando alrededor de la empalizada, no tenemos ni siquiera la menor probabilidad de salir de aquí! Si siquiera anocheciese, podríamos intentar algo, pero siendo siempre de día...

Doc Savage se inclinó repentinamente y recogió un puñado de la paja que cubría el suelo. Se componía de algo parecido a raíces anchas y pequeñas hojas, todo viejo y reseco. Los dinosaurios dedicados al trabajo eran alimentados en el interior de la empalizada, y aquellas pajas eran el residuo de las que consumían. El hombre de bronce las examinó con detenimiento.

—¿Se asustan del fuego los dinosaurios? —preguntó a Lanta.

Lanta asintió.

—Sí; el fuego los asusta mucho. No temen a nada de lo que están acostumbrados. Pero el fuego los enloquece por completo.

—Entonces, tenemos una esperanza...

El hombre de bronce se levantó y paseó por la empalizada. De vez en cuando se detenía y fingía mirar a través de las rendijas para ver las guardias. Lo que hizo en realidad, fue buscar trozos de madera que pudieran ser utilizados para su propósito.

—Dame los cordones de tus batas, Monk —le ordenó.

El feísimo Monk a quien agradaba irritar al elegante Ham vistiendo de la manera más descuidada y menos elegante, usaba siempre unas botas altas que ataba con unas correas.

Doc cogió una de las correas y ató a ella uno de los trozos de madera curvada que había escogido para hacer el arco. Había separado otros dos trozos de madera: uno cilíndrico, de la forma de un lápiz, y el otro plano.

—¡Anda! —exclamó Monk—. ¡Ese es el artefacto más primitivo que existe para hacer fuego!

Long Tom, que era un hombre práctico, dijo:

—Y ¿creéis que nos permitirán que encendamos una hoguera? En cuanto nos vean comenzar a amontonar pajas, entrarán nuestros guardias a toda prisa.

Doc había previsto esta posibilidad.

—Lanta —dijo a la joven:—Sugiéranos en voz alta y en su propio lenguaje la conveniencia de que amontonemos la paja para que nos sirva de lecho.

La joven hizo lo que se le ordenaba. Después, cuando los prisioneros comenzaron a amontonar las pajas secas, los guardianes apenas los miraron.

—Utilizad ramas para hacer que la paja no quede apretada —recomendó Doc—. Es preciso que el fuego se extienda con mucha rapidez.

Los demás se agruparon de una manera que pareciera que estaban conversando naturalmente, en torno al hombre de bronce. Doc comenzó a poner en marcha el artificio que había improvisado para producir fuego. Al cabo de unos momentos brotó del palito un poco de humo, luego enrojeció por la punta, y finalmente, cuando Doc lo hubo movido con rapidez para que recibiese aire, produjo un ligero estallido y se encendió con una débil llamita.

Un instante más tarde, todos estaban entregados a la labor de extender la llama por las diversas pilas de ramas y pajas secas que habían recogido fingiendo improvisar unas camas para el descanso. Las llamas se elevaron furiosamente.

El humo alarmó a los guardianes, quienes gritaron.

Los dinosaurios rompieron, de pronto, a lanzar unos ruidos extraños y unos bufidos que parecían el clamor de muchos hombres que gritasen y tosiesen. Uno de los monstruos, echó a correr alocadamente y se estrelló contra la empalizada con la violencia de un camión lanzado a toda velocidad. La empalizada crujió y se inclinó.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Monk—. ¡Esto puede ser eficaz!

Los guardianes perdieron algunos minutos dando desde el exterior órdenes de que se extinguiese el fuego. Cuando hubieron comprobado que nadie les hacía caso, corrieron hacia la puerta de entrada, que estaba cerrada.

Two Wink estaba de centinela en aquellos momentos, con el rifle en la mano. Se había colocado a cierta distancia para dominar desde allí todos los costados de la empalizada. Y se apresuró a correr hacia el reducto.

—¡Pronto! —ordenó Doc—. ¡Asustad a los animales!

Recogió con unos palos una masa de ardientes fragmentos, y acercándose a los dinosaurios, los arrojó al aire. Los dinosaurios produjeron su espantable sonido y se lanzaron a correr enloquecidos. Al correr chocaron contra la empalizada, una gran

porción de la cual se vino abajo.

—¡Vamos con ellos! —gritó Doc.

Johnny había demostrado anteriormente que era posible para un hombre correr más que los pesados animales de cortas patas y largos cuellos.

—¡Manteneos entre estos bichos! —recomendó Doc—. ¡Evitemos que Two Wink pueda herirnos con sus disparos!

CAPÍTULO XVIII

LA MUERTE Y UNA CARRERA

SONARON muchos disparos. Two Wink tenía un rifle automático y vació su cargador tan deprisa como le fue posible. Perdía muy poco tiempo para colocar un nuevo cargador. Los disparos no produjeron ningún ruido que fuera audible entre el estrépito que levantaban los animales con su carrera, pero algunos de los dinosaurios aullaron de una manera que indicaba que habían sido heridos.

Los que corrían llegaron a un terreno cubierto de una vegetación de aspecto herboso que alcanzaba la altura de la cabeza de un hombre. Doc y los que lo acompañaban se separaron de los animales y se detuvieron. Los monstruos continuaron corriendo atropelladamente.

—¡Tendremos que tomar una pronta resolución! —dijo Crist Columbus—. Lo más probable es que organicen pronto una partida para darnos caza.

No era necesaria la advertencia.

Doc cogió a Lanta de un brazo.

—Fancife, Two Wink y sus hombres registraron a Monk y sus compañeros. ¿Sabe usted dónde guardaron lo que les quitaron?

—Probablemente, en la casa que Two Wink y Fancife se han apropiado.

—¿Sabe usted dónde es?

—Acompañaré a ustedes. Creo que podremos llegar hasta allí sin que nos vean.

Caminaron por entre los anchos campos de alta vegetación. Frecuentemente pasaron junto a los postes que habían sido instalados como defensa contra los gigantescos pterodáctilos volantes, el único tipo peligroso de vida prehistórico que podría

atravesar las defensas establecidas en los valles y sus alrededores contra los animales terrestres.

—Por aquí —dijo Lanta.

Y llegaron a las casas en que vivían los compatriotas de Lanta. Eran unas edificaciones de piedra construidas en hileras en lugares alejados del peligro que la caída de una roca desde las montañas podría representar. Sobre las casas y las calles se erguían unos nuevos mástiles de madera puntiagudos, lo mismo que en los campos, contra los ataques de los pterodáctilos.

Lanta se detuvo repentinamente.

—¡Miren! —exclamó—. ¡Guardias!

Monk y Renny habían recogido unas porras en su camino y comenzaron a juguetear con ellas.

—¡Sólo cuatro hombres! —tronó Renny—. ¡La lucha va a ser muy poco interesante!

Y miró al hombre de bronce. El hombre de bronce hizo una señal de asentimiento con la que los autorizaba a que los siguieran. Los guardianes estaban armados de cortas lanzas y atlatls, o artificios para arrojar aquéllas. No tuvieron tiempo para ajustar las armas en los dispositivos, y hubieron de defenderse con las azagayas.

Monk y Renny manejaron hábilmente sus porras, y derribaron a dos de los guardianes. Doc Savage se lanzó sobre un tercer hombre. Aparentemente, pareció que iba a exponerse indefensivamente a ser atravesado por la lanza, pero se retorció al llegar ante ella, dio un puñetazo entre los ojos al que la portaba, y se apoderó del arma.

El cuarto guardián le arremetió, y Doc practicó un poco de esgrima con él. Luego, el hombre de bronce le dio un golpe en la muñeca y lo obligó a soltar el arma. Long Tom, Décimo Tercio, Ham, Johnny y Crist Columbus se precipitaron sobre los cuatro vencidos y comenzaron a aporrearles y a darles puñetazos para que perdieran el conocimiento.

Los guardianes chillaron todo cuanto sus pulmones les permitieron.

En el interior de la casa encontraron los objetos que les habían sido arrebatados después del registro. Entre estos objetos se hallaban las pistolas ametralladoras y varios tambores de municiones. Afuera, en la calle, sonó un griterío. Monk y los demás

volvieron a entrar apresuradamente en la casa.

—Si suponían ustedes que podríamos ir a cualquier otro lugar —bramó Renny—, ya pueden quitarse esa idea de la cabeza. ¡Rayos y truenos! La calle está llena de gente. No tenéis ni idea de lo deprisa que han acudido al oír gritar a los guardianes.

—¿Está por ahí Two Wink?

—No. Ni tampoco Fancife. Pero vendrán.

Monk cogió una superpistola y la cargó con una rueda de municiones.

—Si todos esos ignorantes han creído que un rifle es un arma mágica —dijo—, vamos a ver lo que opinan cuando comience a charlar este chisme.

Doc le detuvo.

—Espera.

—¿Eh?

Estaba colgado en la pared un rifle automático corriente. Doc lo recogió y se aseguró de que estaba cargado. A continuación, cargó tres de las superpistolas con diferentes tipos de municiones. Se colgó estas armas del cinturón, y se dirigió a Renny.

—Préstame tu chaqueta —le dijo.

Renny era el único hombre de su grupo cuyas prendas podrían servir para vestir al hombre de bronce, aun cuando, de todos modos, resultaban pequeñas para él. Doc se puso la chaqueta para ocultar las pistolas.

—Dame el pañuelo —dijo luego a Monk.

Los pañuelos de Monk eran una horrible orgía de colores. El que entonces tenía a mano era de un rojo llameante. Doc lo apelotonó y se lo guardó en un bolsillo. Y el hombre de bronce salió a la calle portando su rifle.

Habría por los menos un centenar de compatriotas de Lanta en la calle. Todos se inmovilizaron al unísono al ver el rifle. Sabían bien cuál era su efecto. Lanta salió tras el hombre de bronce para traducir sus palabras. No perdieron el tiempo. Ante todo, Doc realizó una pequeña pantomima.

Se descolgó el rifle y comenzó a moverlo hasta conseguir que todas las miradas se clavasen en él. Y entonces, con un gesto de desprecio, arrojó el arma al suelo.

—Dígales —ordenó a Lanta—, que el rifle es el instrumento de

los malvados.

Lanta tradujo estas palabras. El hombre de bronce se adelantó unos pasos y mostró sus manos, que aparentemente estaban vacías. Luego, hizo que apareciese en ellas el pañuelo de Monk. Esto fue, en efecto; el pañuelo pareció formarse en el aire, de una sencilla manipulación familiar a todos los prestidigitadores y que consiste en mantener el pañuelo arrollado apretadamente y escondido tras una u otra mano mientras se hacen unos pases confusos para demostrar que no se tiene nada en las manos.

—Dígales —continuó Doc—, que sus dioses están enfadados con ellos y nos han enviado una llama para que luchemos en contra suya.

Mientras Lanta traducía estas palabras al lenguaje local, Doc hizo mas pases con el pañuelo y escondió entre él una de las superpistolas que había preparado anteriormente.

—¿Qué más? —preguntó Lanta.

—Dígales que observen los efectos de la llama.

La superpistola que había tomado estaba cargada con balas explosivas, diminutos objetos de potencia extraordinaria. Doc apuntó a la casa y disparó.

Sonó un terrible estampido, y la mayor parte de una pared y del tejado de la casa volaron por el aire. Tan pronto como los ecos resonantes al ser reproducidos por las paredes del cañón en repetidas salvas, se hubieron desvanecido, el hombre de bronce demolió otra casa.

Durante la confusión que originó la explosión, Doc cambió la pistola por otra cargada con cápsulas de gas lacrimógeno.

—Infórmeles ahora —dijo a Lanta—, que la llama va a derramar sobre ellos el llanto de su indignación.

La súper pistola produjo un sonido parecido al gemido de un toro, el cual, al mezclarse con los ecos, se convirtió en un ruido inidentificable. Doc agitó el arma en tanto que arrojaba cápsulas de gas lacrimógeno entre la multitud.

El hombre de bronce dijo:

—Dígales...

Y repentinamente dio un salto, agarró a Lanta y la empujó a la casa en que habían hallado las pistolas. Un rifle disparó dos veces antes de que pudieran llegar a ella, pero ninguna de las balas los

hirió.

—¡Ha llegado Fancife! —aulló Monk.

El tumulto, la confusión y el griterío se apoderaron de la calle.

—¡Salgamos por detrás! —ordenó Doc. Y todos salieron rápidamente, a un bonito jardín que había en la parte posterior de la casa. Saltaron una baja tapia, y se encontraron en un conjunto de jardines y de casas.

El rifle de Fancife disparó de nuevo.

—¡Rayos y truenos! —bramó Renny; y dio una vuelta, se reconoció detenidamente, y vociferó:—¡Mi brazo! ¡Me ha herido en el brazo! ¡Atrapadle!

Doc saltó, se agarró a uno de los postes que formaban la reja protectora contra los pterodáctilos; y trepó por él. Los postes no estaban muy separados unos de otros. Doc podía saltar de poste en poste con facilidad.

Two Wink llegaba apresuradamente para ayudar a Fancife. Estaba cruzando uno de los jardines, y tenía toda la atención puesta sobre el terreno que tenía ante sí. Parecía no haber supuesto que el peligro pudiera estar encima de él.

Cuando Doc cayó sobre él, Two Wink produjo un sonido que podría ser igual al que hiciese una rana al ser pisada. Después, cuando el hombre de bronce le hubo golpeado, las piernas de Two Wink se crisparon y contrajeron, y continuaron crispándose y contrayéndose haciendo los mismos movimientos involuntarios que un perro nervioso dormido.

Fancife, que se encontraba a la derecha de aquel lugar, gritó repentinamente. Su grito era colérico, amenazador. Luego, en su voz hubo trémolos de miedo. Y más tarde, descargó su rifle. El arma vomitó plomo cinco veces consecutivas. Después de esto, Fancife echó a correr.

Los habitantes del extraño mundo perdido, se habían sublevado contra él.

Fancife siguió una táctica durante su huída. Corrió hasta que estuvo a punto de ser alcanzado. Y entonces, se detuvo, cargó el rifle y disparó hasta vaciar el arma. Sus perseguidores no fueron tras él con excesivo empeño. Fancife huía hacia las enormes puertas. Y los perseguidores se conformaban con su huida, con que se marchara de su mundo.

Doc dijo:

—Vamos a intentar evitar que salga por las puertas.

No pudieron conseguirlo. Fancife había obligado a los guardianes a fuerza de amenazas a que le abrieran la salida, y estaba corriendo a toda velocidad por el terreno relativamente llano que se extendía ante ella y que estaba sembrado de los postes puntiagudos que constituían la defensa exterior contra los dinosaurios.

Doc esperó hasta que Monk y sus compañeros llegaron a su lado.

—¡Precaución! —les advirtió—. Es posible que Fancife se esconda en la selva y dispare desde allí contra nosotros.

Descendieron hasta la herbosa vegetación de más de los pies de altura, se agacharon para quedar ocultos por ella y se arrastraron con gran cuidado hacia adelante hasta el momento en que oyeron que el rifle de Fancife funcionaba vomitando balas a toda la velocidad de que era capaz.

Pero ninguna bala pasó cerca de Doc y sus compañeros.

—¿Contra qué diablos estará disparando? —preguntó el flacucho Johnny. Levantó cautamente la cabeza para mirar, y luego se estiró por completo hasta adquirir toda su altura.

—¡Estaré superamalgamado…!

Todos pudieron ver a Fancife y observar lo que le sucedía.

Johnny volvió a murmurar:

—¡Estoy superamalgamado!

—¡Y estarás mucho más que… que eso que has dicho, si no corremos! —dijo Monk—. ¡Algunos de esos bichos vienen hacia nosotros! ¡Vamos!

Levantaron la cabeza, se apretaron los codos contra el cuerpo, y corrieron. Las puertas, afortunadamente, estaban todavía entreabiertas. Pasaron a través de la abertura en el momento preciso, cuando se cerraban con rapidez por medio de los tornos.

Unos cuantos de los animales, parecidos a las comadrejas, excepto en su longitud, que era aproximadamente de unos dos pies, entraron tras ellos. Long Tom y Renny los aniquilaron con sus porras. Eran iguales a los animalitos sedientos de sangre que tantas desazones habían causado a Doc Savage anteriormente.

Renny, que se había alejado, volvió junto a sus compañeros con un brazo en alto.

—¿Sabéis lo que ha sucedido en el pueblo?

—¿Qué?

—Two Wink... Los hombres del país lo han encontrado, y... bien... Two Wink está muerto.

En el exterior, en los límites de la selva, Fancife haba cesado de gritar. Renny miró a través de las rendijas de las puertas, e inmediatamente retrocedió un paso lentamente. Tenía aspecto de hallarse enfermo, o aterrorizado, o...

Pasaron unos minutos antes de que ninguno volviera a hablar.

—Fancife vino en busca de esos animales —murmuró Monk al fin:—pero los animalitos... lo han encontrado a él.

*****

Tardó cuatro días en presentarse a su imaginación un hecho curioso. O por lo menos, el tiempo transcurrido fue cuatro días, según las medidas de sus relojes. No se disponía de ningún otro medio para juzgar del decurso del tiempo. Y tampoco había necesidad de que lo hubiera. La vida en las profundidades del cañón era completamente idílica.

Crist Columbus expresó su deseo con la mayor brevedad.

—Yo no vuelvo a Nueva York —dijo.

—¿Por qué no? —le preguntó Monk sorprendido.

Y Crist respondió:

—Me gusta este lugar. Tengo una novia guapa. ¿Por qué he de marcharme?

Décimo se expresó con muchas más palabras, pero dijo aproximadamente lo mismo.

—Yo he tomado la misma decisión —explicó—. Quiero vivir aquí porque hay muchas cosas que quiero conocer. Y se que aquí no hay enfermedades, ni hay guerra. Nadie quiere pelear, si no es algunos de esos estúpidos hombres de las cavernas que, por otra parte, jamás pasan de la entrada de los cañones. No hay que trabajar mucho, y las muchachas son lindas. Y si un hombre no vive más de cien años, se dice de él que ha muerto joven...

Tercio cerró los ojos soñadoramente.

—Aquí existe todo lo que un hombre puede necesitar —añadió —. Hay paz y abundancia más acá de los cañones, y el hombre que tenga un temperamento aventurero solamente tiene que dar unos cuantos pasos hacia el exterior de los cañones para encontrar una

caza excitante y emocionante. ¡Y qué caza! —exclamó contrayendo los labios—. ¿Han visto ustedes los dinosaurios?

—Sí —contestó Monk—. Y no quiero volver a verlos. No me agradan esos castillos de carne.

—¿No le gustaría a usted quedarse aquí?

Monk reflexionó. El país tenía, indiscutiblemente, grandes ventajas.

—Me gustaría peder retirarme a vivir... más adelante —afirmó —. Pero por ahora, me quedo con el interés que mis aventuras conceden a mi vida. No necesito más.

Tercio movió la cabeza de uno a otro lado y dijo con tristeza:

—Se está usted haciendo viejo.

—Lo que sucede es que soy razonable y sensato —le corrigió Monk—. No tengo reparos en dedicarme a cazar un león o un tigre... pero esos dinosaurios son demasiarlo grandes para mi calibre.

Tercio sabía que el aeroplano de Doc Savage había sido trasladado al interior de unos de los cañones, en el que había espacio suficiente para despegar, y todos se reunieron en torno al aparato. Era el avión en que habían llegado Monk y los otros.

Tercio buscó a Doc Savage.

—¿Va usted a marcharse al mundo exterior? —le preguntó.

—Si puedo conseguirlo, sí —contestó Doc.

—Podrá conseguirlo. Salir en vuelo es mucho más fácil que entrar —Tercio dudó, y se mordió el labio inferior—. Pero, antes que nada... ¡diablos!...—y extendió las manos—. Piense en lo que será de este lugar si...

—¿Por lo que se refiere a nosotros? —le preguntó Doc—. Le prometo que nadie sabrá ni una sola palabra.

Tercio le miró con alegría, más sin comprender completamente.

—¿Por qué... por qué... guardarán ustedes este secreto?

—Porque este paraje es un tesoro —dijo Doc lentamente—. Es un tesoro que nos agradaría legar a alguna generación futura del mundo exterior. Y digo: "a una generación futura", por dos razones. En primer lugar, porque la raza humana ha hecho hasta el presente más descubrimientos arqueológicos de los que puede clasificar. No necesitamos más exploradores que descubran nuevas maravillas, sino hombres que clasifiquen y estudien, lo que ya ha sido

descubierto.

El hombre de bronce permaneció unos instantes silencioso.

—He aquí la segunda razón: Dudamos mucho de que la raza humana esté preparada para poder recibir un tesoro arqueológico, científico, tan valioso como este lugar. Es posible que utilizara bombas y cañones para destruir los prehistóricos animales que tanto abundan aquí. Recordamos que no hace mucho tiempo millones y millones de búfalos vagaban de un lado para otro en la zona occidental de los Estados Unidos. Y los hombres los exterminaron hasta un punto tal, que hoy apenas es posible hallar más ejemplares que los que existen en los parques zoológicos. Sería terrible que sucediera aquí algo parecido. Este mundo de hace sesenta millones de años debe ser conservado como una cosa valiosa, como un increíble don del tiempo que se ha conservado a través de incontables centurias para revelar a la Humanidad los misterios de otras edades.

¡Doc Savage tenía sentido común y era un bienhechor del mundo!

¡Doc Savage y sus compañeros habían vencido!

¡Volverían con nuevas aventuras!

FIN

Título original: *The other world*